

ISSN 0120-0216



aleph



octubre/diciembre, 2022. Año LVI

Nº 203



ISSN 0120-0216

Resolución No. 00781 Mingobierno



Carlos Alberto Ospina-Herrera
Obra de Pilar González-Gómez

Consejo Editorial

Luciano Mora-Osejo (✉)
Valentina Marulanda (✉)
Heriberto Santacruz-Ibarra
Lia Master
Marta-Cecilia Betancur G.
Carlos-Alberto Ospina H.
Andrés-Felipe Sierra S.
Carlos-Enrique Ruiz

Director

Carlos-Enrique Ruiz

Tel. +57.606.8864085

<http://www.revistaaleph.com.co>

e-mail: carlosaleph@gmail.com

Carrera 17 N° 71-87

Manizales, Colombia, S.A.

Diagramación:

Andrea Betancourt G.

Impresión:

Xpress - Estudio Gráfico y Digital

octubre/diciembre 2022

aleph

Año LVI

Elegía del silencio

Aún estoy naciendo
de tu cuerpo,
de tus ojos,
de tu alma;
mientras tu desnudez
crepita en el desierto.

Estoy naciendo apenas
y no termina el grito
que horada tu cuerpo;
no acaba la espiga
que serpentea y crece
en tu garganta.

¡ No terminarán !

Porque estoy naciendo apenas;

de tu cuerpo
de tus ojos,
de tu alma.

Silencios, silencios entonces, calla corazón
Estoy naciendo apenas.

Caos. 1973

Carlos-Alberto Ospina H.

Escucha corazón el viento
golpear mi cuerpo.
Escucha el anchuroso mar
y su bramido.
Escucha la gaviota azul
contar con su chillido estentóreo
la triste...
milenaria vida...
de la muda roca.
Aquella roca que el tiempo
consolar no ha podido.
Escucha por el ave, corazón,
la voz rocosa,
esa voz fría,
esa fría voz,
esa voz que de gemir
se agota,
esa voz que destrucción
como consuelo pide.
Escucha corazón mi voz.
Mi voz que también perece.
Mi voz que en vez de morir
vivir quisiera,
mi voz que llama,
mi voz que grita,
mi voz que gime.

CAO 1973

Carlos-Alberto Ospina H.

Carlos-Alberto Ospina y la pulcritud intelectual*

Carlos-Enrique Ruiz

Felicitaciones a un profesor y pensador nuestro que durante toda su vida académica brilló por su seriedad conceptual, su humanismo y su ética. (@OrlandoMejaRiv1; 07.VI.2022)

Orlando Mejía-Rivera



Me siento conmovido de estar aquí, con personas de la entrañable Escuela de Filosofía, por cuanto me revive los años 60 cuando yo era “oyente libre” en cursos de Historia de la Cultura, Griego, Latín, Estética, Psicología,... en las antiguas instalaciones del Programa, en simultaneidad con mis estudios de Ingeniería. Y en mayor grado emocionante por reconocer la prestancia nacional de la Escuela, con profesores y directivos históricos de alto nivel académico, comprometidos por la calidad y la abierta motivación por el saber.

Asimismo, es la ocasión afortunada por acompañar el cálido reconocimiento a nuestro colega y entrañable amigo en Aleph,

* El 10 de junio de 2022 se llevó a cabo un singular acto académico en la Escuela de Filosofía de la Universidad de Caldas, para rendir reconocimiento y homenaje al Prof. Dr. Carlos-Alberto Ospina H., por su retiro al disfrute de jubilación. Académico esclarecido, destacado por toda la comunidad universitaria, en especial por sus colegas profesores y por los estudiantes, sus exalumnos. Esta edición testimonia ese homenaje.

Carlos-Alberto Ospina, a quien tanto debemos como docente, investigador, escritor/ensayista, conferenciante, directivo y contertulio con sabiduría y sosiego de espíritu. Con liderazgo amable y de conocimiento contribuyó a ese posicionamiento interno y nacional del programa de Filosofía, con extensiones en maestría y doctorado, que hoy se disfrutan con regocijo.

El maestro Germán Arciniegas solía aludir al género Ensayo como el principal aporte en las letras de América Latina. No le faltaba razón al recontar el crecido número de autores significativos en nuestros países, en sucesivas generaciones. Colombia no ha sido la excepción. En especial resalto nombres de pensadores con acendrada formación literaria, que consiguieron en sus obras expresarse con ilustrados análisis, pero con manejo apropiado del idioma. Tenemos los casos, en especial, de Baldomero Sanín-Cano, Carlos-Arturo Torres, Jaime Vélez-Sáenz, Rafael Gutiérrez-Girardot, Valentina Marulanda, Blanca-Inés Prada, Marta-Elena Bravo, María-Victoria Uribe,... y tantas mujeres filósofas en nuestro país, con extensa nómina, entre ellas algunas aquí presentes.

De manera muy especial nombro a Danilo Cruz-Vélez y Rubén Sierra-Mejía, de obra reconocida en ámbitos muy amplios. Ambos rigurosos en sus indagaciones, con ensayos que recorren temáticas diversas, desde lo más especializado hasta los de carácter pedagógico y de divulgación para públicos amplios. Su condición de docentes o profesores quizá contribuyó a perfeccionar la capacidad de comunicación.

En esa línea de Cruz-Vélez y Sierra-Mejía está Carlos-Alberto Ospina H. (n. 1955), profesor/investigador en la Escuela de Filosofía de la Universidad de Caldas, con alta formación de Maestría y Doctorado, en la filosofía del arte o estética, pero con fuerte asidero en la historia del pensamiento. Sus ensayos han sido publicados en revistas especializadas y en publicaciones de divulgación cultural. Desde los tiempos de alumno en el Instituto Universitario de Caldas se vislumbró su futuro en el estudio y la escritura, con primeros escarceos en la poesía, pero pronto se dio cuenta que su fortaleza mayor estaba en la escritura de artículos y ensayos, con examen de obras de autores y de temas a los que se fue apasionando. Ha tenido a su cargo cursos y seminarios sobre Heidegger, Nietzsche, Gadamer, Jaspers... con solidez. Dispone de especial condición para exponer con claridad y sindéresis los temas, por haberlos estudiado en profundidad, cautivando la atención de los estudiantes, en pre y posgrado. También en conferencias y tertulias. Laborioso con cumplimiento

de metas, paso a paso. Asimismo ha sido reconocida su capacidad de análisis en los organismos de dirección de la Universidad, por temperamento moderado y reflexivo, donde ha cumplido papel destacado, sin dogmatismo alguno, dispuesto a la conciliación con apego a los argumentos, ejemplo practicante del “justo medio”.

Aludo en especial a su meticuloso estudio sobre la obra del pintor, grabador, escultor y diseñador japonés Junji Konishi (n. 1953), quien cumplió dos pasantías en la Universidad de Caldas, de dos años cada una (2002-2004; 2005-2007), por cooperación de la Jica. Ensayo intitulado: “Junji Konishi, el poder creador del diseño” (2007), recogido en bella edición de autor: “Junji Konishi, arte y diseño”. Obra de Ospina en la que incursiona por la cultura japonesa, al destacar su desarrollo espiritual, con refugio interior y manifestación en la sencillez de la vida, propicia a la meditación y a la creación, y devela a su vez la manera creativa como Konishi descubre los profundos secretos de los materiales que trabaja, para dar materialidad a obras de singular belleza, aunque abstractas, ligadas a la realidad que aprecia. Recorre en sus pertinentes interpretaciones la obra realizada por el maestro durante sus años de creador y tallerista entre nosotros, con resultado en dos muy bellas exposiciones, finales de cada período, con valoración de la técnica y de la expresión conceptual, favorables para el disfrute al contemplarlas.

En el 2015 se publicó su libro “Por caminos de la Filosofía” (2015). Se aprecia en sus páginas el conocimiento de la filosofía griega y de los filósofos de la modernidad. Recoge ensayos sobre Jaspers, Spinoza, Rousseau, Arthur C. Danto, María Zambrano, Danilo Cruz-Vélez... Escritura nítida, de vocación didáctica, con ritmo y sostenida atención que le despierta al lector. Demarca la intención del científico al buscar la verdad con lógica y expresarla como producto de métodos de rigor, y la del pensador que indaga en el conocimiento con sentido de pasado y aventura de interpretación de obras y de problemas siempre palpitantes, a riesgo de no sentar verdades irrefutables. También refiere la verdad del arte, que es apariencia cierta, con nexos en la vida y no en la elaboración de conceptos. La provisionalidad es su cometido. Se aparta de manera explícita de los llamados “posmodernos” que buscan más en la expresión lo espectacular e impactante de lo superfluo, oscuros en ideas y extravagantes en el lenguaje, aún cuando, en casos, con asomos poéticos.

Ospina es un filósofo de verdad, con desarrollos originales de interpretación o de discernimiento sobre temas esenciales de la vida en su enigma,

la naturaleza del ser humano, el sentido de la finitud y de la trascendencia, el valor y significado del arte, la razón poética, el decir de las imágenes, los dominios del sentir, del padecer y del pensar, el por qué de la historia fraguada por pasiones... Con motivo de haber llegado al No. 200 de la Revista Aleph, no podían faltar sus juiciosos ensayos, con valioso aporte de libre examen que hizo sobre la pandemia y la graciosa “post-verdad”. Debemos pensar en recoger en libro todos sus ensayos publicados en Aleph, al igual los de Marta-Cecilia Betancur y de Heriberto Santacruz.*

Con la venia de ustedes, concluyo con la siguiente ‘meditación en el umbral’:

La fuerza de la compensación
es motivo de la cordura
para el trato de los silbos amorosos
en momentos de la espera.

Fuerza en el fuego interior
que alimenta las acciones
en la protuberancia del tiempo.

Cordura en el apego al corazón
del centinela,
del náufrago
y del peregrino.

* La Revista Aleph se complace en disponer, en su Consejo Editorial y en frecuentes contribuciones escritas, de tres personalidades de la susodicha Escuela de Filosofía, ensayistas Carlos-Alberto Ospina, Marta-Cecilia Betancur y Heriberto Santacruz.

Al maestro de la vida y la templanza

Orlando Londoño-Betancourt

El signo más cierto de la sabiduría es la serenidad constante.

Michel de Montaigne



Siempre he dicho a mis estudiantes que existen dos tipos de profesores, los que asumen su profesión como una actividad profesional, en la que la actividad docente termina al final de la jornada laboral, y los que ven en la docencia una forma de vida, enraizada en los devenires propios de la vida.

En los primeros bastan algunas lecturas, la revisión de algunos manuales, y un mínimo compromiso con el saber, la escuela y los alumnos. En estos el mundo intelectual no es una opción y la sabiduría no se forja por convicción.

En los segundos, la vida está conectada con la formación del intelecto y con el cultivo de la sabiduría, los libros son los compañeros de viaje y el fluir de la vida en una verdadera experiencia de formación. Para ellos la vida se torna diferente, y parodiando una frase de Gadamer, la actividad docente no es “una huida irresponsable en un mundo de sueños desvanecidos”, sino al contrario, ante ella aparece el mundo en el que el pensamiento y la reflexión son la praxis que determina la posibilidad de transformación de imaginarios y realidades.

Profesor Carlos Alberto, yo creo que usted es uno de los segundos, y así se lo reconozco hoy, en nombre de las muchas generaciones que hemos tenido el honor de ser sus alumnos y sus lectores, sus colegas y sus amigos, desde que se graduó de esta escuela como estudiante de pregrado, y de la que empezó a ser profesor el 01 de abril de 1986; Hoy ya 36 años.

Desde ahí la Universidad de Caldas ha sido parte integral de su existencia y esta escuela de filosofía su hogar. Su experiencia de vida, siempre tendiente al cultivo del saber y de la sabiduría, y a buscar en ellos lo necesario para la buena vida, fueron sus compañeros durante el largo trasegar. Con la Universidad como soporte, con su amada Nena, siempre de la mano y con amor infinito, construyó su bien más preciado, su familia: En este trasegar vio crecer a Juliana y a Juan Pablo, disfrutó de sus éxitos y sufrió ante sus angustias y tristezas. Pero, también estoy seguro de que, en los últimos años, la Universidad se ha vuelto pesada a la hora de disfrutar el hecho de ser abuelo. Aquí, también le ha tocado sufrir las pérdidas más dolorosas ante la “experiencia de la pérdida” de los seres que más amamos.

Usted profesor Carlos Alberto fue decano de la entonces facultad de Filosofía y Letras, y años después, de esta, nuestra facultad de Artes y humanidades. Fue representante profesoral, jefe de departamento, director del programa de maestría en filosofía, vicerrector académico, fundador y director de la revista discusiones filosóficas; Años más adelante junto al profesor Jorge Alejandro Flórez gestor del programa de doctorado en filosofía y en el año 2014, el Consejo Superior Universitario, le reconoce, en uno de los momentos más complejos para nuestra tribulada alma mater, su sabiduría, sentido de la institucionalidad, conocimiento de la Universidad y respeto por parte de la comunidad, al nombrarlo rector.

Profesor Caos, junto a sus estudios sobre Heidegger, su amado Nietzsche, los estudios de estética que orientaron toda su vida académica, la cercanía a los griegos, a la filosofía moderna y a autores que orientan una filosofía de la vitalidad y la buena vida, estuvo siempre la idea de Universidad como una de sus pasiones, de ahí que muchos de sus escritos y de sus lecturas, fueran encaminadas a comprender mucho mejor la complejidad que desde su origen, en la edad media, tiene la institución universitaria.

La defensa de la Universidad pública ha sido una de sus banderas, pero siempre con el sentido crítico que lo ha acompañado como un hombre sensato y sabio. De ahí que haya sido una voz disonante ante quienes han querido

imponer, con acciones populistas, de falsa democracia, y con peligrosos mesianismos, ideas conducentes a convertir a la Universidad en una república banana.

Su preocupación por el ejercicio del pensar, por su permanencia y su lugar, lo han llevado, a lo Montaigne, a ver el ensayo como una de las más bellas formas de expresión del saber filosófico. Eso se refleja en la innumerable cantidad de textos publicados, algunos de ellos en compilación en algunos libros y otros en revistas especializadas. Los textos publicados en la revista Aleph, son verdaderos documentos de reflexión y hacen parte del acervo de una revista que su amigo el maestro Carlos-Enrique Ruiz, ha quijoteado durante más de 50 años y de los cuales usted ha hecho parte.

Carlos, yo le conocí en febrero del año 1991, y no podré borrar la exigencia que usted imponía para quienes apenas iniciábamos. Los controles de lectura que semanalmente se hacían de Aristóteles y la dificultad propia de responder a tres parciales a la vieja usanza, con el rigor conceptual y metodológico que usted transmitía, se unían a los muros que imponía, para la época, no poder acceder a los artefactos técnicos que permitieran gestionar la información.

No obstante, en una época en la que exigir era un sinónimo de pasión y entrega, usted generó, en todos, una profunda admiración, un respeto insondable y un modelo a seguir.

Quizá tenga que ver con que para usted enseñar es mostrar cosas como el árbol frondoso que aún no existe en tanto es concepto, El tránsito que hace un sonido hasta convertirse en palabra, la trasgresión que generan las ideas, “el instante en que la lluvia es posterior a su semblanza”. En las lecturas que hacíamos descubrimos que para usted el acto de enseñar se constituía en un señalar, pero no como insatisfacción ante la ignorancia del otro, sino como la forma en que nos aproximamos a lo que se torna ausente. Enseñar se constituye en la preocupación, a veces por lo cotidiano, poniendo en riesgo lo absoluto; implica mirar aristas en una vida llena de incertidumbre; pero también es entregar, no con egoísmo, sino con humildad y compañía; “enseñar es para usted partir y no llegar a puerto”.

Mi querido amigo, usted nos mostró que hablar es conversar. Que el mundo señala travesías no develadas y direcciones de pura incertidumbre. Conversar es tocar, pues para usted las palabras se aferran como garras y emprenden el vuelo. Siempre su conversar es en voz baja, pero inclemente y contundente. Para usted la conversación es una praxis que permite develar lo oculto, nom-

brar, como diría Hartmut Rosa, aquello que aún es, que no está disponible y nos produce resonancia. Es dar vitalidad donde todo es desierto y humedad, donde lo que hay son despedidas. Gracias profesor por conversar y por estar ahí cuando alguien se desploma y es de huida su impotencia.

Profe, su ejemplo queda en enseñarnos que educar es como dice el maestro Skliar, caminar. “encontrar el propio paso, el propio peso y la propia liviandad, la breve y fugaz medida de los átomos”. Es enfrentarse a la contingencia, a las páginas escritas o aún blancas. Nos indicó que educar es trasladarse de este mundo al lugar donde reposan los poetas, al pasado lejano, al instante en que lo frágil perdura; profesor Carlos Alberto, hoy, usted nos enseña que educar es saberse ir, aprender a regresar a ese sitio donde los que amamos merecen nuestro tiempo y nuestra cura.

Escribir para usted es resistirse a morir. Pues, hoy la vida florece allí donde las palabras atraviesan los sitios abandonados, los extraños lugares donde el cuerpo no puede estar, la imposibilidad de la luz en una tarde cuando apenas amanece.

Profe querido, un día, a principios de la década del 2000, le llegó la enfermedad, y allí usted fue ejemplo de fortaleza y tesón. No hay duda de que fueron su apreciación de la vida, el amor y la compañía de la familia construida, todas las razones para salir ileso.

Esa experiencia, estoy seguro transformó su vida, quizá por la conciencia de nuestra profunda fragilidad, porque, como dice Mèlich, el punto de partida es la finitud de lo humano. “Finito significa que morimos, y también, que somos contingentes”. Nos enseña que “por esta condición finita no podemos esquivar nuestra relación con el mundo”, con “la alteridad de los otros seres humanos, de las cosas y de la naturaleza”. Y por lo mismo, nos mostró que “nuestra relación con el mundo es necesariamente poco firme y poco sólida”. De hecho, “sólo protegiendo la fragilidad, tenemos cuidado de nuestra condición”.

En el año 2013, en unas palabras que escribí para despedir al entonces rector Ricardo Gómez, le dije que “podía irse tranquilo, que la Universidad quedaba, refiriéndome a usted mi querido profe y a su nombramiento como rector, en manos de uno de los mejores seres humanos que había conocido.” En la noche de ese día, mi amada esposa Paula, quien permanece “viva y palpitante” y que lo admiró y respetó como ninguna otra persona, me dijo que “esa afirmación era una de las pocas cosas en la que no me había equivocado”.

Créame y esto es lo más importante, aquí solo quedan amigos, seguramente las diferencias irreconciliables entre muchos terminan siendo selladas por algún encuentro en el que recordar sea un motivo para acercarnos. Quizá al final del camino esto último, poder tener la cabeza en alto frente a quienes más nos valoran como lo que somos, es lo más valioso.



Pilar González-Gómez

Carlos-Alberto Ospina o el espíritu de la ecuanimidad

Heriberto Santacruz-Ibarra

Alineación de los astros



No deja de ser interesante pensar en las relaciones que uno tiene con los demás. A no ser que se crea que “*No se mueve una hoja si no es por la voluntad de Dios*” –frase ésta que la pronuncia Don Quijote en diálogo con Sancho, aunque equivocadamente se piense que aparece en la Biblia–, es decir, a no ser que se adopte un enfoque determinista, bien sea religioso, bien sea científico, el factor fundamental es sin duda el azar. No existe una ley que explique el hecho de que un pastuso llegue a una universidad en Manizales –en mi caso a la Universidad Nacional–; que después de algunos años se vincule a otra universidad –en mi caso a la Universidad de Caldas, y que, en 1975, en el primer semestre, comiencen a estudiar filosofía varios estudiantes, entre ellos Carlos Alberto y yo. Este tipo de circunstancias no tiene nada de extraordinario, y se presentan a cada una de las personas a lo largo de sus vidas, en las múltiples relaciones que se dan en distintos escenarios y contextos, lo cual va conformando la biografía de cada cual.

Lo que sí comienza a ser extraordinario es el hecho de que algunas de esas relaciones devengan en profundas relaciones afectivas, es decir en amistades, lo que me ocurrió con Mónica –mi esposa–, con Martha Cecilia y con Carlos Alberto.

A partir de entonces hemos recorrido durante 57 años como algo natural: pupitres, tableros, profesores, compañeros, estudiantes. Reuniones y más reuniones; asambleas; congresos, seminarios, conferencias. Discusiones y más discusiones. Y libros, siempre libros. La vida universitaria... Y la intensa conversación filosófica. Semejante trajín durante nuestros años de formación estudiantil, que continuó a partir de 1986, cuando, mediante concurso de méritos ingresamos como profesores de medio tiempo a nuestra Universidad de Caldas, cuando un día de enero de ese año nos posesionamos juntos. De esa intensa actividad universitaria destaco la grata experiencia docente de haber orientado conjuntamente varios cursos y seminarios con estudiantes de pregrado, tarea que requiere de gran entendimiento y sintonía, no obstante, la diferencia de puntos de vista filosóficos sobre los temas y, lo que es quizás más interesante, las distintas aplicaciones a las que nos dedicamos: él a la filosofía del arte y la hermenéutica y yo a la filosofía moral y a la filosofía política.

CAOS o el espíritu de la ecuanimidad

Al pensar en las virtudes del amigo a quien hoy el Departamento de Filosofía le rinde un homenaje con motivo de su jubilación, se me ocurrió en principio poner como título de esta nota “CAOS o el espíritu de la moderación”. Claro que ésta es una de sus virtudes, así como la modestia, la honestidad intelectual, el rigor, el respeto con el que siempre ha tratado a sus colegas y a sus estudiantes, la dedicación a su trabajo. Virtudes todas que, si bien escasas todas juntas, no son únicas de él. Muchos profesores abnegados, eminentes o no, las comparten.

Sin embargo, hay un aspecto que me llevó a cambiar de título. Aunque el profesor Ospina se desempeñó en distintos cargos administrativos: decano de la Facultad de Artes y Humanidades, director del Departamento de Filosofía, director de la Maestría en Filosofía, representante en los Consejos Académico y Superior, etc., todo ello debido al reconocimiento y confianza de sus colegas, en 2013 tuvo que asumir el rectorado de la Universidad.

La Universidad de Caldas ha atravesado por unas crisis que la han llevado al borde de su cierre. Así ocurrió, por ejemplo, en 2001, cuando el ministro de educación de ese entonces tuvo que recurrir al Maestro Carlos-Enrique Ruiz, para que desde el rectorado reorientara la Universidad y se evitara el cierre. De nuevo en 2013 -como ya dije-, después de largo tiempo de parálisis, en

Consejo Superior designó al profesor Carlos Alberto para que se pusiera al frente de la crisis. Estas crisis, dicho sea de paso, tienen lugar porque, desde mi punto de vista, hizo carrera, de modo especial en nuestra Universidad, la idea de que la democracia se reduce a procesos electorales. Hoy mismo la Universidad atraviesa de nuevo esa crisis. La democracia es un concepto más propio de la sociedad, así se la reduzca a su expresión mínima como sistema de gobierno. Pero la Universidad es una comunidad, y su necesaria dirección se funda en la autoridad académica reconocida por la mayoría de los universitarios. Es un tema complejo y no voy a ahondar en él. Vino al caso para señalar que al Profesor Carlos Alberto le tocó asumir el rectorado, debido a su reconocida autoridad moral y académica, y cuya virtud principal es precisamente la ecuanimidad. Todas sus virtudes anteriormente mencionadas no son suficiente para dirigir una institución si la persona carece de ecuanimidad, entendida ésta como “la virtud a través de la cual se mantiene un estado de compostura, equilibrio y estabilidad emocional ante problemas, situaciones tensas o experiencias intensas tanto buenas como malas. (...) En la práctica, ser una persona ecuánime significa evitar que nos dejemos llevar por las emociones y nos ahogemos en estados de ánimo muy intensos que nos cieguen e impidan que veamos las cosas como son y que reaccionemos con objetividad”¹.

Es decir, se trata, ésta sí, de una virtud escasa y que, como la de la justicia es más bien una virtud social, necesaria en quienes tienen responsabilidades de administración y de coordinación en los grupos humanos.

La formación del escritor

Cuando nuestros caminos se encontraron los profesores pertenecían casi todos a la tradición oral. Luego se inició el cambio hacia la escritura, y sobre la marcha, unos más, otros menos, emprendieron esa difícil tarea de concentrar el pensamiento y el conocimiento en el trabajo escrito. A esto contribuyó sin duda el estímulo económico que, por desgracia, se corrompió hasta llegar al desvergonzado sistema que un amigo denomina la “puntofagia”, en el que la publicación de los escritos no busca el aumento del conocimiento y de la ciencia, sino el aumento del sueldo gracias a los puntos, obtenidos en buena

1. <https://mayneza.com/ecuanimidad-definicion-importancia-beneficios>.

medida de cualquier manera. No es el caso del Profesor Carlos Alberto. En esta ya larga trayectoria de ensayista, sus escritos, de los que tengo el honor y el gusto de haber estado cerca, se caracterizan por el rigor y la belleza de la escritura; la hondura de sus reflexiones y la originalidad de los enfoques sobre el pensamiento de los autores con los que conversa, hasta el punto de que se lo puede contar sin duda entre nuestros mejores escritores en el campo de la filosofía. Solamente en la Revista ALEPH cuento como 24 ensayos, pero muchas otras revistas han publicado sus trabajos. Excelente complemento de este merecido homenaje sería que el Departamento de Filosofía y la Universidad de Caldas, a la que ha dedicado su vida y a la que tantos servicios le ha prestado, recogiera en volúmenes toda su obra.

La época en la que convergieron nuestras vidas, no sólo por el ímpetu de la juventud, estaba llena de entusiasmo y de esperanza, y teníamos fe en un mañana mejor, a pesar de que el mundo estaba también convulsionado por la guerra. Sin embargo, nos sentíamos bien representados con Serrat o por John Lennon y Yoko Ono cuando cantaban IMAGINE:

*Imagina que no hay paraíso
es sencillo si lo intentas
No hay infierno bajo nosotros
Y arriba solo tenemos el cielo*

*Imagina a toda la gente
Viviendo para el día de hoy*

*Imagina que no hay países
No es tan difícil de hacer
Nada por qué matar ni por qué morir
Y ninguna religión tampoco*

*Imagina a toda la gente
Viviendo en paz*

*Puedes decir que soy un soñador
Pero no soy el único
Espero que un día te unas a nosotros
Y el mundo entonces será mejor*

*Imagina que no haya propiedad
Me pregunto si tú puedes
No necesitar ganancias ni tener hambre
Una hermandad de seres humanos*

*Imagina a toda la gente
Compartiendo todo el mundo*

Es un viejo anhelo. El mismo que expresan los versos de Schiller que inspiran el cuarto movimiento de la novena sinfonía de Beethoven.

No se nos habría ocurrido pensar que hacia el otoño tendríamos que vérnosla con una pandemia que tanto dolor y sufrimiento ha causado, con una violencia furiosa y sin fin en nuestro país, y menos aún con una desgraciada guerra que va significando el fracaso de la especie humana...

Después de agradecer al Departamento de Filosofía que me hubiesen tenido en cuenta para participar en este homenaje, Mónica y yo queremos desear a ti amigo, a Nena, a Juliana y a Juan-Pablo, todos entrañables, que, no obstante, lo yermo del horizonte, puedan disfrutar la jubilación con lo que nos queda, que, a decir verdad, es bastante: el amor.

Vivir, pensar y escribir

Marta-Cecilia Betancur G.

A mi amigo, hermano y colega Carlos-Alberto Ospina



Más de 40 años de mi vida los he transitado muy cerca de mi amigo Carlos Alberto. Y un buen amigo es, simplemente, un regalo de la vida. Agobiados como vivimos por la prisa que nos demanda hoy el mundo, se nos olvida meditar en el valor de la amistad; ocupados como estamos pensando sobre los grandes problemas, se nos olvida considerar las bondades de la vida, las que están más cerca; inclinados por la tendencia a cuestionar desmedidamente la cara negativa del mundo y del ser humano, somos ciegos ante los valores positivos con que logramos impregnar la realidad. Y la amistad es uno de los grandes valores positivos creados por el hombre para sobrellevar la vida. En medio de las hostilidades de diversas circunstancias sociales, familiares y laborales, en ocasiones muy complejas, los amigos son nuestra compañía más valiosa. Tal vez por ser relaciones incondicionales y desinteresadas, independientes de los lazos de sangre, liberadas de exigencias y animadas, más bien, por afinidades espontáneas que se promueven con cariño y respeto, llegan a consolidarse como lazos duraderos, que nos alimentan durante amplios espacios de la vida.

Pero, además de agradecer a mi amigo el regalo de la amistad hoy quisiera subrayar un legado suyo que ha marcado una huella en el mundo de la academia, y en quienes hemos querido seguir esas enseñanzas: la coherencia entre un vivir, un pensar y un escribir filosóficos. En Carlos Alberto, la filosofía es una posición ante la vida, una actitud y una forma de vivir. Y siempre he pensado que el mayor aporte que puede hacer la filosofía a nuestra existencia es la coherencia, esto es, la capacidad de articular la forma de pensar con la forma de vivir en un camino dinámico de ida y vuelta. En Carlos, la serenidad y la moderación en el pensamiento y la escritura son semejantes a las de la vida.

El oficio de escritor

Puede decirse que el pensamiento filosófico se desarrolla de la mano de la escritura. Quienes nos ocupamos de estas labores sabemos que al pensamiento se le organiza y da orden a través del ejercicio manual de escribir, como si las cuerdas que ligaran el cerebro con las manos y con el artefacto que concreta la labor, estimularan la imaginación, el sentimiento y el pensamiento. El orden sintáctico, espacial y temporal de la lengua materializa y permite dar forma a la configuración y la organización de las ideas. La escritura rodea al trabajo filosófico del valor de lo que dura, de lo que queremos que quede, que se conserve y que sea leído por otros; por ello requiere las pausas de la meditación y la reflexión, rasgos tan afines al trabajo filosófico. Y parece haber también una especial afinidad entre el temperamento de Carlos Alberto y el discurso filosófico escrito.

Desde muy joven entendió que la filosofía necesita de la escritura y se queda corta si no se elabora mediante la pausa que le dispensan los periodos de soledad meditativa en el esfuerzo de la organización escrita. En momentos en que otros colegas, movidos por una personalidad demasiado perfeccionista y un ideal excesivamente elevado de la filosofía, desconfiaban de nuestra capacidad para producir, nos estimuló a dar el salto de la expresión oral a la aventura de la escritura. De nuevo, la personalidad ponderada de mi amigo vislumbró tanto el peligro de los rígidos ideales de perfección, como el potencial de la sensibilidad, la pasión y la disciplina filosófica de quienes nos dedicábamos a esta tarea. En una época en que la labor de la enseñanza de la filosofía se realizaba solamente en el escenario de la clase y se enfocaba en la exposición del pensamiento de un filósofo grande -que podía ser griego, lati-

no, alemán o inclusive inglés o francés, pero nunca latinoamericano y menos colombiano, nos animó a escribir.

En la década de los 80, asistimos en Colombia a una revolución en la forma de hacer filosofía, cuando la educación se extendió a diversos sectores sociales, se amplió la enseñanza de la filosofía y cogió fuerza la renovación del pensamiento filosófico hacia nuevas corrientes como la fenomenología, la hermenéutica, la filosofía de la ciencia y la analítica. Todo ello significó una superación de la mentalidad escolástica oficial que había predominado durante más de 100 años en Colombia. Y se fue transformando la función del profesor universitario de filosofía, quien ahora debía y debe ser investigador y escritor, para cumplir bien con su tarea. En el Departamento de filosofía de la Universidad de Caldas esta transformación generalizada del quehacer filosófico significó una inflexión en su desarrollo; y el profesor Carlos Alberto Ospina fue un pionero en el perfilamiento de ese nuevo camino.

El desarrollo de la escritura como una parte del trabajo filosófico y como una cualificación tanto del profesor como de la labor pedagógica da cuenta del estrecho vínculo entre estas dos caras de la vocación comunicativa de la filosofía: ella se dirige al mundo para hacer interrogantes, develar mitos y prejuicios subyacentes a la cultura, debatir pensamientos obvios y proponer nuevas formas de pensar el mundo. Como dice Habermas, la filosofía es la conciencia crítica de la sociedad y la conciencia crítica de sí mismo del hombre; en ese sentido, ella se formula para ser arrojada al mundo, compartida y debatida. Tarea que logra mayores frutos si puede ser desarrollada mediante el lenguaje escrito, si tenemos en cuenta las profundas ventajas que conlleva este tipo de discurso: trasciende el aquí y el ahora de la comunicación oral, incluso del aula de clase; promueve la participación de las colectividades en los debates acerca de los problemas del mundo, desde una perspectiva filosófica, debates que se ven conducidos a la esfera pública y son utilizados como marcos teóricos de pensamiento para la deliberación de los asuntos políticos y sociales, todo lo cual conduce a la maduración política de los ciudadanos, especialmente si la filosofía se hace cargo del compromiso social.

El compromiso social de la filosofía consiste en el mismo hecho de pensar y de decir; y más aún cuando son actos subversivos que se atreven a someter a crítica las verdades aceptadas y a proponer nuevas ideas; actos subversivos, en muchas ocasiones impopulares, porque rompen con lo obvio, con el pensamiento admitido que nos sumerge en la zona de confort. En estos casos “de-

cir es actuar”, casos en los cuales, la relación entre el quehacer de la filosofía y el oficio de escritor se ve exigida por la conciencia acerca de la responsabilidad con el receptor, aquel grupo ilimitado y nunca previsto de ciudadanos que reciben el impacto de la obra. Y hoy más que nunca el autor de escritos filosóficos debe tener conciencia de su compromiso con ese mundo que recibe la obra y con los propósitos que quiere lograr. En un mundo en el que los jóvenes se hallan seducidos por la eficacia de la imagen, la superficialidad de la información, la fluidez de los contenidos, la fragmentación y discontinuidad del pensamiento, así como la banalidad de un entretenimiento alienante, la presentación de buenos escritos, deliberantes, reflexivos, con estilo argumentativo y que conduzcan a la meditación y la elaboración de pensamientos críticos, es una alternativa apropiada. Tal como plantea Chul Han, el fomento del discurso escrito riguroso, claro, crítico y bien llevado, es ahora más que nunca un mecanismo importante para evitar el declive del juicio y el sometimiento a la inmadurez intelectual y política.

Desde sus comienzos en este itinerario y contra las tendencias del momento, el profesor Carlos Alberto defendió y aplicó el ensayo como el género discursivo más afín al trabajo filosófico. Sus primeros escritos ocupados del tema mismo del ensayo defendieron la pertinencia del género para el ejercicio del pensar, por la potencia que tiene de proponer ideas y argumentar bien. Y con la claridad de haber encontrado una forma lingüística para realizar y expresar el pensamiento, se aventuró a plantear ideas acerca de la universidad, los prejuicios ideológicos que subyacen al mundo de hoy, los problemas de la sociedad contemporánea, los prejuicios y vicios de la labor de docente, como también sobre temas irruptivos de la filosofía contemporánea. Si hacer filosofía significa pensar, Carlos Alberto es uno de los primeros filósofos de nuestra escuela.

Pues, la serenidad y la medida no implican sumisión. En contravía del ambiente filosófico y del pensamiento oficial sobre el quehacer filosófico, defendió y aplicó una forma de ejercer la filosofía que se consideraba extraña al modelo filosófico del momento. Como lo hemos vivido otros, halló en la revista *Aleph* ese hogar capaz de abrir sus puertas a las formas no oficiales del pensar, de escribir filosofía y de atreverse a aventurar ideas; la medida no significa ni ausencia de inquietudes que inciten el pensar, ni la adaptación a las ideas y prácticas ajenas para quedar bien con todos; significa más bien, la reivindicación de la lentitud y de la pausa afines a la reflexión, el ejercicio de la autorreflexión que permite el examen de las ideas y acciones propias, la

disposición a la escucha de los planteamientos distintos y la flexibilidad de disponerse a cambiar de puntos de vista cuando los otros tienen la razón.

Los libros y la vida

Un ensayo suyo, publicado en la Revista Aleph y que da cuenta de esa doble perspectiva de serenidad meditativa y audacia crítica, reflexiona, precisamente, sobre el vínculo entre la obra escrita y la vida: *El Quijote y los modernos* (Aleph, 129/130, 2004) discurre sobre la relación entre la novela de caballería y la vida de don Quijote, quien ha decidido cambiar el rumbo de su existencia, con el fin de ajustarla a los ideales y valores de la vida de un caballero andante. La novela devela la relación recíproca que muchas veces ocurre entre el libro y la vida; pone en evidencia en su máximo esplendor la potencia de las obras de orientar el rumbo de la vida, así como de la vida, de dejarse encauzar por los horizontes que las obras le trazan. Sin embargo, el ensayo de Carlos Alberto pasa por alto que esta potencia, si bien es más fuerte en las obras narrativas y poéticas, no está ausente en las obras filosóficas y científicas.

En *El Quijote y los modernos*, el autor hace una reflexión acerca del carácter epocal de la novela, obra llamada a vislumbrar las ambigüedades y los quiebres de una época de rupturas y transformaciones, de un período que marca el derrumbamiento de un sistema de pensamiento y el nacimiento de uno nuevo; un momento en el que la difusión de los libros por el invento de la imprenta, hace de estas entidades entre materiales y espirituales, mecanismos imprescindibles para la constitución de la vida y la cultura. Desde este momento, los libros entran a hacer parte de la vida y de los objetos que nos rodean. Por ello, el ensayo trata un tema que ha de ser crucial en el desarrollo posterior de la cultura y que sigue teniendo impacto hoy: el artículo muestra la relación de la clase de las obras narrativas y poéticas con la existencia humana, en este caso del relato de caballería, pues, El Quijote conduce la vida a través de las ideas que las obras le sugieren: “Alonso Quijano salta de los libros a la realidad, a través de uno de los personajes centrales de sus lecturas. Los libros de caballería le dispensaron el pleno sentido de la vida, los que le entregaron los códigos y valores morales con los que se regía en la vida. Defensa de las virtudes caballerescas inspiradas por una ética de corte aristotélico”. (p. 69).

Dado el avance en la democratización del libro a través de la imprenta, así como la posibilidad de generalización de la lectura, Don Quijote es la expresión de ese vínculo que ha alcanzado el libro con la vida. Hasta comienzos del Renacimiento, las obras escritas eran un lujo personal al que solamente tenían acceso los doctos, algunos hombres de letras ligados a órdenes religiosas, mientras los ejemplares de cada obra eran escasos y estaban reclusos en bibliotecas a las que era difícil acceder. Eran “letra muerta” y, además, existía la censura de la lectura. Por el contrario, la labor del Quijote fue descubrir a través de la ficción narrativa, que las obras escritas no son letra muerta: “Don Quijote, salido de la más cercana realidad cotidiana, encontró que los libros no son letra muerta, ni son el resultado caprichoso de la más cercana realidad cotidiana, sino que ellos, por fantásticos que sean, también revelan verdad; en ellos las cosas y el mundo se asoman en la dimensión que el impulso moderno, matemático y preciso, oculta o no quiere ver” (p. 66).

Sin embargo, el artículo presenta el valor práctico y vital de los libros en el marco de una lógica binaria excluyente que había sido reforzada en la modernidad. El contexto del ensayo se mantiene en la dicotomía desarrollada en la época moderna entre libros de conocimiento científico verdadero y libros de fantasía o de ficción, sin atreverse a discutirla y tomando partido por un lado de la balanza, mientras manifiesta cierto desprecio por el otro. “Don Quijote nos lleva a la dimensión mágica y poética de la vida, la cual debe ajustarse a los ideales que los libros expresan. Pero los libros que sirven de guía no son religiosos, ni filosóficos ni históricos sino los de caballería” (p. 69). Los libros están destinados a ser leídos y vividos. Pero, para el autor, sólo pueden serlo los libros literarios, mientras que carecen de tal poder las obras científicas, matemáticas y filosóficas, que proponen teorías y formas de pensamiento que apuntan a la verdad.

Por el contrario, conviene hoy llamar la atención sobre el potencial que tiene la obra escrita a través de la lectura. Las obras constituyen un ejercicio de comunicación, pues se escriben para ser leídas; existen muchos libros de filosofía, incluso de la modernidad tan cuestionada, que han llegado a cumplir un rol fundamental en la existencia humana: propongo tres, por dar algunos ejemplos: los *Ensayos* de Montaigne, el *Discurso del método* de Descartes y las obras de filosofía política de Locke. El primero, sometió a la crítica la concepción sobre el hombre, sobre la sociedad, la ciencia, la educación, la vida política y muchos otros temas, mientras que planteó formas nuevas de concebir y realizar estas esferas de la vida. La obra cumplió un papel transfor-

mador en la sociedad. Y, Piénsese en la primera frase del *Discurso del método*: “El sentido común es la cosa mejor repartida del mundo”. Nos enseñó que la razón es una facultad propia de todos los seres humanos y no un privilegio de unos cuantos doctos poseedores de la verdad. Enseñó la posibilidad de la rebeldía en el pensamiento. Nos llevó a pensar en el valor del “yo”, del sujeto que piensa. A partir del Discurso del método el ser humano se concibe y habita el mundo de otra manera, y su influencia nos llega hasta hoy. Es cierto que debemos deconstruir la idea Cartesiana del yo y hacer nuevas formulaciones, pero ello mismo prueba el vínculo de los libros con la vida. Las obras de Locke transformaron la concepción de la política, condujeron a una toma de conciencia del rol político de los ciudadanos y cambiaron hasta la forma de ejercer la política, poniendo en evidencia la influencia práctica de los libros. A todas estas obras seguimos llegando y aún nos dan qué pensar y hacer.

También las obras científicas tienen una relación con la vida. Los *Principia Mathematica* de Newton, La teoría de la relatividad de Einstein han cambiado la forma de vivir. Las obras en salud, los libros de investigación sobre el cáncer, las obras sobre el covid, y gran parte de las obras científicas e, incluso técnicas, tienen consecuencias en la existencia humana. Y muchas de ellas positivas, pues gracias a ellas podemos viajar en avión, disfrutar un carro, hacer puentes y carreteras, aprovechar el portátil, hacer uso del celular, manejar las enfermedades, buscar soluciones a la pobreza, etc. Son innumerables las cosas que hacemos en la existencia diaria gracias a las obras de ciencia y de tecnología. Es verdad que ellas son fuente de muchas dificultades, pero también es cierto que se pueden poner al servicio del florecimiento de la vida, y que todo ello se vincula a la acción humana, a la perspectiva que tengamos de la vida, a la voluntad, el interés y el deseo de los hombres. El problema obedece más bien al punto de vista individualista y egoísta que hemos asumido y naturalizado, el mismo que nos rige y nos hace olvidar la interdependencia y necesidad de solidaridad que nos constituye.

Así las cosas, para valorar los libros de ciencia, de filosofía y literatura, requerimos hoy de una “justicia epistémica”, una posición moderada que revise con respeto y objetividad sus aportes, haciendo uso de una actitud crítica. Mientras que para la tarea de escribir obras debemos partir del respeto por el lector activo y comprometido, aquél que es capaz de comprender las obras, someterlas a la crítica y aplicarlas a su mundo; en filosofía y en ciencia está bien asumir con responsabilidad el ejercicio que acometemos, tener clara la intencionalidad de las obras, reconocer el rol activo de lectores y comunida-

des, y promover la conciencia crítica, capaz de actuar en el mundo, porque, definitivamente, el libro no es letra muerta.

Ahora bien, aunque el ambiente académico de las universidades de hoy nos exige el oficio de escribir, ese ambiente se ha vuelto enemigo de su verdadera práctica. La mercantilización de la producción académica, las exigencias cuantitativas de resultados, el menosprecio de la calidad, el rigor y la profundidad, y el estímulo a la productividad a cambio de puntos y pesos, todo ello ha trivializado y menoscabado la tarea del escritor. Quien gusta de escribir está movido por intereses más humanos: cree que tiene algo interesante que decir y que es digno de poner en consideración del público. Además, como ha insistido siempre Carlos, quien escribe porque se siente llevado a hacerlo, entiende la necesidad de adquirir un estilo propio, de ejercitarlo de manera consciente y apropiarlo; porque, como nos suele recordar, “el estilo es el hombre”.

Si bien no puede negarse que la exigencia de la escritura en la academia ha tenido impactos importantes al propiciar un ambiente de debate académico y de compromiso con la investigación y la producción académica, también es cierto que la estructura de ese ambiente y la forma como se promulga ha promovido prácticas mezquinas y el deterioro del ejercicio filosófico meditativo, reflexivo y argumentativo, donde, además, prevalece el descuido en el manejo de la lengua, en el uso de la sintaxis y el reconocimiento del valor del sonido y el sentido de las palabras, entre otras falencias. La velocidad de la escritura y la necesidad de cumplir con resultados se hace a costa de la calidad, el rigor y la profundidad.

Por ello, tal vez hoy aún les queda algo que aprender de nuestro colega a los jóvenes que eligen esta profesión: que debemos persistir en el respeto y el amor por el trabajo filosófico pausado y cuidadoso, así sea más lento, y que no debemos perder de vista que la escritura debe tomarse con responsabilidad y conciencia como un compromiso con la vida y con el quehacer de la filosofía. Es decir, que debemos tomarnos en serio el oficio de escritores.

Gracias amigo, por su compañía y sus enseñanzas.

Un universitario genuino

Carlos-Emilio García D.



Conocí a Carlos Alberto Ospina hace algo más de cuarenta y cinco años cuando ambos ingresamos como estudiantes a la otrora facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Caldas. En esa época Carlos Alberto ya era un alumno destacado del programa y sobresalía en las reuniones de estudiantes por sus planteamientos razonados y sus propuestas mesuradas. Nuestra amistad nació un poco más tarde, cuando ya él se desempeñaba como profesor de la Facultad de Psicología en la Universidad Cooperativa de Manizales (hoy Universidad de Manizales) y ha continuado durante todos estos años pese a diversas vicisitudes apenas normales en una relación tan larga. Justo en esa institución comenzó la extensa e ininterrumpida carrera de logros académicos y profesionales que hoy celebramos con motivo de su jubilación como profesor titular del departamento de Filosofía de la Universidad de Caldas. Los intereses académicos de Carlos Alberto se destacan por su variedad y riqueza así como por la importancia de sus contribuciones. Lo hemos visto investigando y escribiendo sobre filosofía antigua, moderna, y contemporánea, incluyendo áreas como la historia y la filosofía de la ciencia. Sus reflexiones sobre el método del seminario alemán, fundamental en cualquier programa de filosofía que promueva la investigación de buen nivel, todavía siguen vigentes y constituyen un documento de consulta obligada para los interesados en comprender

mejor los detalles de esta metodología. Pero sus más queridas pasiones han sido la filosofía alemana, la filosofía del arte y la estética, áreas en las cuales ha publicado sus artículos y libros más importantes y las que ha dedicado la madurez de su trabajo como filósofo en una envidiable carrera de dedicación y honestidad intelectual. Mencionar todas sus publicaciones (en la forma de artículos, libros y otras variedades de trabajo editorial) está fuera de lugar en estos momentos. A cambio quisiera compartir unas breves reflexiones sobre las notables virtudes de Carlos Alberto, virtudes de las que hemos sido testigos al apreciar su fecundo trabajo profesional y académico:

Los primeros adjetivos que se me vienen a la mente cuando considero sus publicaciones son rigor y seriedad, aspectos que se complementan magníficamente con una enorme generosidad y un sincero entusiasmo al momento de valorar el trabajo de sus colegas y estudiantes, a muchos de los cuales acompañó, impulsó y promovió para que se convirtieran, a su vez, en autores o docentes exitosos. Carlos Alberto reúne, en una poco común simbiosis, la sensibilidad para apreciar la buena literatura, la agudeza y la paciencia para los argumentos filosóficos, el profundo conocimiento del área y de sus principales problemas (logrado tras una laboriosa y tesonera aplicación) y el sentido práctico y la intuición para identificar el potencial filosófico de sus colegas y sus alumnos; y no pocos de los presentes en este homenaje nos hemos visto beneficiados con sus atinados consejos sobre asuntos académicos, disciplinares, profesionales o incluso personales hasta el punto de poder afirmar que su vida como universitario deja una huella notable entre nosotros así como un legado considerable para sus estudiantes. Su don de gentes y su profesionalismo le permitieron contribuir a la Universidad de Caldas y a nuestra unidad académica como decano de la Facultad de Filosofía y Letras (en la década de los ochenta); miembro de la sociedad colombiana de filosofía, (también en la década de los ochenta); decano de la enorme y compleja Facultad de Artes y Humanidades (hacia 2010) y llegar inclusive a ocupar el cargo de Rector(e) de nuestra querida Universidad en 2014. No alcanzó ninguna de estas dignidades por influencias o por azar sino como un reconocimiento indiscutido a sus méritos y trayectoria. Otro aspecto llamativo de una vida entera de logros y éxitos es que bien fuera que estuviese dedicado a sus obligaciones como profesor universitario o que se viera abocado a enfrentar las enormes e importantes responsabilidades de un Rector, el talante de su personalidad jamás sufrió modificaciones odiosas pues siguió siendo el mismo hombre ponderado y pulcro para sus amigos y sus no tan amigos, de suerte que Tirios y Troyanos

pudimos seguir recurriendo a su inagotable generosidad y servir complacidos a la institución bajo su dirección.

Nunca fui alumno de Carlos Alberto. No obstante, como su prohijado en la Universidad Cooperativa, su condiscípulo en la maestría en filosofía de la Universidad Nacional, su co-investigador en un proyecto ambicioso cuyo objetivo fue caracterizar detalladamente la educación media rural en el Departamento de Caldas y formular recomendaciones, o su colega en la Universidad de Caldas, a lo largo de más de cuatro décadas de amistad, experiencias compartidas, y largas conversaciones he aprendido de él casi todo lo que sé sobre lo que representa la responsabilidad, la integridad, el afrontar retos nuevos y desconocidos, aplicarse a una tarea en la que no se tiene mucha experiencia, afrontar situaciones difíciles, y en suma ser una buena persona.

Creo interpretar correctamente los sentimientos de mis colegas en el Departamento de Filosofía cuando en nombre de todos ellos, pero sobre todo en el mío propio, le digo a Carlos Alberto en este homenaje con ocasión de su retiro: Gracias maestro, por toda una vida de enseñanzas, ejemplos, humanidad y fraternidad. Que disfrute su bien merecida jubilación y no olvide que esta seguirá siendo su casa por siempre y nosotros sus amigos.



Detalle de la biblioteca personal de Carlos-Alberto Ospina H.

De sus hijos, Juliana y Juan-Pablo

Buenas tardes a todos.



Ha sido un reto haber estado escribiendo unas palabras para este momento, y es porque escribirle a mi papá para hacerlo público, escribirle a él, quien ha sido durante toda su vida un lector apasionado, pensador inquieto y escritor brillante, pareció en principio bastante difícil. Pero entrando en confianza cuando pensamos en mi papá, escribimos desde el corazón y seguros de que lo que es como padre, en lo más íntimo de la familia lo es también ante toda la comunidad universitaria.

Papi, siempre nos hemos sentido muy orgullosos de todos tus logros, aportes y reconocimientos a lo largo de tu carrera profesional. Hemos sentido de cerca todo el cariño recibido de tus alumnos, compañeros de trabajo y amigos. Siempre ha habido una casi perfecta coherencia entre tu vida personal y profesional: crecimos en medio de libros, historias, conferencias y tesis de grado; hemos compartido sobre arte, música clásica, juegos de ajedrez, mitología griega, las mil y una noche, el Quijote, helados, café y películas.

Estamos convencidos de que para ti, después de vivir y sobrevivir, este es uno de los logros más importantes; llegar aquí luego de muchos años de trabajo, con la tranquilidad y la satisfacción del deber cumplido, siendo merecedor de este homenaje no sólo

por demostrar ser el académico y filósofo serio y disciplinado, sino también por tu humanismo, escucha profunda, nobleza y respeto por las personas que te rodean y por la Universidad de Caldas, institución que te acogió desde tu juventud. Creemos que estas cualidades son gracias a que tienes mucho amor para dar y mucha disposición y agradecimiento para recibirlo. Tu sencillez y optimismo en la manera como afrontas la vida y los pensamientos, verte ser un defensor de la paz y ser consecuente con lo que piensas y comunicas, ha sido la mejor forma de educar, de dejar una huella perdurable que ahora podemos comprobar con tus nietas, María y Lucía.

Papi, gracias por tu compañía incondicional, tu entrega, alegría y por tomarte la vida en serio. Sigue mostrándonos con tu ejemplo y también con la sabiduría que traen los años, que los valores nos determinan, la pasión nos impulsa y el amor nos guía.

A la Universidad de Caldas, a tus compañeros y amigos, muchas gracias por ser parte de nuestra familia. A nuestra mamá, María Helena, por haber sido nuestra fortaleza en los momentos más difíciles y ser fan fiel durante todo tu recorrido profesional. Hoy comienza una nueva etapa de la vida en donde podrás estar más presente disfrutando de cada paso y a la vez seguirás aportando todo tu conocimiento y pasiones.

Con amor, Juliana y Juan-Pablo.

Manizales, Junio 10 de 2022



Apenas un navegante de la vida

Carlos-Alberto Ospina H.

Es extraño sentirse homenajeado; mucho más por la magnitud del acto de homenaje. Hay personas que se sienten elegidas, por voluntad divina o por el destino, a cumplir una labor especial o heroica en la vida; algunas otras se creen iluminadas para ser la guía de los demás, aunque sin saberlo terminan siendo, más bien, opresivas. Este no es mi caso, porque me he dedicado sobre todo al oficio de enseñar, o, lo que es lo mismo, a no dejar de aprender.

Si ejercer la docencia por muchos años, con pasión, con sinceridad y siendo generoso y abierto con el saber; si, además, por el modo de ser personal y por la dedicación a los asuntos de la letras y el pensamiento, se merece algún consideración especial, comprendo ahora el alcance del reconocimiento que mis familiares, amigos, colegas y alumnos me otorgaron hace algunos meses, con motivo de mi retiro de la labor docente en el Departamento de Filosofía de la Universidad de Caldas. Ninguna acción u obra extraordinaria de mi parte, es verdad, pero si el reconocimiento correspondió a los hechos mencionados, lo comprendo, aunque con reserva y rubor, si vemos que a muchas otras personas también se les debería dispensar homenajes semejantes, incluso con más elevados méritos. Sinembargo, la magnitud del que se me otorgó me sorprendió, me conmovió profundamente y me hizo pensar en que algo, no advertido aún por mí, de mi



labor, de mi persona y presencia dejó huella en los demás; tal juicio se los respeto a ellos y a mí no me queda más que hacer manifiesto mi más sentido agradecimiento.

Para qué escribir

En aquella ocasión expresé que me imaginaba siendo despedido desde un puerto grato, para continuar el viaje en el mar abierto de la vida. Y ahora me veo detenido por mi amigo y maestro Carlos Enrique Ruiz quien, para colmo, decidió dedicar un número de su querida revista Aleph a algunos de mis escritos. Como mi persona, nada especiales. Si algún mérito les cabe, es que se ocupan de problemas inquietantes de la realidad o la cultura, algunos coyunturales, otros de mayor alcance, cuya originalidad radica en la manera como expresan puntos de vista e ideas, de reconocidos pensadores, o apenas son páginas inspiradas por diversas suscitaciones literarias y poéticas.

Pienso ahora en las palabras de una de mis autoras preferidas, Hanna Arendt, quien decía que “escribir es transcribir”, algo así como que uno no hace más que expresar unas ideas tal como las ha asimilado y pensado para fijarlas después en el texto escrito. Lo verdaderamente original radica en “tal como”, en el modo o manera como se dan a conocer en el escrito. Dicho con otras palabras, en la manera como fueron comprendidas, la cual se transfiere en el estilo de la escritura. Escribir, por lo tanto, es comprender.

Y lo importante, insiste Hanna Arendt, es comprender. La comprensión, diferente de la información y del conocimiento científico, es un proceso complicado que nunca produce como ellos, resultados ciertos e inequívocos. Es una actividad sin final, en constante cambio y variación y el modo específicamente humano de vivir, por medio del cual aceptamos la realidad y nos amistamos con ella, esto es, intentamos sentirnos a gusto en el mundo pese al horror que ocurre en él. La comprensión es necesaria para no enloquecer y asimilar lo que no está en nuestras manos transformar, ni la ciencia alcanza a explicar. Es valiosa para darle sentido a lo que, en principio, no le encontramos, pero que ocurre ante nuestros ojos y golpea nuestras vidas. Escribir, entonces, es un modo de comprender y, junto con la lectura, son ocupaciones que se ejercen no para hacerse cultos sino para enfrentar mejor las adversidades; la escritura en particular es el afán por conversar y dialogar con los amigos, presentes o anónimos, quienes quizás descubran nuevos modos de ver las

cosas o de hacerlas conscientes. Este es el único alcance que, en verdad, se le debe dar a mis escritos. Quien busque unas ideas, un pensamiento “original” se llevará una gran decepción. Consciente de mis limitaciones, me atengo al único interés de mostrar mi comprensión de los asuntos que abordo, y si tales interpretaciones en algo seducen, aún mejor.

Algunos recuerdos personales

Mi vida siempre ha estado ligada a la Universidad de Caldas. Cursé la primaria en la escuela anexa a la Normal de varones -como se conocía-, situada todavía en las vecindades de las instalaciones centrales de la Universidad, a las que a menudo acudíamos para recibir atención médica u odontológica que ella ofrecía a la ciudadanía. Pero también, para alimentar la insaciable curiosidad e imaginación infantiles, encontrar la ocasión de colarnos al anfiteatro que funcionaba en el primer piso del edificio central, donde sabíamos había cadáveres dispuestos para el estudio en la facultad de Medicina.

Mis años de bachillerato en el Instituto Universitario de Caldas fueron en general de mucha inquietud, entre tertulias, bohemia, poesía y teatro. Sin duda era la principal institución de educación media del Departamento de Caldas, como lo había sido desde su fundación (en 1914), y en mucha medida sigue siéndolo. En su rica biblioteca, descubrí las obras completas, en la edición de Aguilar, de Tolstoi y Dostoyevski, muchas de cuyas novelas y relatos leí con gran pasión; también conocí a los poetas épicos griegos, Homero en especial, y a los trágicos griegos, quienes desde entonces nunca han dejado de asombrarme y sobre los cuales a menudo vuelvo. Recuerdo, además, que por aquellos años circulaban de mano en mano dos revistas que despertaban gran interés entre quienes asistíamos a tertulias, conferencias y obras de teatro: las revistas *Aleph*, en sus primeras apariciones, y *Eco*. Por entonces veía ambas publicaciones con respeto reverencial por lo que implicaban para la cultura nacional y regional. La revista *Eco* (1960-1984), editada en Bogotá por la librería Buchholz, divulgaba escritos muy valiosos de autores sobre todo alemanes, muchos traducidos por primera vez al español; mientras que *Aleph* (1966), desde Manizales, comenzaba a abrir al país nuestra cultura regional. Con los mantenedores de *Aleph*, Carlos Enrique y Livia, hoy conservo una amistad y relación personal muy especiales, cuyos inicios datan de la década de los 90. Valga mencionar que esta revista ha sido, además, el refugio más valioso que han encontrado muchos de mis ensayos.

Mi vínculo con la escuela de Filosofía y Letras de la Universidad de Caldas comenzó en 1975 cuando inicié mis estudios de filosofía. Al mismo tiempo mi primera experiencia docente la tuve en 1976 en el Liceo Universitario de Caldas, un colegio nocturno de educación media, fundado –quizás 1971- por un grupo de universitarios que, sin ningún cobro, beneficiaban a la comunidad del barrio Fátima y barrios cercanos. Para su funcionamiento la Universidad nos permitía utilizar sus instalaciones, facilitaba oficinas y otros recursos necesarios. Los estudiantes nos hacíamos cargo de los cursos relacionados con la formación que estábamos obteniendo en la Universidad, lo que, en mucha medida, le imprimía una cierta calidad que otros colegios nocturnos no tenían. Durante el tiempo que estuve vinculado con esa labor social, hasta finales de 1989, orienté cursos de español y literatura y ejercí, durante unos tres años, la rectoría de tal institución, la cual funcionó hasta comienzos de los 90.

Todas las épocas, como la nuestra, vienen acompañadas de momentos convulsivos e impactantes. En aquel entonces, Latinoamérica aún vivía los coletazos de mayo del 68 en París y los efectos del gran movimiento universitario de 1971 que, entre otras cosas, logró cambiar la conformación de los Consejos Superiores de las universidades públicas del país, de donde fueron excluidos los representantes del clero y de los partidos políticos tradicionales. Como no se trata de entrar en mucho detalle, quiero mencionar dos acontecimientos que marcaron la generación de los finales de los 70; uno de ellos local y de gran impacto personal. Pocos meses antes de mi ingreso como estudiante, en abril de 1975, terminó la guerra en Vietnam en la que Estados Unidos sufrió la primera y quizás única gran derrota militar en su historia, acontecimiento recibido con alborozo por los universitarios, dado que fue un conflicto de permanente rechazo a nivel mundial y, en particular, de la propia juventud norteamericana. Una de las manifestaciones más visibles de reacción contra esa guerra fue sostenida por el hipismo de los 60.

El suceso que a muchos de nosotros nos marcó profundamente fue el violento allanamiento de las instalaciones de las Universidades de Caldas y Nacional, ocurrido el 3 de septiembre de 1976, un día después de que los universitarios recibimos a piedra limpia, en el sector del Cable, la comitiva del presidente Alfonso López Michelsen en una de sus visitas oficiales a Manizales. Como respuesta, el primer acto a su arribo a la ciudad fue destituir al rector, psicoanalista y librepensador Guillermo Arcila Arango, quien además orientó un curso sobre Spinoza y el psicoanálisis, a nuestro grupo de filosofía que tuvo la fortuna de tenerlo entre sus profesores, y al que también pertene-

cían mis colegas y amigos, Heriberto Santacruz, Mónica Jaramillo y Marta Cecilia Betancur. En pocas ocasiones, como aquella vez, la ciudadanía de Manizales se mostró tan solidaria con el movimiento universitario, con masivas manifestaciones que incluso rompieron los continuos toques de queda decretados por esos días en la ciudad. En una de las manifestaciones posteriores al allanamiento, el 6 de septiembre, la policía hirió de muerte al estudiante Carlos Fernando Henao del Instituto Universitario de Caldas, quien falleció seis días después.

Aquel acontecimiento fue doloroso para una juventud que, con la experiencia cubana y la revolución china, creía que entre nosotros la revolución también estaba a la vuelta de la esquina y consideraba, y está bien que aún sea así, a la Universidad un espacio sagrado e inviolable para el debate libre y abierto de ideas y opiniones. Eran los días del arcoíris, de San Remo 71; del activo teatro universitario que, a tono con la época, era radicalmente contestatario; de cine, mucho cine; del pelo largo o, a quienes la naturaleza se los permitía, de abundante barba; de la boina; de mucha poesía y bohemia. Neruda, Whitman, Barba Jacob y Borges, el boom latinoamericano con Cortázar, García Márquez, Vargas Llosa, ahí presentes. Apareció el asombroso mediterráneo de Serrat, con la mujer que yo quiero.

A Filosofía acababa de llegar como decano el profesor Adolfo León Gómez, después de obtener su doctorado en la Universidad de Lovaina. Él transformó el plan de estudios e introdujo, entre otros cambios importantes para nuestra paulatina maduración, los estudios de lógica, continuando el impulso renovador que había iniciado Rubén Sierra Mejía hacia finales de la década de los 60.

En el programa de filosofía y letras estudiamos a Platón, Aristóteles, Santo Tomás, Descartes, Spinoza, Kant, Hegel y Husserl; además un poco de C. Hempel y Alfred J. Ayer, pero, por otro lado, muy a tono con la época, Lenin, Marx, Althusser y Mao. Y, como siempre sucede con el entusiasmo desbordado, los primeros filósofos eran de una vez acusados de idealistas, como si fuese preciso andarnos con cuidado, y los otros de materialistas, como si fuese lo correcto alinearnos junto a ellos para estar a la vanguardia. Pero también vimos a Freud, Marcuse, Foucault y Nietzsche; historia de Colombia, y mucha y muy buena lingüística y literatura. Que De Saussure, Jacobson, Benveniste, Noam Chomsky; que El Quijote, que Tomas Mann, Dostoievsky, Cortázar, Borges, etc. Griego, Latín, Alemán, Francés, Inglés. Nuestros profesores

fueron Raúl Aristizábal, Marco Efrén Celis, Oscar Morales, José Jiménez, Francisco Tabares, Hernando Hincapié, Adolfo León Gómez, Luis Enrique García, Norma Velázquez, Leonor Gallego, Beatriz Jaramillo, Manuel Granadillo, Amado Osorio, Bertulio Salazar, Javier Vélez. Casi todos dedicados por completo a la docencia, entregados a sus estudiantes y muy pocos preocupados si publicaban o no; eran otros tiempos, otras las exigencias institucionales y, para fortuna nuestra, no existían aún estímulos salariales por publicar y la vocación docente era el verdadero centro del trabajo universitario.

Inicié carrera docente universitaria muy joven, hacia finales de 1979, cuando me vinculé como catedrático a la Facultad de Psicología de la Universidad de Manizales y me dediqué con pasión al estudio de la filosofía de la ciencia y al método científico. Allí fundé y dirigí una revista, *Perspectivas en psicología* (1982), de corta duración, que tuvo importante acogida en el medio. En aquel entonces la psicología pretendía, con mucha ansiedad, ser reconocida como una ciencia positiva, pero a mí, que me inclinaba por el psicoanálisis, me parecía absurda tal pretensión, porque consideraba que la psicología como disciplina humana, más que como ciencia positiva, prestaba mejor beneficio a quien requiriera de su orientación y apoyo. El estado de la cuestión me resulta ya muy ajeno, pero de todo ello me quedó hasta hoy el cultivo de una visión crítica frente al conocimiento científico, o, para ser más preciso, frente al cientificismo, que pretende validar como saber verdadero únicamente al que pase por su severa mirada metódica y precisa.

Inicié mis labores como docente de carrera del programa de Filosofía y Letras el 1° de abril de 1986, del cual ya era catedrático desde 1985, y orienté variados cursos y seminarios dedicados a Aristóteles, unas veces a su Metafísica, otras a su ética, a su política y otros pocos a su física. También había sido catedrático con un curso de arte en Bellas Artes. Quizás el primer seminario que orienté, y que sostuve durante algunos semestres iniciales de mi carrera docente, fue uno dedicado a la Antropología Filosófica.

Entre algunos otros temas, hace años académicamente me ocupo, en pre y posgrado, del pensamiento de Heidegger y Nietzsche, de la filosofía del arte y de la hermenéutica; los que esta vez espero disfrutar sin el agobio de los formalismos y exigencias institucionales. Lo hago no porque considere que en ellos está la verdad, o que den respuesta a todo, sino por afinidades personales, como quien encuentra a alguien quien nos dice cosas convincentes acerca de inquietudes que siempre se han tenido.

Influencias

Son muchos los autores que influyen en nuestro modo de ser y pensar, influencia muy diferente e incomparable a la que ejercen los seres más cercanos y entrañables como, en mi caso, la de mi esposa María Helena. Ha sido mi fiel compañera de la vida que supo tolerar, para mi fortuna, el haberle arrebatado mucho tiempo para dedicarlo a mis fantasmas intelectuales. Igual mis hijos Juliana y Juan Pablo; la intensa presencia amorosa de los tres me permitió salir de las sombras, en el preciso instante en el que, hace 20 años, sentí que sin remedio me hundía para siempre, debido a una grave dolencia, ya superada. Ellos siguen siendo mi principal sostén vital, reforzado esta vez por la presencia de mis dos nietecitas María y Lucía.

De los muchos pensadores con los que he tenido que ver en la vida académica y que han ejercido alguna influencia, me voy a referir muy de pasada a tres en especial, aunque no puedo dejar de mencionar, al menos, los impresionables Platón y Aristóteles, a Spinoza, Odo Marquard y, para mis ocupaciones en Filosofía del arte, a Arthur Danto. Los tres a quienes me refiero son Nietzsche, Heidegger y Hanna Arendt. Encontré en ellos ideas comunes muy potentes que resultaban afines con intuiciones que siempre había tenido desde muy joven, antes de emprender mis estudios universitarios. Creo que a más de uno le sucede lo mismo, y son esos impulsos iniciales los que en el fondo nos mueven cuando nos afiliamos al pensamiento de un autor. Seguro habrá otros autores que también respondan, y quizás mejor, a nuestras intuiciones iniciales, pero como la vida es corta, tenemos que aprender a aprovechar los que en el camino encontremos. Pero, sobre todo, para hacernos conscientes de que el pensamiento o el autor que cada quien elija, entrega apenas una versión de las cosas, entre las cientos o miles que, en 3000 años de nuestra historia occidental, han surgido hasta ahora o habrán de surgir.

Con la anterior advertencia me refiero, entonces, a los tres autores que han sido importantes para mí, porque coinciden en poderosas ideas que abrieron otra lectura del saber y la vida, muy distinta a la sostenida por Occidente hasta el siglo XIX. Menciono cuatro de esas ideas. Primero, cada uno de ellos a su modo, muestra que la filosofía surgió de haberle otorgado más valor a una mirada que a otra, de haber partido de una idea establecida como protagónica, como fundamento y principio (*arké*) y, en consecuencia, del abandono de otros puntos de vista y de lo real y la vida, en beneficio de una cosa abstracta.

Segundo. Consecuencia de lo anterior, al fijar nuestra atención en esa idea, todo lo real pasó al ámbito secundario de las apariencias y dejó de ser fuente de saber verdadero y confiable. Perdimos nuestro arraigo en la tierra y nos asumimos solo como seres racionales. Justo los tres referentes mencionados, restauran nuestra pertenencia a la tierra. Por ejemplo, el mensaje de Zaratustra, es que somos seres de la tierra. Heidegger nos enseña que existir es “cuidarse”; somos “invitados” a la vida y ésta merece ser cuidada, por lo que siempre tendremos que estar dispuestos a partir en algún momento. Hanna Arendt, por su parte, insiste en que, al hablar de mundo, aludimos al espacio abierto “entre” los seres humanos, vivientes de la tierra, cuando se relacionan entre sí. La ley aquí es la “pluralidad” de individuos y las relaciones que establecen.

Tercero. Como se trata de pensar con los pies en la tierra, no lo hacemos con abstracciones y siguiendo un camino controlado para llegar a la verdad o a un fin propuesto con anticipación. Pensar no es lo mismo que conocer, filosofar o hacer ciencia. Es juzgar o tener la capacidad de distinguir lo bueno de lo malo y lo bello de lo feo; pero también es estar emotivamente cerca de lo que significan los otros para uno y de las cosas sencillas que oscurecen o iluminan el camino de la existencia. Pensar no es un asunto de erudición, inteligencia o ilustración, sino de esa capacidad de juzgar, propia también de la acción política libre; lo contrario es obedecer.

Cuarto. Los tres coinciden en buscar el pensamiento libre: Nietzsche, libre de los valores únicos y absolutos impuestos en Occidente; Heidegger, liberarnos de la visión metafísica que defiende la existencia de un solo ser fijo y preeminente, y Arendt, de todo tipo de totalitarismo que destruye los espacios de convivencia “entre” los hombres, y sin “el entre” no hay mundo humano posible. El totalitarismo, exclusivo fenómeno de masas, destruye la pluralidad y libertad individuales de dos maneras: primero, las somete a fuerzas irresistibles como la patria, la raza, Dios, los principios o la historia y, en segundo lugar, hunde al individuo en las masas para que, perdida la conciencia y la capacidad de juicio, engeguedada se ponga al servicio de esos ideales y poderes absolutos.

Dado que, para los tres, no hay ideas, principios, valores fijos, ni preestablecidos (Dios ha muerto), el mundo a menudo se nos ofrece como no teniendo sentido; entonces el hombre moderno creyó que el asunto era huir del caos, para refugiarse de nuevo en grandes ideales (la idea de progreso), verdades o entidades superiores. Pero Nietzsche enseñó que no debemos dar la espalda

al caos, debemos asumirlo, para convertirnos en creadores de formas que lo hagan tolerable. Asumirlo también es comprenderlo (Heidegger, Arendt), en el sentido mencionado antes. De la misma manera tomar conciencia de que el error, la incertidumbre, el azar, la maldad, las fuerzas pasionales e instintuales (lo dionisiaco) también hacen parte constitutiva de la realidad humana. Es función de la cultura transformar esos poderes destructivos en constructivos. En cualquier caso, la verdadera libertad consiste en perder el temor a cometer errores y en que cada quien asuma su vida para modelarla, para darle el sentido que quiera darle, siempre y cuando no pierda de vista el propósito común de proteger los espacios de convivencia con los demás. Dicho de otra manera, que el transcurso de la existencia no se ponga a depender de ningún valor absoluto o autoridad divina o humana.

Fue quizás ideas como éstas las que – sin saberlo- se movían en mí, durante los años de bachillerato, cuando las leyendas de los dioses griegos comenzaron a ejercer un poderoso magnetismo y, además, cuando el espíritu de libertad, de aventura y encantamiento de la vida fue lo que me sedujo del Quijote, desde el momento en que lo conocí por aquella época. Desde entonces, conmigo quedaron tanto la multiplicidad de miradas sobre el mundo que los dioses entregaban, como la nobleza desbordada del Quijote, quien se asomó al mundo desde la ambigua mirada humana y no desde la certeza cartesiana, ni desde un Dios que juzgara nuestros actos de buenos o malos. Hasta el final la vida se vive como una aventura, que a diario nos sorprende.

El camino sigue

Entre todas las ocupaciones, las que más me apasionan son la docencia, la lectura y la escritura. La primera es la que hoy abandono, junto con las obligaciones institucionales; las segundas irán conmigo hasta el final.

En estos momentos comprendo mejor lo que decía Kierkegaard cuando hablaba de dos dimensiones de la vida: la ética y la estética. La esfera ética vincula nuestra vida a cosas de valor duradero, “eterno” -entre comillas-: la educación, el aprendizaje, la investigación, la ciencia, el arte, el pensamiento y la poesía. Dada nuestra dedicación académica, ella ha ocupado gran parte de nuestra existencia, pero no le hace justicia a lo que somos como seres que persistimos en el tiempo, con recuerdos, con planes y sueños, con temores y con sensaciones presentes.

La esfera estética, no es la que usualmente vinculamos con el arte y la belleza, sino la estética entendida en el sentido originario griego como pertenencia a la “experiencia sensorial”. Somos seres estéticos porque experimentamos el mundo a través de nuestros sentidos, de lo que sentimos en el aquí y el ahora. Es la vida común y corriente que goza del vino, del juego, de la música y la danza, de la comida, del buen café, del aire y el viento, del diálogo, pero sobre todo de la compañía de los seres queridos y los amigos. Aunque ambas esferas siempre van con uno, por razones profesionales o por autoimagen, una termina por imponerse a la otra o alternan su señorío de acuerdo con los afanes que impone la vida.

Hay quienes deciden seguir siendo fieles hasta el final solo a una de ellas, y entregarse a las verdades más elevadas y al conocimiento, y adoptar una existencia como la de las monjas de encierro; otros quizás prefieran borrar por completo el mañana, para terminar siendo hedonistas radicales. Sin olvidar que en realidad hay cosas perdurables, de valor universal que, como humanos, debemos proteger y cultivar, es preciso asumir el ritmo cotidiano de la vida y aprovechar, quienes tenemos ahora ese privilegio, la posibilidad de aligerar la carga de las ocupaciones laborales y liberar más espacio a la vida estética, contando con la cálida compañía de la familia y los amigos. También de los libros, que están ahí para recordarnos que muchas cosas siempre nos inquietan hasta la muerte y para disfrutar, además, del libre reino de la imaginación.

Dejo, entonces, este puerto de responsabilidades laborales con el convencimiento de que, mientras aún navegamos el incierto mar de la vida, podremos encontrarnos de nuevo en otros puertos y en otros lugares de arribo.



Detalle de la biblioteca de Carlos-Alberto Ospina H.

Educar para el regreso a casa. Vigencia de los ideales humanistas*

Carlos-Alberto Ospina H.

Un comienzo perturbador y conflictivo



El conflicto es una condición consustancial al carácter humano, como muy bien lo entendieron los griegos. Aunque no solo entre los hombres, porque desde la primera generación de sus dioses el antagonismo y la disputa también estuvieron presentes. Si fue así entre los dioses, con mayor razón en la comunidad humana, inicialmente surgida de la tierra, hasta el punto de que se habla de una generación de hombres, guerrera y salvaje, “de la época de bronce”, cuyos miembros se aniquilaron entre sí hasta el último de ellos. Antes, otra generación, “la de plata”, había desaparecido exterminada por Zeus por haberse negado a ofrecerle sacrificios. El nuevo comienzo es el que conocemos como la generación de Prometeo, quien formó los hombres de las cenizas que quedaron de los Titanes cuando terminaron derrotados por Zeus. Pero Prometeo forma los hombres rivalizando, a la vez, con los dioses olímpicos a quienes les arrebató el secreto de las artes y el fuego para dárselo a los mortales, quienes sin él no hubiesen podido sobrevivir. Prometeo, el

* Publicado en Revista *Pedagogía y saberes*. N° 49, Universidad Pedagógica Nacional, Bogotá, 2018, pp. 201-212

primer protector de lo humano, creyó además hacerle un gran favor al hombre encerrando en una caja todos los males que como mortal podrían aquejarle: las enfermedades, el dolor, la locura, los vicios, las pasiones, el deterioro físico y la muerte. Pero Zeus implacable envió a Pandora quien dejó escapar todos los males y los esparció por el mundo; en el fondo sólo quedó, como sabemos, la esperanza. Ésta por lo menos liberó a los hombres del impulso a ponerle fin a sus días, ante la magnitud de los males que les llegaron. “Según otra versión, los hombres se acurrucaron pasivamente en la penumbra de sus cuevas, ya que conocían la hora de su muerte. Entonces Prometeo les concedió el olvido. Desde ese momento supieron que habían de morir, pero desconocían cuándo. Y se encendió en ellos el afán de trabajo, al que Prometeo dio nuevo aliento con el don del fuego” (Safranski, 2010, pp. 20-21).

Según vemos, el hombre originariamente fue una criatura sin conciencia de lo que ella misma era, ni de los males que como mortal le pertenecían, por lo que se sentía inmortal. La misma imagen nos ofrece el mito del paraíso terrenal. Cuando, en virtud y consecuencia del pecado original, se hizo consciente de que podía morir y de que era una criatura expuesta a muchos peligros y riesgos, fue igualmente cuando surgió la libertad; la de decir no a las prohibiciones que se le hacían, porque toda prohibición paradójicamente constituye una invitación. Al rebelarse el hombre, al decir no a lo prohibido, despertó el dolor originario de la conciencia y, a la vez, la posibilidad de percibirse a sí mismo, de reflexionar en lo que él era, porque hasta entonces solo se había mantenido encerrado e inocente en su propio cuerpo e invisible para sí mismo.

El hombre estaba habituado a vivir en un mundo donde no tenía necesidades, o al menos no las sentía, porque era una vida sin sobresaltos y en armonía con el entorno natural. Todo lo que aprendía lo incorporaba mecánicamente a sus maneras de responder a los estímulos del mundo, de tal manera que la acción habitual hecha maquinalmente transcurría sin conciencia, sobre todo porque disponía de lo necesario para vivir y la suya era una vida sumergida en la acción. Bergson fue uno de los primeros pensadores en defender el hecho de que más originaria que la teoría es la práctica y que la acción precede al pensamiento. Sin embargo, no se trata de los actos habituales y mecánicos per se, porque resulta poco sostenible suponer una existencia inocente y despreocupada, como la de la criatura sin conciencia que era el hombre en el paraíso y quien se debía solo a sí misma, en unidad plena con la naturaleza, lo cual también haría suponer la existencia de una vida imperturbable.

Ésta resulta tan inconcebible como el puro actuar mecánico, dado que por lo general la acción encuentra obstáculos para alcanzar su fin y solo cuando “el cumplimiento del acto es detenido u obstaculizado, puede surgir la conciencia” (Bergson, 1963, p. 562). Vale decir, cuando actuamos en el mundo, al mismo tiempo nos vamos percatando de él y de las cosas en la medida en que él y ellas se vuelven problemáticos y ofrecen resistencia a nuestros deseos y querencias, forzándonos a pensar en salidas, bien sea creando herramientas y artificios o dirigiendo la acción, por instinto o por inteligencia, hacia otros caminos alternativos. Ello configura, en general, la comprensión natural del mundo (cfr. Bergson, 1963, pp. 558-559).

Para Bolnow (2001, p. 46), por su parte, la idea de Bergson de que la conducta actuante es la fuente originaria del intelecto, que surge cuando el curso habitual de la acción se ve obstaculizado, se relaciona estrechamente con la concepción de Dewey de que el hábito es el trasfondo que sostiene el todo de la vida, por lo tanto para ambos autores lo primero en el ser humano no es el instinto ni las impresiones sensoriales puras, y mucho menos la teoría. Lo originario en Bergson es la acción y en Dewey es el hábito, concepto básico y decisivo que éste entiende como una comprensión adquirida que se muestra en el actuar. Pero acción y hábito son el origen de la conciencia y el pensamiento cuando son perturbados. Solo cuando el curso habitual de la acción tropieza con obstáculos o es trastornado, opera el intelecto, la conciencia. “En consecuencia, el instinto y el pensamiento emergen simultáneamente, y no cuando la vida transcurre plácidamente en su hábito, sino cuando se presenta un obstáculo. La ruptura del hábito; por lo tanto, la carencia y no la abundancia, la falta y no un estado de serenidad imperturbada: he ahí el origen de la conciencia” (Bolnow, 2001, p. 49). La esencia de la vida es la perturbación y el desasosiego, por eso “la vida sana y armónica no piensa porque no necesita hacerlo” (Bolnow, 2001, p. 49); y así la toma de conciencia significó romper con la vida paradisíaca y despreocupada que según las narraciones míticas era la de los primeros hombres.

Al tomar conciencia el hombre se separó de sí mismo y se rompió la unidad originaria con la naturaleza, cuando vio que en lugar de un solo ser, el suyo propio, también existía otra cosa, la conciencia, por eso a ésta la experimenta con dolor. Con ella se percató de sí mismo y además conoció de la presencia del mundo como lo otro diferente que a cada instante trastorna su existencia.

La ampliación del mundo

Con la toma de conciencia el mundo humano se amplió hacia la dimensión espiritual y con ella también se despertó el anhelo y el deseo del hombre de ir siempre más allá de los límites, todo lo cual rebasó su mero estar sumergido entre las cosas materiales y en el fondo biológico y animal. De Prometeo aprendió las artes y la pericia para enfrentar la vida; y por medio de lo que le fue prohibido en su estancia en el paraíso conoció, incluso antes de cometer pecado, la diferencia entre algo bueno y algo malo. Vale decir, la irrupción de la conciencia perceptiva (y aperceptiva) también significó la revelación de la conciencia moral. Si había algo proscrito, la prohibición misma le dio a conocer al hombre –criatura todavía inocente- que había algo “malo” de lo cual alejarse y a lo que debía decir “no”. Y fue justamente esa posibilidad de decir no, la que dio comienzo a la aventura de la libertad; pero en este caso de decir no a la prohibición en lugar de a lo prohibido. Cuando ello ocurrió tomó conciencia de lo que él era; significó que por primera vez, desde la conciencia, se hizo visible para sí mismo, pudo verse desnudo y fue capaz de reflexionar sobre sí mismo. Sintió, entonces, haber cometido una falta, porque siguió abierta la opción que no escogió, la de poder atender a la prohibición y decirle “sí”. Esa posibilidad abierta de decir no o sí, es libertad. Así que la conciencia no es solamente un modo de conocimiento, es también un modo de libertad (Cfr. Safransky, 2010, pp. 21-25), en virtud del cual los seres humanos somos lanzados a lo abierto y así no terminamos confinados a una sola manera de ser, sino que tenemos que ir produciendo, por medio de nuestra espontaneidad, un nuevo ser impredecible cada vez, y así también ir haciendo manifiesta la capacidad de poder comenzar de nuevo a cada instante. “Podemos y debemos actuar; y con nuestras acciones dejar que se despliegue el ser, ya sea hacia el bien o hacia el mal” (Cfr. Safransky, 2013, p. 32).

La conciencia, por lo tanto, nos separa de nosotros mismos, pero también de la naturaleza y del mundo, por lo que abre un ámbito de posibilidades (que la tradición llama trascendente) hasta ahora desconocido, que tendremos que ir moldeando con la imaginación a la medida de lo que queremos hacer de nuestro mundo y de lo que nosotros mismos deseamos ser¹. Todo ello depende

1. Éste es quizás el alcance de las palabras del poeta cuando afirma que “poéticamente habita el hombre sobre la tierra” (Hölderlin) y que numerosos pensadores no han dejado de señalar de muy diversas maneras.

de la elección que tomemos, de lo que libremente decidamos hacer para lo bueno o lo malo.

De ahí que el poeta trágico Sófocles, en el s. V aC, al hablar del hombre dijo que “poseyendo una habilidad superior a lo que se puede uno imaginar, la destreza para ingeniar recursos, la encamina unas veces al mal, otras veces al bien» (Sófocles, 365, 2006, p. 150). Esta opción es posible porque cuenta con la libertad para hacer lo uno o lo otro; y quizás sea el hecho de disponer de ambas posibilidades abiertas para su elección lo que da origen a la permanente desazón en que se mantiene. Sófocles ya había afirmado que “muchas cosas asombrosas existen y, con todo, nada más asombroso que el hombre” (*Antígona*) porque en general, para los griegos, dicho igualmente por sus poetas épicos y trágicos, el hombre es un ser prodigioso y terrible, capaz de hazañas muy grandes, pero también de las mayores maldades, desafueros y tropelías, hasta el punto de que cualquiera, equivocadamente, pensaría en que solo a los poetas les cabe imaginar.

Sin embargo, los griegos consideraron que quienes además de hacer el mal también podían consagrarse al cultivo de las virtudes, la belleza y la bondad eran los integrantes de comunidades que se reconocen como de origen o de un lugar común, de la *polis*, porque los extranjeros, los de lengua extraña, los bárbaros, sin lugar a dudas no tienen otra opción constitutiva que dedicarse a la maldad. Vale decir, el único que merecía ser tratado y respetado como humano era el habitante de la polis, como quien podía ponerse por encima de las determinaciones naturales, aunque consciente de que jamás dejaría de llevar en sí las fuerzas terribles, dionisiacas, dirá Nietzsche, de la naturaleza.

El hombre es poderoso, por su capacidad para hacer cosas, pero a la vez temible y espantoso porque con su temeridad atrae sobre sí el castigo de los dioses. Esa doble condición y la necesidad de conservar la existencia, exige desarrollar sobre todo la capacidad de resistir los impulsos y sobrepasar la dimensión puramente animal e instintiva. Justamente así han surgido las

Safranski, por ejemplo, lo expresa en muchos pasajes de una de sus obras dedicada a mostrar muy distintos esfuerzos del hombre por ir camino a la casa de su ser: “Es un convencimiento interior que resulta imposible basar en otra cosa que no sea la arrebatadora imaginación poética. Se trata de la sencilla y a la par enigmática experiencia de crear realidades en el interior que no pierdan su carácter de realidad internamente vivida a pesar de corresponderse poco o nada con el exterior. De ahí que Kleist definiera en una ocasión la poesía como ‘arte divino’”. (Safranski, 2013, pp. 53-54). “Esta vida del espíritu es experimentada como extraordinariamente *real*, y sin embargo, invisible por ser incorpórea, aunque precisamente por eso, libre de los límites de lo corpóreo” (ibid, p. 103).

distintas culturas, como ocurrió entre los griegos quienes con sus mitos, la filosofía, la política, el arte y las técnicas, construyeron un ámbito intermedio entre la realidad y el hombre y de esa manera pudieron atenuar o mantener en sus límites los impulsos naturales, cuya manifestación se torna destructiva y violenta cada vez que el individuo no contiene esas fuerzas. El mundo natural, el de las cosas dadas en la naturaleza, sólo como realidad física y material, el que según el mito religioso los primeros padres encontraron en el paraíso, no es el mundo humano, porque el verdadero ámbito humano se abre con las creaciones de la fantasía y la imaginación, que son además el espacio para el ejercicio de la libertad creadora.

Para decirlo con palabras de Cassirer,

“el hombre ya no vive solamente en un puro universo físico sino en un *universo simbólico*. El lenguaje, el mito, el arte y la religión constituyen partes de este universo, forman los diversos hilos que tejen la red simbólica, la urdimbre complicada de la experiencia humana. ... Todo progreso en pensamiento y experiencia afina y refuerza esta red... En lugar de tratar con las cosas mismas, en cierto sentido, conversa constantemente consigo mismo. Se ha envuelto en formas lingüísticas, en imágenes artísticas, en símbolos míticos o en ritos religiosos, en tal forma que no puede ver o conocer nada sino a través de la interposición de este medio artificial. Su situación es la misma en la esfera teórica que en la práctica. Tampoco en ésta vive en un mundo de crudos hechos o a tenor de sus necesidades y deseos inmediatos. Vive, más bien, en medio de emociones, esperanzas y temores, ilusiones y desilusiones imaginarias, en medio de sus fantasías y de sus sueños. ‘Lo que perturba y alarma al hombre -dice Epicteto-, no son las cosas sino sus opiniones y figuraciones sobre las cosas’”. (Cassirer, 1968, pp. 47- 48)

Por ello mismo, según este autor, identificar el lenguaje con la razón es tomar la parte por el todo (*pars pro toto*), porque además de un lenguaje conceptual tenemos uno emotivo; junto al lenguaje lógico y científico, tenemos el lenguaje poético e, incluso, antes de que el lenguaje exprese pensamientos, expresa sentimientos y emociones. Por eso la noción de la razón resulta inapropiada para abarcar toda la riqueza y diversidad de las formas de vida cultural humana, que son formas simbólicas como caminos abiertos a la civilización. De ahí que Cassirer proponga su famoso giro al definir el hombre como *animal simbólico*, en lugar de la tradicional definición como *animal racional* (cfr. Cassirer, 1968, p. 49).

El lenguaje es el sistema simbólico por excelencia porque a cambio de dirigirse directamente a la realidad material, apunta a un mundo independiente, el mundo mental, imaginado, fantaseado, conformado de significados y de sentidos, que es el mundo que habitamos los humanos. El lenguaje, como sistema de símbolos, es la manera humana de comprender y participar con los demás de las vicisitudes del mundo. Por esto el valor de la educación se pierde y empobrece cuando solo la reducimos a una relación virtual (a distancia), dado que su fortaleza radica en que el aprendizaje de los sistemas simbólicos necesarios para comprender nuestro mundo y nosotros mismos, requiere de la cooperación de otros hombres capaces de ello, de nuestros semejantes con quienes compartimos juegos, experiencias y la vida en todos sus aspectos, o del maestro o del experto. La *paideia* griega era eso, la enseñanza de un estilo de vida, de una forma de ser individual y colectiva que transmitían las ideas de virtud, belleza, bondad, justicia, etc., formuladas en el pensamiento filosófico, en el decir poético, en la creación artística, en la leyenda mítica y en los enunciados de normas y leyes, etc., materializadas, a la vez, en sus instituciones y en sus formas concretas de organizar la vida de la *polis*.

La vigencia de esos mundos simbólicos, su revitalización y valor para la vida los otorga el trato con los demás, porque el encuentro con los otros es lo que en verdad enseña y nos forja como humanos. Es en virtud de ello que se nos abre el sendero de acceso al mundo simbólico, donde permanecemos los seres humanos en nuestro paso por la existencia. De las cosas y procesos que están en el mundo objetivo, puestos frente a nuestros ojos, podemos aprender con la experiencia directa, pero lo que ellos “significan” para nosotros es imposible sin la cooperación de los demás. Además, al tomar conciencia de la existencia de los otros también entramos en el mundo de la moral, porque en nuestro trato con ellos nos damos cuenta de que se les puede hacer bien o mal, nociones que solo tienen sentido en las relaciones entre individuos. De esta manera también entramos en el mundo de la libertad, porque al actuar bien o mal, es porque estamos eligiendo entre las distintas alternativas abiertas por una cultura y un lenguaje compartido con los demás.

El humanismo clásico

El hecho es que nos hicimos conscientes de nuestra precariedad, de los males constitutivos que nos acompañan, de nuestra finitud, pero también de

nuestra peculiar capacidad de crear y habitar ámbitos simbólicos como si fuesen espejos nuestros, vale decir, los productos de la cultura mediante los cuales miramos y transformamos la realidad y nosotros mismos. Esta gran capacidad, este enorme poder de crear y transformar, alimenta también nuestra desmesura, la misma que nos lleva a toda forma de temeridad hasta el punto de usarla permanentemente contra los otros o para negar lo que somos, para renegar de nuestra precaria condición, inventando un más allá perfecto, de suprema pureza y bondad. Cuando llegamos a lo último la condición humana quedó fijada a una forma definida, a la bondad que a toda costa es preciso conservar, igual que a la absoluta dependencia de la autoridad divina.

El manto del olvido que Prometeo nos entregó para caminar sin el agobio de la amenaza de la muerte, también lo tendimos durante la Edad Media sobre nuestras imperfecciones constitutivas, y alimentamos el recuerdo de que solo somos criaturas bondadosas, cuya mayor responsabilidad es conservarnos como tales. Por eso desde el comienzo jamás deja de acompañarnos un agobiante sentimiento de culpa de haber caído en la falta original y cada vez que nos perdemos y nos hundimos en el mal; entonces, para la concepción medieval del mundo, solo existía Dios como salida y salvación, la cual sitúa en su reino que no es de este mundo. El hombre, por lo tanto, valía en relación con Dios, por ser su criatura; así también su educación y formación dependían de la autoridad de la Iglesia como depositaria de la palabra divina, que era la única posible de ser escuchada.

Con la introducción de las religiones monoteístas se rompió la relación del hombre con sus universos simbólicos y, con ellos, los significados que les otorgaba o encontraba en sus acciones, en las cosas de su mundo y las maneras de ordenarlo, para ir hacia el estrecho y fijo significado de un único y absoluto orden, el orden divino. Contra ello reaccionó el humanismo del Renacimiento cuando retornó a los textos griegos como fuente de formación y no de simple veneración histórica. Por eso durante el siglo XIV se adoptó la palabra *humanitas*, que muchos siglos atrás había usado Cicerón (siglo I aC) para traducir la noción de la *paideia* griega.

El término *humanista* señala a alguien dedicado a las letras, a las humanidades se dice, aunque precisando que la mirada a los textos clásicos no se hizo en sentido erudito, sino como la fuente en la que las gentes del Renacimiento se asomaron para ver otras historias, otros ideales de vida y otras existencias. De esta manera fue posible recuperar la imagen del hombre como

un ser frente a posibilidades abiertas y libre de elegir entre ellas, como sucede con el bien o el mal. El conocimiento adquirido mediante la experiencia y a través de relatos, historias y nociones, es el instrumento para luchar contra el riesgo de que se desate en el individuo la barbarie que anida en sus entrañas y animarlo más bien al cultivo del impulso creador que también lo acompaña y gracias al cual puede dar forma a lo que aún no tiene orden ni figura, como su propia vida. Por ello sus empresas, la belleza y el conocimiento adquirieron valor universal, que es el valor de la cultura compartido por todos como un apreciable rasgo común.

El humanismo surgió como el intento por dignificar al hombre (de ahí el título del célebre discurso de Pico della Mirandola – siglo XV- *Sobre la dignidad del hombre*), vale decir, liberarlo de la autoridad de la Iglesia y hacer de él un ser autónomo de cualquier poder diferente al suyo propio. Este pensador en realidad ve al hombre como una de las más admirables criaturas, porque no posee una forma definida y propia, justamente por lo mismo que Sófocles y los poetas griegos encontraron de asombroso en él, por su naturaleza dinámica, “indefinida” y por su gran poder de adquirir la forma que desee. “No te he hecho ni celeste ni terreno, ni mortal ni inmortal, con el fin de que tú, como árbitro y soberano artífice de ti mismo, te informases y plasmases en la obra que prefirieses. Podrás degenerar en los seres inferiores que son las bestias, podrás regenerarte, según tu ánimo, en las realidades superiores que son divinas” (Della Mirandola, 2006, p. 5)². Se le atribuye así al hombre un papel mucho más importante que el que jugaba en la cultura cristiana, porque él vuelve a ser la fuente y el fin de sus actos, pensamientos y de sus propias realizaciones, con todas las vicisitudes que tenga que afrontar en la existencia aquí en la tierra. Los asuntos humanos quedaron en manos de los humanistas, mientras que los divinos en la de los teólogos, por eso el humanismo se convierte en un asunto completamente laico.

2. Y agrega “¿Quién no admirará a este camaleón nuestro? O, más bien, ¿quién admirará más cualquier otra cosa? No se equivoca Asclepio el ateniense –en razón del aspecto cambiante y de esta naturaleza que se transforma incluso a sí misma– cuando dice que en los misterios el hombre era simbolizado por Proteo” (Ibid, p. 6). “¿Quién, pues, no admirará al hombre? A ese hombre..., precisamente porque se forja, modela y transforma a sí mismo según el aspecto de todo ser y su ingenio según la naturaleza de toda criatura.

... Pero ¿para qué destacar todo esto? Pues para que comprendamos, ya que hemos nacido en la condición de ser lo que queramos, que nuestro deber es cuidar de todo esto: que no se diga de nosotros que, siendo en grado tan alto, no nos hemos dado cuenta de habernos vuelto semejantes a los brutos y a las estúpidas bestias de labor. (Ibid, pp. 7-8). Todo ello indica que al hombre no se le puede atribuir una esencia inmutable, sino que, precisamente, su esencia es el cambio y la transformación; de ahí la comparación con un camaleón o con Proteo, el más famoso entre los dioses capaces de metamorfosearse en diversos seres.

El humanismo renacentista develó algo que estuvo presente desde los griegos: la facultad inherente al hombre de tener la capacidad de configurar lo que carece de forma, y tal facultad es poder, pura potencia interna de la vida cuando lucha por persistir en seguir viva que, como dijimos, fácilmente puede ser también fuerza destructiva. La tiranía del teocentrismo ocultó esa doble constitución, creadora y destructora, para defender la imagen del hombre como un ser “pecador”, cuyo único destino es reincorporarse al camino del bien, asumiendo incluso las penitencias y castigos que merezca por no hacerlo. Pero la vida humana es una lucha permanente por oponer a todos los poderes destructivos, externos e internos, la capacidad que tenemos los individuos de ir al encuentro de aquello que queremos y aspiramos ser, como potencia creadora para la conformación y como facultad de realización propia. Por eso el humanismo en todo momento ve la dignidad del hombre como la libertad de elegir entre distintas formas de ser, con preferencia aquellas que contribuyan mejor a construir los ámbitos que favorezcan el devenir humano, y donde cada persona pueda actuar y pensar sin ningún tipo de tutelaje tiránico, humano o divino.

¿Qué es el hombre?

Sócrates: entonces, ¿qué es el ser humano?

Alcibiades: no sé qué contestar.

(Platón, Alcibiades, I, 129a)

No se puede pasar por alto que al hablar de una concepción humanista nos encontramos con dos posiciones en discusión desde Grecia, una que trata de otorgarle al ser humano una esencia y forma establecida y otra posición para la que él es el artífice de sus propios modos de ser. Platón, por ejemplo, quien es partidario de la primera, consideraba que las transformaciones de algunos dioses como Proteo –narradas por los poetas- no correspondían con la verdadera naturaleza de lo divino (República, 381, 1998, 95) porque “el dios es simple y es, en todos los seres, quien menos puede abandonar su propio aspecto” (República, 380d, 1998: 93), sobre todo porque siendo perfecto, cualquier cambio no podría ser hacia algo mejor y terminaría, más bien, por incorporar en él una imperfección. Es justo por ser invariable, y no por su aspecto cambiante, que para Platón lo divino constituye el modelo inamovible que el hombre debe perseguir y consiste en realizar su esencia, vale decir,

el puro pensamiento racional, lo más divino que el ser humano pueda tener. Frente a esa concepción esencialista, radicalizada al extremo por el cristianismo, se da la propuesta dinámica de Pico della Mirandola y el humanismo renacentista, que en gran medida está más cerca de los griegos cuando abordan la vida práctica y no la teórica. Es el caso, por ejemplo, de Aristóteles quien asume la *praxis* humana, mediante la vida racional activa, como la más rotunda realidad de la existencia tal como transcurre cotidianamente con los otros en la familia, con “los amigos y conciudadanos, puesto que el hombre es un ser social” (Aristóteles, *Política*, 1097b, 5-10), hecho para vivir en la *polis*, en una ciudad, componente central de la felicidad, porque quien “vive una vida solitaria” es desgraciado³.

Justo por el continuo trato con los demás, el ser humano se va forjando un modo de ser a la medida de las exigencias de la vida en sociedad, y ésta puede hacerse agobiante o gratificante de acuerdo con las decisiones que cada persona toma o por las que asumen los demás. Sin embargo, las decisiones, que deben ser libres, también están determinadas por el carácter que uno mismo se haya formado. De ahí la insistencia de los griegos en el cultivo y la práctica de las virtudes para ese fin. Ellos llaman *ethos* al carácter que cada uno de nosotros habita, nuestra *humanitas* o nuestra casa, situada en el reino temporal de este mundo, donde el hombre vive y participa de multitud de modos de ser diferentes. Y fue un logro de la época moderna acoger la autonomía humanista y la potencia, el poder humano, para mostrar que la búsqueda de la verdad y el conocimiento del mundo se pueden conseguir con independencia de lo impuesto por la tradición y la autoridad, mediante la experiencia y la razón. En todo caso no somos inquilinos de un más allá intemporal, pero no significa que nos neguemos a aceptar un orden ideal y trascendente, como obra del propio hombre y no como si fuese una realidad ontológica independiente hacia donde estamos obligados a dirigirnos.

Ya se dijo que gracias al lenguaje podemos referirnos a la realidad que nos determina, pero también a los objetos y universos simbólicos en que nos reconocemos y nos definimos. Aprovechando entonces esa capacidad, la modernidad triunfante creó el mito de que el uso metódico de la razón, como entendimiento calculatorio, nos da esperanzas de ir progresivamente hacia el logro de una mejor vida. Aunque esa meta la sitúa en la tierra y ya no en el

3. En la *Política* (I 2, 1253a 2-3) Aristóteles afirma que el hombre es un “animal político”, vale decir, es un animal social que vive en la *polis*.

más allá como hizo la religión, el problema radica en que cambia un absoluto por otro, por la idea de progreso y de un futuro mejor, donde se supone que el hombre será emancipado de toda dominación; un futuro que, tomado como punto de comparación, hace ver el presente como insoportable. Lo cierto es que con la promesa de un futuro mejor, la esperanza adquiere mayor protagonismo que el propio transcurrir de la existencia presente y los males del mundo, como si importara muy poco tener que soportarlos frente al supremo valor otorgado a las metas finales y la prometida dicha futura. Sin embargo, la historia está llena de ejemplos terribles del dolor, destrucción y muerte que causan “los salvadores de la humanidad” a nombre de ideales únicos y absolutos, que ellos suponen encarnar

Por otro lado, la fascinación que produjeron los resultados de la ciencia y la técnica también despertó en el hombre el orgullo ante el propio poder y revivió la tentación de la desmesura como la que vimos en las primeras generaciones de hombres, cuando se atrevieron contra los dioses, aunque siempre terminaron aniquilados o desolados porque así atraían el castigo divino. Y esta vez la tentación fue tan grande que, olvidándose de los castigos, el humanismo ilustrado, antropocéntrico, cayó en la desmesura del poder de la razón y, como si hubiese sido la esperanza escondida en el fondo de la caja de Pandora, defendió la idea de que con su uso metódico nos liberaríamos de la tiranía divina y todo, por fin, iría bien.

Pero el hombre cuenta con el talento de ponerle límites a la razón calculatoria, sin destruirla porque indudablemente es una facultad humana de primer orden, concibiendo ideales de vida que hablan tanto a las capacidades racionales, como a las de la sensibilidad, por lo que no se trata de ideales religiosos resultado de la fe, ni ideales del conocimiento como las utopías científicas o las visiones del mundo “correctas” o abstractas para imponérselas a todos. “Un ideal, un valor, jamás podrá ser verdadero (o falso), sólo es más o menos elevado” (Todorov), en el sentido en que sea capaz de ponerle medida a la desmesura humana.

Max Weber habla, en *El político y el científico*, de algo así como un “politeísmo de los valores” o una “eterna lucha entre dioses” para mostrar que es imposible escoger entre distintos sistemas de valores, con el fin de imponer uno solo como el verdadero o el más racional. Se trata de preferir los valores que, de darse, todos podamos compartir y puedan hacerse universales, aún como aspiración, en lugar de inclinarnos hacia los valores reputados de ser

“más racionales”. Por ejemplo, la paz y no la guerra, porque todos podemos vivir en paz, mientras que en la guerra impera la desmesura y siempre habrá vencidos. Nunca faltan los que prefieren la guerra, pero ellos mismos saben, si quieren vencer, que tal preferencia no la podrán compartir todos (Cfr. Todorov).

Cassirer había propuesto ampliar la determinación tradicional del hombre que lo ve como animal racional, para definirlo mejor como animal simbólico. Ahora es Otto Bolnow quien también pide asignarle un sentido más profundo a la razón y en lugar de tomarla como una facultad para la desmesura, que lo sea para la medida. De esta suerte el hombre, tradicionalmente definido como un ser caracterizado por poseer la razón, es redefinido como “el ser capaz de medida, como ser que sujeta la desmesura a una medida dada por él mismo” (Bolnow). Ambas propuestas, la de Cassirer y la de Bolnow, resultan complementarias y nos ayudan a comprender que el mundo simbólico de la cultura es la medida que el hombre adopta para sí mismo, para mantener en sus límites las fuerzas destructivas que él abriga y de ese modo, también para darle forma a órdenes de vida mejores, porque con la disciplina de la medida se obtiene la humanidad.

Vigencia de los ideales humanistas

En un sentido muy parecido el humanismo para Sloterdijk es lucha entre las tendencias bestializantes y las domesticadoras que constituyen el hombre (Cfr. Sloterdijk, 2006). En ese conflicto se echa mano de mecanismos inhibidores de los poderes y fuerzas destructivas que, como señalamos, sin duda el ser humano posee. El psicoanálisis vio la cultura como la disputa contra el *tánatos* o la pulsión de muerte que intenta destruir lo vivo. Para el caso de las comunidades humanas el impulso a destruir la unidad pareciera acompañar a cada individuo con sus intereses egoístas, pero como es imposible hacernos humanos sin los demás, entonces, a cambio de no hacerlo, en lugar del conflicto es mejor defender ideales como la amistad y la convivencia pacífica. En todo caso son ideales entendidos como “disposiciones reales” que es preciso cultivar, y no como “deberes” impuestos.

Si la discordia es constitutiva de la condición humana, la paz no termina con ella. Sin embargo, el hecho de comenzar a hablar sobre esa posibilidad,

con efectos prácticos en la reducción de la violencia, ya es caminar hacia ideales humanistas, sobre todo para que la muerte y la destrucción dejen de ser los espectáculos mediáticos con los que hoy, en el mundo de los medios, se alimentan a diario nuestros sueños.

“Eso que los romanos eruditos llamaron ‘*humanitas*’, sería impensable sin la exigencia de abstenerse de consumir la cultura de masas en los teatros de la brutalidad. Si alguna vez hasta el propio humanista se pierde por error entre la multitud vociferante, ello sólo sirve para constatar que también él es un ser humano y, en consecuencia, puede verse infectado por el embrutecimiento. Retorna el humanista entonces del teatro a casa, avergonzado por su involuntaria participación en las contagiosas sensaciones, y casi está tentado de reconocer que nada humano le es ajeno. Pero con ello quiere decir que lo humano consiste en elegir para el desarrollo de la propia naturaleza los medios inhibidores y renunciar a los desinhibidores. El sentido de dicha elección de medios reside en desacostumbrarse de la posible brutalidad propia y guardar las distancias con la escalada de deshumanización de la jauría vociferante del teatro” (Sloterdijk, 2006, pp. 34-35).

Freud sabía que el hombre es un ser entre cuyas disposiciones instintivas tiene una buena dosis de agresividad y no se trata de “una criatura tierna y necesitada de amor”; el humanista, además, es consciente de todo el mal que el hombre puede causarle al hombre, sobre todo cuando se cree responsable de imponer a los demás “deberes” ideales, a cambio de “ideales” humanos. Y no se trata “de pesimismo, sino que el hombre es, como hemos visto, un ser indeterminado en el plano moral. Necesitando constantemente de los otros para afirmar su propia existencia, puede contribuir tanto a su felicidad como a su desgracia y poseyendo un margen de libertad en sus decisiones, se hace, por lo tanto, responsable del bien y del mal que causa. Es por eso que los humanistas están interesados en la educación: si los hombres fueran completamente buenos (o malos), no tendría sentido educarlos” (Todorov, 2003, pp. 166-167). Tampoco es cosa de adoctrinarlos, porque es el camino escogido por los salvadores de la humanidad –quienes se dice son los protectores de la dignidad humana- que desde todos los extremos han sido precisamente los causantes de enormes desgracias a individuos y pueblos.

Por otro lado, existe una visión ingenua de humanismo, según la cual los hombres son buenos y formidables, e incluso capaces de tolerar con el mayor estoicismo las peores ofensas de los demás. O que en nombre del humanismo,

la contención de nuestros impulsos agresivos se logra con la tolerancia, siempre y cuando mi creencia y mi verdad no sean tocadas. Es la tolerancia de la indiferencia ofensiva, y de acopio de paciencia para soportar que exista entre nosotros alguien que no profesa las mismas creencias o idearios nuestros. Por ello, en lugar de la tolerancia, el verdadero límite que podemos poner a la desmesura propia y ajena es “el respeto”, entendido como “consideración y miramiento”.

El origen del término *respeto*, según Antonio Escohotado (Cfr., 1998: 99), se remonta “al afecto que inspira el lugar donde crecimos, y funda el arraigo local de los seres humanos”; otra fuente es la atracción ejercida por el resto del mundo, que aviva un sentimiento de unidad supralocal y cosmopolita. Desde nuestro pueblo el respeto se manifiesta como amistad y buena vecindad, y desde nuestra condición humana, como habitantes del planeta o vecinos universales, el respeto se expresa como *humanitas*, humanidad.

“Como dijo una vez el poeta Jean Paul, los libros son voluminosas cartas para los amigos. Con esta frase estaba llamando por su nombre, [de modo refinado y elegante], a lo que constituye la esencia y función del humanismo: humanismo es telecomunicación fundadora de amistades por medio del lenguaje escrito. Eso que desde la época de Cicerón venimos denominando ‘*humanitas*’ es, tanto en su sentido más estricto como en el más amplio una de las consecuencias de la alfabetización” (Sloterdijk, 2006, p. 19).

Por eso el término *humanismo* está estrechamente vinculado al de educación y se relaciona siempre con las letras, pero, como advertimos antes, no con las letras como objeto de estudio, sino como el medio en el que se transmiten mundos o visiones del mundo, vidas de personajes reales o ficticios; experiencias nuevas que enriquecen las nuestras y ofrecen otras formas de ordenar nuestras vidas.

La educación debe tener como función preparar al hombre para que retorne a casa, a la casa de su ser, que no es un lugar seguro y fijo, lleno de creencias, principios o verdades únicas, inamovibles y absolutas. Si la educación asumiera así su función comprendería que la casa del ser humano es la intemperie, es el riesgo de la lucha en la existencia por hacerse a modos de ser nobles, con miras a lo cual es preciso escuchar lo que la tradición le dice en sus obras de arte, en sus instituciones y en la filosofía o atender el nuevo saber de la ciencia, pero todo ello sobre todo con el fin de hacerse a ideales de vida

agradable y grata con los demás y para comprender y juzgar mejor los asuntos humanos y no sólo para ampliar el conocimiento y dominio del mundo.

La educación ofrece la oportunidad de invitar a quienes permanecen absortos en reinos donde solo existe un solo dios, o una única verdad o principio, a que regresen a la tierra como el ámbito propio de donde provienen como mortales que son. No podemos olvidar que también de todos sus rincones brotan pueblos con distintas formas de ser, de sentir y de expresarse que le ofrecen al hombre, para fortuna suya, muchas miradas sobre el mundo —que entre los griegos eran simbolizadas por los dioses- y enseñan que se puede ser humano de muchas maneras; además, que nuestras costumbres o formas de vida no tienen nada de natural, pues las de otras regiones son muy distintas. Por ello igualmente, en la tierra de los hombres “nadie es menos, ni más que nadie”, porque la pluralidad, la diferencia y la más completa diversidad de individuos y culturas es su mejor paisaje nativo.

Volver a casa es aprender que si bien un componente de nuestra condición lo constituyen la discordia y la violencia, es preciso temerles y enfrentarlas con otros impulsos también nuestros, de cooperación, de solidaridad y de la concordia, además de proteger las instituciones que nos ayuden a someterlas. Si humanismo es hacer uso de la razón como *facultad de los límites*, con el fin de contener las fuerzas destructivas y bestiales que van con nosotros, es para morar “los órdenes de la convivencia humana” (Bolnow, 1984, p. 13) que fundan los lugares donde encontramos refugio cada vez que retornamos de la lucha diaria por la existencia, cuando tenemos que hacer frente a la hostilidad de la vida en procura de nuestros propósitos, o a la ferocidad y la barbarie de quienes aún no le han puesto límites a su desmesura. Por todo ello, educar para vivir en paz es soñar también con que el día de mañana, sin esperar el incierto día de la emancipación total o del acuerdo definitivo, los guerreros comiencen a regresar a casa y todavía encuentren a quien abrazar.

Conclusión

Las presentes reflexiones están fundamentadas en el hecho de que la educación basada en principios y, para decirlo en términos repetidos hasta el cansancio, en información e instrucción, no corresponde a la propuesta de una educación que mantenga vivos los ideales humanistas. Por eso mismo solo podemos indicar la necesidad de establecer una política pública de educación

cuyo núcleo central sea la vida humana, individual y colectiva, con vistas a conseguir lo que en términos clásicos se conoce como “la vida buena”, que a la vez implica, dicho en términos contemporáneos, formar “ciudadanos del mundo” (Nussbaum).

La educación basada en principios es justamente una educación dogmática porque presenta valores, puntos de vista, datos y hechos ya establecidos como la fuente del conocimiento y la acción y desalienta la reflexión crítica. Destinada a fortalecer la especialización y las destrezas laborales, se basa en la transmisión de información e instrucciones que atan la acción a funciones eficientes. Nadie duda de que este tipo de educación, el tradicionalmente impartido en nuestro país, reporta beneficios en el progreso material, pero, a la vez, no se refleja en un mejoramiento de nuestras condiciones de convivencia, en el cuidado del entorno natural y social, en la contención efectiva de la violencia, o en el fortalecimiento de la democracia concebida en sentido socrático como “un juicio meditado sobre el bien general”, en lugar de estar movida, como hasta ahora la nuestra, por el choque entre intereses de personas y grupos.

Lo anterior significa la necesidad de pensar en otro tipo de educación cuya orientación central sea “el cultivo de la humanidad”, deliberante y reflexiva, destinada a formar ciudadanos libres. Vale decir, dueños de su propio pensamiento, con vocación crítica de las opiniones, los actos y decisiones que no favorezcan el bien común y las mejores condiciones de convivencia ciudadana. Y el maestro ocupa un lugar central en este propósito formativo, porque la presencia de su persona resulta muy influyente desde cuando el ciudadano es niño hasta cuando se hace profesional. Por ello, a cambio de “principios”, basados en la autoridad, requiere proveerse de “criterios”, pautas de acción y pensamiento que le hagan tomar conciencia plena de por qué es importante formar en el cultivo de la humanidad.

La reflexión como la elaborada en el presente trabajo busca aportar a esa toma de conciencia de maestros y alumnos, convencidos además del gran valor formativo que reporta hacer genealogía de las ideas que defendemos, del hecho de que solamente el saber que se incorpora, argumentada y conscientemente, a nuestro propio modo de ser otorga la capacidad de generar cambios de fondo y permanentes en el espíritu de nuestros ciudadanos.

Todo ello será posible si enseñamos a cada uno desde niño, a defender con argumentos sus derechos y puntos de vista; que sentirse diferente a otros no conduce a la discriminación, sino al reconocimiento de lo diferente para enri-

quecer nuestra propia experiencia del mundo. Vale decir, se trata de no olvidar que existen puntos de vista plurales y muy diversos a los nuestros, por lo que estamos obligados a conocer con claridad sus razones para someterlas a deliberación y juicio, quizás para incorporarlas a las nuestras por valiosas o para descartarlas porque estamos en capacidad de ofrecer razones más poderosas para ello. Todo ha de conducir a la necesidad de tomar decisiones curriculares que apelen al pensamiento más que a los medios (convertidos hoy en fines de la educación); vale decir, currículos centrados en la formación del hábito de la lectura, en la enseñanza reflexiva (pensamiento crítico), en aprender a pensar por uno mismo y en el respeto más que en la tolerancia.

El fondo de todo lo dicho lo sostiene una idea presente en la orientación humanista y es que la vida humana constituye el núcleo de la cultura, en virtud del cual adquiere sentido todo lo que hacemos como individuos y comunidad. Las ciencias, las artes y las técnicas valen en la medida en que favorezcan la vida del hombre en la tierra, y la vida de la tierra misma, pero no como cuando solo trabajan en beneficio de poderosos intereses económicos. Por eso es crucial pensar en una educación convencida de mantener vigentes los ideales humanistas y que, al mismo tiempo, conduzca al fortalecimiento de una democracia deliberativa, de pensamiento libre y abierto, con la solidez suficiente para ser sostenida por ciudadanos autónomos y no manipulables, frente a los embates de poderosos intereses que aprovechan una débil formación crítica y reflexiva para acentuar únicamente la educación centrada en la eficiencia y la productividad.

El cultivo de la humanidad también incide de manera directa en proteger todos los mecanismos de convivencia pacífica porque el bienestar, la sensación de “estar bien”, la alegría de compartir, de tranquilidad y de solidaridad genera en el ánimo un placer propio derivado de los bienes deseables por sí mismos. Esto ya constituye una poderosa contención –razonable, autónoma– de nuestros impulsos bárbaros en beneficio de reconocer al otro como fuente de soporte y bienestar y no de conflicto y competencia. Para llegar a esta última conclusión es preciso comprender que los hombres “somos iguales” únicamente en nuestras capacidades de pensar y sentir, pero todos somos “diferentes” en la manera como ejercemos esas capacidades; somos distintos en cuanto a las oportunidades que tenemos, a la rapidez o lentitud con que aprendemos, a la mayor o menor intensidad como expresamos nuestros sentimientos, etc., razón por la cual la educación no puede perder de vista las diferencias individuales y entre sociedades, la heterogeneidad de las regiones

y culturas. Ello seguramente llevará a entender mejor porque no se trata de instaurar y establecer principios fijos, ni de sobrevalorar la información, sino de favorecer las condiciones para el libre despliegue de nuestras “capacidades” de acción y pensamiento y aportar criterios para juzgar con libertad lo que es mejor para todos.

Referencias

Bolnow, O. (1984). *Antropología filosófica*. En: *La evolución del hombre y el humano*. Revista *Educación*, N° 30, Sevilla (España), Instituto de Colaboración científica; pp. 7-23.

Bolnow, O. (2001). *Introducción a la filosofía del conocimiento. La comprensión previa y experiencia de lo nuevo*. Buenos Aires: Amorrortu editores.

Bergson, H. (1963). *La evolución creadora*. En: *Obras escogidas*. México: Aguilar (Biblioteca premios Nobel).

Cassirer, E. (1968). 5ed. *Antropología filosófica*. México: Fondo de Cultura Económica.

Della Mirandola, G. Pico. (2006). *Discurso sobre la dignidad del hombre*. Medellín: Editorial Pi (Ensayos para pensar).

Escohotado, A. (1998). *Tolerancia o respeto*. En: Cruz, Manuel (Ed). *Tolerancia o barbarie*. Barcelona: Gedisa.

Safranski, R. (2010). 2ed. *El mal o el drama de la libertad*. Barcelona: Tusquets editores (Fábula).

Safranski, R. (2013). *¿Cuánta verdad necesita el hombre?* Buenos Aires: Tusquets editores.

Sloterdijk. (2006). 4ed. *Normas para el parque humano*. Madrid: Siruela.

Todorov, T. (2003). *Deberes y delicias. Una vida entre fronteras*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Filosofía y Poesía

Carlos-Alberto Ospina H.

Los motivos de la gran discordia



En el momento “en que des cabida a la musa voluptuosa, sea épica, sea lírica, el placer y el dolor reinarán en nuestro Estado en lugar de las leyes, en lugar de esa razón cuya excelencia han reconocido en todo tiempo los hombres todos” (Platón. *República*, X, VII, 607b; 1969: 611), es la repetida advertencia de Platón en la *República* y que sintetiza el sentido de la rivalidad entre poesía y filosofía. Para Occidente tal rivalidad la inició Platón, sin embargo él también aclaró que la disputa no era nueva, sino muy antigua (*República*, X, VIII, 607b), como queriendo disculparse con la poesía por apoyar la querrela y por profundizarla, pese a no haber sido él su iniciador. Tal deferencia se deriva del hecho de que él mismo de muy joven fue poeta y quiso seguirlo siendo, pero terminó seducido por las enseñanzas de Sócrates y dominado por un profundo amor hacia la sabiduría. En todo caso no atendió a una advertencia que provenía de otra fuente, de la propia poesía que, por boca del poeta Aristófanes, aconsejaba: “No vayas a sentarte a conversar con Sócrates, abandonando la música y renunciando a los más nobles dones de la tragedia” (Coro de las *Ranas*, 1491-1495). El joven Platón quemó sus poemas (Según Diógenes Laercio) y se entregó a la

personalidad arrolladora de Sócrates que anunciaba el arribo definitivo de un saber que liberaba al hombre de la tiranía de los dioses, del mundo de las sombras y de su apego a las cosas y a las pasiones.

Platón, es verdad, se hizo discípulo de Sócrates y se entregó a la filosofía, pero jamás dejó de envidiar a la poesía y a los poetas y nunca dejó de sentir fascinación por ella, como es evidente en el estilo poético de sus diálogos. El encanto, sin embargo, no le hizo traicionar la verdad para ir en pos de un hacer como el de la poesía que vive del engaño, de la ilusión y de la mentira; la verdad y la justicia, en cambio, son los temas esenciales del nuevo saber que está, además, asociado al ejercicio de la razón como manifestación propia del hombre, de la naturaleza humana. Con Sócrates se consumó la amenaza que los poetas desde antiguo, desde antes de la llegada de la filosofía, presentían en sus ataques anticipados a ella: que iría a imperar con soberbia sobre Zeus, lo que significaba el final de la época de los dioses olímpicos y su unificación en una sola entidad que dominaría sobre lo plural, sobre las cosas singulares y cambiantes del mundo sensible. El supremo bien, el ser, son la verdad que se eleva por encima del efímero, variable y, por lo mismo, engañoso reino de las cosas. Pero la verdad no siempre solo produce el bien; por ello, si atendemos a la naturaleza del hombre, también inclinada hacia el mal, la verdad puede tener consecuencias muy terribles para nuestra mirada finita, como Schiller lo presintió: “sólo el error es la vida, la verdad es la muerte”.

Precisamente cuando Platón se decidió por la filosofía y sus fines: el ser, la razón y la verdad, también tomó partido por la muerte en contra de la vida, y es este uno de los motivos centrales de la reacción de Nietzsche contra el socratismo y el platonismo. El asunto de la vida también fue una de las razones de la antigua discordia entre poesía y filosofía, pues los poetas ya venían deliberando sobre ello. Cuando Ulises, en el canto XI de la *Odisea*, bajó al Hades a invocar los muertos, se encontró con Aquiles y quiso darle consuelo por estar allí y no entre los vivos, haciéndole ver que era respetado por los muertos e imperaba en el reino de las sombras y la oscuridad; el héroe de inmediato le replicó que prefería ser esclavo entre los vivos que rey entre los muertos¹. Sócrates, en cambio, entendía la filosofía como una preparación para la muerte, porque decía temer más a la esclavitud que a la muerte, dado

1. “No intentes consolarme de la muerte, esclarecido Ulises; preferiría ser labrador y servir a otro, a un hombre indigente que tuviera poco caudal para mantenerme, a reinar sobre todos los muertos” Homero. *Odisea*. Canto XI. Barcelona: Círculo de lectores, 1981; p. 202.

que solo con ésta el alma tiene oportunidad de liberarse de su cárcel, del cuerpo corruptible, fuente de deseos y pasiones con los que la atrapó y no cesa de arrastrarla. El alma libre de ese peso, impulsada por la sola razón, se eleva para contemplar el Ser de las cosas y el supremo bien.

Por el contrario, el poeta, al estar “herido mortalmente de vida” (César Vallejo) no lamenta, sino que agradece el que le hayan prestado la vida; no renuncia a su estancia en la tierra, disfruta de la cercanía de las cosas, de cada cosa en particular, del instante que goza, de cada momento de pasión y arrebato, pues la poesía es –lo dijo Borges– “una pasión y un placer”. Aristóteles recusa y dice que “los poetas mienten demasiado”, pero la poesía prefiere mentir si la verdad es detener el ritmo de la vida y de las cosas para entregarse a un concepto eterno, cuya presencia acosa con su monótona permanencia; prefiere mentir con tal de que no la priven de sus “apariencias” a las que tanto ama, ni de sus “fantasmas” de cuya compañía mucho disfruta. La poesía no cree “en la verdad excluyente, selectiva e imperativa” (Zambrano. *Filosofía y poesía*, 1996: 24), pero ama la verdad con la que juegan todas las cosas con sus presencias y ausencias. Prefiere que sus muertos bajen completos al Hades, en donde algún Ulises aún pueda conversar con ellos, a que suban convertidos solo en almas, a un mundo de ideas y conceptos en donde la vida terrenal y sensible apenas es un mal recuerdo.

La contemplación de las ideas y la posesión de la verdad, a costa del devenir de la vida, representan para la filosofía una gran conquista, gracias a las cuales supera lo inestable, lo aparente y temporal, en tanto que para la poesía constituyen un enorme infortunio. Es temible, primero, no tener la vida, y, segundo, cuando se tiene, perderla pronto, como ocurre con los héroes quienes deben morir jóvenes para ostentar tal dignidad. Es por esto que para el poeta resulta terrible escuchar de nuevo las palabras que con dificultad el rey Midas logró arrebatarse a Sileno, el sabio acompañante del dios Dionisos, quien en medio de una risa estridente dijo: “Estirpe miserable de un día, hijos del azar y de la fatiga. ¿Por qué me fuerzas a decirte lo que para ti sería muy ventajoso no oír? Lo mejor de todo es totalmente inalcanzable para ti: no haber nacido, no *ser*, ser *nada*. Y lo mejor en segundo lugar es para ti –morir pronto” (Citado por Nietzsche. *Nacimiento de la tragedia*, 1972: 52).

A cambio del ascetismo, de las renunciaciones que el hombre debe hacer para entregarse a la filosofía, ésta le ofrece como consuelo la verdad y la razón, es decir, que con ella se va a desarrollar el *logos* racional, el pleno despliegue de

su propia esencia humana; además, se ofrece como el mejor camino para el conocimiento de sí mismo. De nuevo, todo se logra a costa de la renuncia al disfrute de la vida, dado que mientras el filósofo persigue la idea correcta, el argumento adecuado y la tesis perfecta, la vida inexorablemente pasa, los sueños se esfuman, los amigos se pierden, los seres amados reclaman y el vino escasea.

Por todo esto la poesía no quiere la razón para morir o, como muchos creen, para vencer con ella a la muerte. A la muerte nada la vence, sólo el amor, pero un amor desesperado que va también hacia la muerte (Cfr. Zambrano, 1996: 34). La filosofía ofrece al hombre la razón como esperanza y consuelo, pero, pregunta María Zambrano, “¿quién consolará al poeta del minuto que pasa; quien le persuadirá para que acepte la muerte de la rosa, de la frágil belleza de la tarde, del olor de los cabellos amados, de eso que el filósofo llama “las apariencias”?” (Ibid: 34) y ¿quién, preguntamos nosotros, consuela no sólo al poeta, por la gelidez del mundo, por el arrasamiento de la tierra y el alucinante dominio que, a nombre de ideas político-culturales, supuestamente únicas y verdaderas, pretende extenderse por todos los rincones del planeta? Los acontecimientos que vivimos prueban, más bien, que “en los tiempos modernos, la desolación ha venido de la filosofía y el consuelo de la poesía”.

En cuanto a que, para atender a su llamado, la filosofía se presenta como el camino apropiado para el hombre alcanzar el conocimiento de sí mismo, el poeta ya había advertido que “el hombre es un signo indescifrado” (Hölderlin), es un enigma, y como tal ha de permanecer, pues esa es su verdadera naturaleza. La filosofía, por lo tanto, ofrece algo cuya imposibilidad ella misma no ha podido aceptar y sin embargo persigue con terca obstinación. Y la poesía, también mucho antes de que la filosofía apareciera, había prevenido sobre este motivo de discordia, cuando el sabio Tiresias vaticinó que Narciso viviría mucho tiempo si no se conocía a sí mismo, y precisamente fue el haber descubierto su imagen reflejada en las aguas, el haberse visto y deseado a sí mismo, lo que lo llevó a la muerte.

La filosofía: el ocaso de los dioses

La filosofía apareció en reemplazo de los mitos y los dioses, porque entre las muchas acusaciones que le formuló a la poesía fue no solo haberles dado los dioses a los hombres, sino además haberles atribuido las mismas debilidades y desafueros humanos. Efectivamente, para la poesía los dioses

mienten; son apasionados, iracundos, celosos e infieles, pero quizás por ello ejercen un enorme poder sobre el hombre, y, a la vez, algunos mortales se atrevieron a disputarles ese dominio, aunque siempre terminaron pagando las consecuencias: Prometeo, Marsias, Tántalo, Sísifo, Midas, etc. Los poetas son los únicos mortales que llegan con otro atrevimiento, son los únicos que se atreven a renunciar a la seguridad que otorga el saber de la razón, de lo útil y de lo verdadero para ir tras los dioses, de quienes provienen la “inspiración”, “el delirio” y “la locura” que los invade cada vez que componen. “No es mediante el arte, dice Platón, sino por el entusiasmo y la inspiración, que los buenos poetas épicos componen sus bellos poemas” (*Ión*). Los poetas reciben su vocación de los dioses, ellos les dictan el decir de sus palabras, infunden la magia por la que las cosas se asoman en aquellas palabras poéticas y gracias a las cuales esas cosas, por lo general mudas, por fin hablan.

La filosofía que todo lo juzga, considera una afrenta para la dignidad de los dioses parecerse a los hombres y para la condición humana ser tiranizada por ellos; entonces ella acaba con esos dioses encarnados, humanos y tiranos para crear un dios o dioses espirituales, siempre veraces, siempre buenos, siempre justos e inmutables, es decir, como entidades, también severas, aunque ya sin los rasgos propios de la vida exuberante, variable, triste o gozosa, en donde todos los contrastes caben. Pero los poetas saben que los rasgos humanos con los que reviste a los dioses es para que el hombre los toque y los aprehenda (Cfr. Bonnard, *Poesía de los dioses*. Rev ECO, 1983: 287-288). Tal es la única presentación de lo divino que lejos de ofender a los dioses, les rinde homenaje, probando ante el incierto pueblo de los mortales que ellos poseen la existencia más verdadera, que son en el mundo lo que hay de más auténtico, que son la plenitud de la vida.

Cuando el poeta representa a los dioses cargando con el peso de rasgos sensibles es porque les presta a ellos su propia alegría de estar vivo en un cuerpo, y le rinde mayor tributo a la divinidad cuando la hace partícipe de esa vida mortal. Los dioses no mueren, pero sienten qué es morir; nada les falta, pero desean y se regocijan por ello; ríen de contentos cuando los poetas los moldean de ese modo y les “agradecen este modelar su verdad, tanto en el bien como en el mal, con la pobre arcilla de la palabra humana” (Bonnard). Agradecen, además, que a través suyo ellos se puedan dirigir a los mortales.

Los poetas griegos, no los filósofos, comprendieron que para hacer soportable la vida tuvieron que crearle al hombre sus dioses (Nietzsche, 1972: 53)

quienes, al recrear la existencia humana, sirvieron como espejo en el que esa vida se asoma transfigurada, bella y tolerable. Un caso excepcional, del lado de la filosofía, fue Aristóteles quien en su *Poética* consideró a la poesía más elevada y verdadera que la historia, pues la invención de fábulas, de intrigas y mitos en la tragedia y la imitación de acciones humanas posibles, son actos creativos por excelencia que muestran la profundidad de la existencia humana mejor que la historia, la cual “permanece agarrada por la anécdota”, mientras que la poesía llega hasta el más oculto fondo de las cosas.

Los dioses regalan al poeta el decir de las palabras con las que ellos mismos y las cosas hacen presencia en el mundo, pero también con las que el poeta vuelve bellas las apariencias. Y como la belleza tiene el privilegio de manifestarse sensiblemente, es una apariencia verdadera (Zambrano, 1996: 64), mientras que la verdad, el ser y las ideas no se manifiestan a los sentidos sino a la razón, la cual precisa de mucho esfuerzo y preparación para hacerse capaz de ver la verdad con “los ojos del alma y no con los del cuerpo” (Platón). La poesía, que encanta con la belleza de su canto, cautiva a todos los hombres, porque estimula sus sentidos; por eso, frente al saber de la filosofía, tiene la ventaja de ser mucho más seductora y, por lo mismo, más peligrosa, al menos para el Estado racional de Platón, quien, advertido de tamaño riesgo, la expulsó de su República. Mientras la poesía moldea, inventa y crea mundos con bellas palabras; la filosofía conoce el mundo de las ideas y conceptos con la fría razón.

El dios de los filósofos es la propia sabiduría, es la verdad o el ser supremo que todo lo determina. Un dios que no puede desear ni amar nada, porque él es todo; es un dios tan alejado de los hombres y tan imposible de alcanzar que apenas se ofrece como objeto de amor y de deseo, por ello la máxima aspiración del hombre no es, como en tiempo de los antiguos poetas, convertirse en el preferido de los dioses, ni en su representante o compartir con ellos el disfrute del mundo y de la vida; está condenado a ser no más que filósofo, amante (filo) de la sabiduría (sofo), pues únicamente a dios le está reservado ser sabio. Los poetas, por su parte, están más próximos a los dioses, por eso, y porque la poesía es asunto de dioses, viven en medio del entusiasmo, del delirio y la locura que éstos les transmiten; mientras que la filosofía es cosa de hombres, no de dioses, porque éstos, ya dijimos, no filosofan, pues ya son sabios y no pueden desear. Pero los dioses requieren de los hombres para hacer sonar sus cantos. Finalmente, entonces, poesía y filosofía no podrían darse sin el hombre y son ocupaciones a las que los dioses por sí mismos no pueden dedicarse.

El deseo, el amor, por tanto, se sitúa ahora en el centro de la discordia. El poeta ama intensamente las cosas en medio de las cuales vive, ama la vida; persigue con pasión lo que desea, hasta el punto de crear fantasmas con los que se da gusto cuando la realidad le niega lo deseado. Mientras que el filósofo, con su ascetismo, es capaz de soportar no conseguir jamás el objeto de su deseo; también ama intensamente, pero a un fantasma al que toma por existente real y verdadero en un mundo al que nunca podrá acceder, pues él es filósofo, vale decir, amante de la sabiduría y no la sabiduría misma; ésta, que es el objeto de su amor, se ofrece como un ideal que lo ha de atormentar mientras como filósofo viva.

El poeta, en cambio, es sabio porque al no estar obligado por verdad o por ser trascendente alguno, puede moverse libre entre los más recónditos y ocultos recovecos del mundo de donde trae cosas a la presencia, las produce (es el sentido de poiesis) con su llamada y con otorgarles nombre por vez primera. La sabiduría del poeta es mayor cuando se regocija de las cosas que hace y produce, goza de ellas, pues sabio es el sapiens, el saboreador (Nietzsche, 2003: 23) y no el conocedor de muchas teorías o información. Por aventurero, por gocetas de la vida, el poeta es quien la experimenta más intensamente y desarrolla, por lo mismo, un fino gusto por ella; sabe muchas cosas que el amante de la sabiduría, el filósofo, ignora; y por ser sabio en su gusto por la vida, por su temor a la muerte, debe ser desterrado de la República. Los poetas saben incluso que saben, contrario a la sabiduría socrática que sabía que no sabía.

El amor descarnado, el amor ideal del filósofo, el amor platónico (cfr Zambrano, 1996: 68), es un amor intelectual que ya no escandaliza a nadie, que no trastorna las relaciones visibles entre los hombres y transformó el amor y la pasión en experiencias meramente metafísicas que la mística cristiana aprovechó para, a través de la poesía, entrar en contacto con la divinidad. La cristiana fue una época de reconciliación entre poesía y pensamiento, como la que tuvimos en la gran época de los poetas-pensadores presocráticos, aunque la reconciliación se dio esta vez a costa de que la poesía renunciara a su reino terrenal, para elevarse al imperio suprasensible del pensamiento y de Dios omnipotente.

El conocimiento de la naturaleza

Además de las cuestiones relativas a los dioses, poetas y filósofos disputan por algo más, por determinar cuál de ellos conoce con más propiedad la

naturaleza y el mundo. Si los poetas, amigos de sentir y gozar las cosas tal como ellas son y aparecen en el mundo humano, o si la filosofía que persigue el ser abstracto y suprasensible, cuya captación solo es posible por medio de la razón. Poetas y filósofos tienen en común, como todos los mortales, que se mueven en el mundo cotidiano, pero, distinto a ellos, se sitúan por encima de él; filosofía y poesía son eventos extraordinarios porque para llegar a lo que ellas captan del mundo requiere de dotes especiales, los poetas de la inspiración para que, mediante la palabra, hagan surgir las cosas desde su ocultación entre lo que, por no tener aún nombre, permanece ignorado por todos; cuando el poeta las nombra es cuando las hace comparecer ante los hombres. Aquí entendemos por “inspiración”, la capacidad especial de escuchar el lenguaje silencioso de las cosas para encaminarlas a las palabras sonoras y, de esta manera, hacerlas comparecer en la presencia del mundo humano. Los filósofos, por su parte, precisan de un adiestramiento especial y riguroso para mantenerse alertas y ser capaces de enfrentar despiertos cualquier peligro tan grande como la poesía, y con ella todo arte, acechando sin cesar el dominio de la razón y, cual Ulises, cuidar que el canto de Sirenas no la seduzca, no la confunda y la hunda entre emociones y pasiones sensibles.

Con el romanticismo del siglo XIX el poeta asumió con más radicalidad su condición humana, su existir mundanal y pasajero. El hombre, en consecuencia, por especial que se considerara, no daba para hacer creíble aquello del entusiasmo divino manifiesto a través suyo y, consecuente con la época, asumió su quehacer como resultado del trabajo, de la dedicación y no de la inspiración divina. Baudelaire, por ejemplo, pregonó que “la inspiración es trabajar todos los días”, pues el poeta no quería seguir a merced del delirio y la locura divinas; pero, quizás por haber acentuado de tal manera su humana condición, los poetas románticos y malditos de aquel siglo se entregaron desmedidamente a la embriaguez y a la locura de la existencia, sentidas ahora como obra suya y no como un regalo de los dioses. El poeta en verdad abandonó los dioses pero se quedó con lo más seductor que ofrecían: la desmesura, el delirio, el goce y la perdición. Renunciar a ello sería renunciar a su condición de poeta como lo decidió Rimbaud.

Es una época en la que positivismo y romanticismo se disputaban la visión del mundo y de las cosas; el positivismo radicalizó una tendencia que desde el siglo XVII venía con el pensamiento y la ciencia moderna, de rechazar cualquier consideración mágico-divina sobre el mundo y, por tanto, de tolerar la poesía solo como fenómeno cultural pero no como otra vía digna de crédito

para aproximarnos al mundo. Por el contrario, la poesía, con su insistencia en cantar a la vida, de mantener activo el recuerdo de lo divino y de conservar el ser de las cosas, se mostraba otra vez, como venía ocurriendo desde la aurora del pensamiento racional, abierta enemiga de los planes de dominación tecno-científica que el nuevo saber ya mostraba. El ocaso de los dioses que llegó con el advenimiento de la filosofía terminó ahora, en los siglos XIX y XX, en la noche del mundo, en la larga noche en la que los dioses huyen del mundo, tanto los humanos de Grecia como los dioses espirituales de las grandes religiones monoteístas de Occidente. El clamor por la desdivinización del mundo, que significa la transformación de las cosas en objetos de conocimiento y de consumo, expresado por poetas y pensadores de los siglos XIX y XX, fue una señal de que ellos necesitaban reconciliarse de nuevo con las cosas naturales y los asuntos humanos.

Lo que no comprendieron los poetas románticos del siglo XIX fue que ellos no abandonaron los dioses como creyeron, fueron los dioses quienes huyeron del mundo, cuando bajo el imperio de la dominación tecno-científica no encontraron refugio seguro donde pudiesen estar. Entonces los poetas románticos creyeron responder a las pretensiones hegemónicas de la filosofía, la ciencia y la técnica, con la proclamación de la poesía y el arte puros como la máxima ocupación a la que puede aspirar el hombre, mientras que aquellas, por su parte, se presentaron como el más elevado despliegue del carácter esencialmente racional del hombre, de suerte que saber racional y poesía terminaron ignorándose de nuevo, y esta vez de modo más radical que antes.

Cuando una controversia se presenta de manera tan insistente e implacable es porque los contendientes tienen muchas cosas en común, pero cada uno quiere la exclusividad de su pertenencia. Filosofía y poesía, por ejemplo, se disputan la paternidad del nombre que tienen las cosas o, en otro sentido, la paternidad por su presencia en el mundo; es una disputa acerca de quién es el legítimo depositario de la palabra. El debate nos remite nada menos que al uso original del lenguaje y si éste perteneció a los poetas o a los pensadores, pues en la aurora del pensar humano no se puede hablar estrictamente de filósofos dado que éstos, tal como lo entendemos en Occidente, hicieron su aparición histórica en Grecia mucho después de la gran poesía homérica, hesiódica y lírica. En adelante, entonces, nos referiremos a pensadores y no a filósofos cuando hagamos alusión a quienes conservan y protegen, como los poetas, el ser de las cosas, les permite ser lo que son y contienen, con serenidad y sabiduría, los ímpetus devastadores y de dominio sobre el mundo, de quienes solo

se muestran inclinados por el pensamiento calculador de la ciencia, cuyos designios la filosofía terminó por seguir.

De esta suerte el conflicto entre poesía y filosofía (y ciencia) jamás acabará, porque sin ninguna duda la ciencia es un saber de mucha utilidad y valor para la existencia pragmática del hombre, pero por avanzada que sea, se encuentra con límites infranqueables como los que ofrece el espíritu humano; y, sobre todo, el ámbito de las cosas singulares, variadas y presentes en el aquí y ahora de la existencia, las próximas y queridas por nosotros, que le dan forma, valor y contenido al mundo humano. La ciencia transforma esas cosas en entes disponibles para el conocimiento y el consumo y su ser, o lo que ellas son y significan en la existencia desaparece. Por esto la esperanza de reconciliación se presenta, más bien, del lado del encuentro entre pensamiento y poesía, los protectores del lenguaje y de las cosas.



Detalle del estudio de Carlos-Alberto Ospina H.

El pensamiento y la poesía, para cuidar las cosas

Carlos-Alberto Ospina H.



Aristóteles (*Partes de los animales*, A 5, 645 a 17, 2000: 73) –lo recuerda Heidegger– cuenta que en cierta ocasión unos forasteros querían conocer a Heráclito, entonces fueron a visitarlo y “Viniendo viéronlo cómo se abrigaba junto a un fogón. Se detuvieron sorprendidos, y sobre todo porque él les daba ánimo a los vacilantes y los llamaba para que entraran, con las palabras siguientes: *también aquí se presentan los dioses*”. Y, en verdad, resultaba sorprendente que en lugar de encontrar a un pensador sumido en la más profunda meditación, se toparan con un hombre aterido de frío, en un ambiente cotidiano y modesto como era su propio hogar. Heráclito, al leer en los rostros de los visitantes su curiosidad desilusionada, los anima a entrar a su morada con las palabras “también aquí se presentan los dioses”, queriendo darles a entender que donde habita el pensar, o precisamente por ello, también hay espacio para los dioses. Nuestra existencia no se reduce solo a perdemos en ideas, en abstracciones y razones, sino que ella consiste sobre todo en disfrutar de las cosas que crean un entorno estable y duradero en medio del paso de la vida y, así, les dan forma a nuestros espacios habitables. Cosas cargadas de significado, vinculadas a símbolos, recuerdos e imágenes que dan sentido e identidad a la existencia. *Esas cosas son los dioses de Heráclito*. Basta pensar en el valor que ellas tienen por ser lo que son; son sus cosas, en virtud de las cuales

experimenta el mundo y la existencia; ellas les otorgan cierta permanencia y encanto a sus lugares familiares y están cargadas de historias, ligadas, por lo mismo, a la historia personal de su propia vida.

Los visitantes de la estancia de Heráclito, muy interesados en conocer al filósofo y saber que dice, no se percataron del viejo asiento que tal vez usaba, el papiro donde escribió sus extrañas frases, la vasija del agua o el vino, la mesa, el fogón para el pan y fuente de calor, y todas las cosas que le dieron figura a su singular presencia en la tierra. No *pensaron* en que las cosas de uso diario de Heráclito, y todas las cosas con las que tuvo contacto fueron condición de su existencia. Como dice Hannah Arendt, la condición humana y las cosas se complementan mutuamente, por lo tanto, “debido a que la existencia humana es pura existencia condicionada, sería imposible sin cosas, y éstas formarían un montón de artículos no relacionados, un no-mundo, si no fueran las condiciones de la existencia humana” (Arendt. *La condición humana*). Las cosas de Heráclito son sus cosas por la relación que sostiene con ellas y ellas con él; son su mundo y por ellas él es en el mundo. Para percatarnos de ello es preciso aguzar una mirada muy atenta a lo que, por ser tan usual, pasa inadvertido. Es tan especial el goce que da el contacto y la cercanía de las cosas queridas y de los otros que, sin percatarnos lo suficiente, es lo que le da contenido a nuestra existencia y nos protege de sentirnos como en el vacío. Diferente al mundo visto a través de la representación mental o racional, que nos entrega las cosas en forma de ideas, el mundo adquiere una dimensión mágica por las cosas, cuya cercana presencia nos otorga recuerdos y emociones; marca caminos recorridos, de duras o gratas jornadas y nos da compañía. La belleza y el encanto del mundo se muestran en la lluvia y las nubes del cielo, el olor del prado recién cortado, el libro que aún nos acompaña, un rostro en medio de la multitud, el mueble, la calle, el café; todas pasajeras, como nosotros, pero su persistencia en nuestros espacios cotidianos, nos dan la sensación de permanencia y asidero en medio de lo móvil y variable. Reparar en ello no es posible si solo lo vemos como una agrupación de objetos, naturales o fabricados, que son paisaje o vienen a ocupar los espacios vacíos; mucho menos si los vemos como objetos de conocimiento o de disponibilidad técnica. Caer en la cuenta de la presencia enigmática y encantadora de las cosas se hace evidente cuando las deseamos, las amamos y las extrañamos como el sostén firme de nuestro mundo hogareño y más íntimo; pero, sobre todo, en pensarlas como haciendo parte de lo que somos nosotros mismos. Es el pensador quien así las ve y es el poeta quien, con su palabra, así las resguarda y las convoca.

Quizás aquellos visitantes querían encontrar a un filósofo, muy lleno de ideas, para quien la creencia en los dioses fuera un asunto superado o para quien la poesía, la culpable de haber invadido el mundo de dioses, fuera cosa del pasado y estuviese dedicado más bien y como es debido, a los asuntos de la razón. Si hubiesen comprendido que pensamiento y poesía no pueden separarse y menos durante aquella época, la de la aurora del pensar, no sólo no terminarían desilusionados, sino que presurosos buscarían el abrigo que aquella sencilla estancia les ofrecía para disfrutar la compañía del pensamiento en diálogo con la poesía, pues ambos tienen mucho que mostrar sobre la cercanía y mutua correspondencia entre las cosas y la existencia humana.

Poesía y pensamiento, la disputa por lo sagrado

Siempre se nos ha enseñado que la filosofía surgió en Mileto como una superación del mito, de la leyenda y de la poesía, y tan insistentemente se nos repite esto que no vemos que si hoy, a alguien se le ocurriera decir que el origen de todo es el agua, la tierra, el aire o el fuego, como supusieron los primeros filósofos que era el mundo, se le tendría por loco, excepto que fuese un poeta, pues únicamente a los poetas se les permite tales vuelos imaginativos. Se nos dirá que es obvio, dado que hoy, más ilustrados, ya sabemos muchas cosas y se supone que incluso ya sabemos cómo son ellas. Pero, entonces, olvidamos que los primeros pensadores se expresaron poéticamente por lo que dijeron y también por su lenguaje; ellos fueron hijos de la poesía y del asombro, que se asomaron al mundo a través de lo que los poetas dijeron de él. Fueron los poetas los primeros que enfrentaron la *Physis*, la naturaleza pura, plena de cosas sin palabras, el mundo mudo, misterioso y venerable sobre el que nadie aún se había aventurado a dar una explicación; solo los poetas llegaron para darle la palabra, para descubrirlo y mostrarlo a los hombres. Por eso “la formación de los dioses, su revelación por la poesía, fue indispensable, porque fue ella, la poesía, quien primeramente se enfrentó a ese mundo oculto de lo sagrado” (Zambrano. *El hombre y lo divino*, 1972: 66). Los poetas, entonces, trajeron las cosas a las palabras para que en ellas se mostraran y las llamaron con nombres de dioses y voces divinas. Por esto los dioses brotaron, como todo, de la *Physis*, de la naturaleza, lo único sagrado que existe*; los poetas,

* En su poema *De la naturaleza* Empédocles dice en el fragmento 6 “escucha primero las cuatro raíces de todas las cosas: Zeus resplandeciente, Hera dadora de vida, Edoneo y Nestis que con sus lágrimas empapa las

por lo tanto, entregaron los dioses a los hombres y los crearon, no porque los hubiesen puesto a vivir, pues ellos ya eran cosas en la naturaleza, sino porque les pusieron nombres y a través suyo ellos hablaron y lo hicieron en forma de canto. Los poetas son los señalados cantores, los mensajeros de los dioses.

El hombre enfrenta asombrado la naturaleza misteriosa, sumida en el más profundo silencio, como un abismo en el que arriesga caer, sometido a las múltiples afecciones que ella genera y a inciertas emociones que lo invaden. Si el ser humano es, como dice el poeta Shelley, “un instrumento sobre el cual influyen una serie de impresiones externas e internas, como influyen las alternativas de un viento variable sobre un arpa eólica, suscitando a cada nuevo movimiento melodías nuevas” (*Defensa de la poesía*, 1978: 16), es, entonces, el ser sonoro mediante el cual vibran todas las cosas del silencioso mundo natural. Por el canto poético fue como primero conocimos lo sagrado, es decir, supimos de la naturaleza y nos acompañaron los dioses, equivalentes a las imágenes de las distintas cosas en las que ella se muestra; de esta manera “la música es la que vence el silencio antes que el logos” (Cfr. Zambrano, 1996: 70). Por eso los aedos, los cantores y los poetas fueron los primeros maestros de la humanidad; a través del lenguaje oral de los intérpretes se iluminaron muchas cosas, se tuvo noticia de acontecimientos extraordinarios, de enseñanzas duraderas y de guías para la vida.

Sin embargo, todo aquello no satisfizo la necesidad de saber y por un retroceso a la ignorancia, al estado de no-saber (Cfr. Zambrano, 1972: 66) se formuló la pregunta ¿qué son las cosas? Interrogante que ya ponía en cuestión la respuesta que los poetas hasta entonces habían dado a la pregunta originaria por lo sagrado, es decir, por la naturaleza; un interrogante que nadie había formulado pero que siempre apremiaba al ser humano. Los poetas se apresuraron a convertir lo sagrado en divino, a transformarlo en dioses y a quedarse únicamente con ellos. Los primeros hombres que, no satisfechos con el decir poético, preguntaron por el principio, por la razón, por lo que son las cosas, fueron los primeros pensadores camino a la filosofía, que de manera consciente indagaron por lo sagrado. “Y así la filosofía se inicia del modo más antipoético por una pregunta”, mientras que “la poesía lo hará siempre

fuentes de los mortales” Para decir lo que nosotros ahora solo conocemos por su versión más prosaica como los cuatro elementos fuego, aire, tierra y agua; “de estos elementos –prosigue Empédocles, en el fragmento 17- nacieron todos cuantos seres existieron, existen y existirán, los árboles, los hombres... las bestias, las aves... y también los dioses de larga vida...” KIRK y RAVEN. *Los filósofos presocráticos*. Madrid: Gredos, 1981; p. 452, nota 417; p. 459, nota 425.

por una respuesta a una pregunta no formulada”. A los primeros pensadores, entonces, aún los oprimía no tanto la presencia de los dioses creados por los poetas, sino “la instancia sagrada, el mundo oscuro de donde esos mismos dioses salieron... y así, la pregunta inicial de la filosofía: *¿qué son las cosas?*, suena todavía en nuestros oídos con ese aire de brusquedad y hasta de impaciencia, como si dijera: ‘basta de dioses y de historia, volvamos o empecemos a no saber’” (Zambrano, 1972: 67- 68).

De suerte que el primer triunfo de la filosofía sobre la poesía se debió a un retroceso a la ignorancia y “por haber arrebatado a la poesía, su secreto, su fuente. Por haberle dado nombre, por haber descendido hasta esa profundidad en que la conciencia originaria, el asombro aún mudo, se despierta rodeado de tinieblas” (Zambrano. *Filosofía y poesía*, 1996: 72). Después de varios tanteos, llamó *apeiron* (Anaximandro) a esa realidad poética por ser indeterminada. Pero el *apeiron* pronto fue sustituido porque aún permanecía vinculado a la total pluralidad de las cosas y entonces apareció la segunda revelación de la filosofía, la Unidad de Parménides; el Ser uno, ya no era una elaboración poética, sino exclusivamente reflexiva, teórica, filosófica. Así, en éste “la inspiración poética realiza un descubrimiento filosófico”, mientras que en Anaximandro “la pregunta nacida de la actitud filosófica realiza un descubrimiento poético” (Zambrano, 1996, p.75). Pese a ello, en Parménides la actitud poética sigue viva, porque la verdad del ser le fue *revelada* por una diosa, como ocurre con el aliento divino infundido a las palabras de los poetas. Sinembargo, la tensión entre filosofía y poesía se hace muy fuerte, hasta el punto de que la vía de la verdad, del ser, vence el camino del no ser, de la apariencia y del devenir, el sendero que más gustan transitar los poetas.

Habida cuenta de que la filosofía por fin logró otorgarle un nombre al fondo oscuro de lo sagrado, disponible ahora para el saber racional, el ser abandonó su sentido misterioso y se transformó en una realidad para el conocimiento. La naturaleza, ese fondo oscuro, es demasiado oscilante e inquietante como para constituir el ámbito de la verdad; más bien siempre despierta el asombro, es fuente de gozo, de belleza y de emoción, pero no es el lugar para la verdad eterna y permanente que nos impulsa a conocer y que le confiere autonomía al saber filosófico, consistente en investigar la verdad por medio de la razón y no de los sentidos. Esa autonomía incluso ya se expresa en prosa y no en verso, que era lo propio de los primeros pensadores aún emparentados con la poesía; mientras que el diálogo de Platón se ofrece como la transición entre

el verso poético de los primeros y la prosa científica de la filosofía, propia de los escritos de Aristóteles.

Platón y Aristóteles reconocieron que el asombro fue la fuente del pensar y pensar verdaderamente, para ellos, era superar ese origen; pensar se convierte en “conocer” y conocer era ir tras la verdad de las cosas, era saber sus causas, su razón y su motivo, para que ya no nos asombren con su presencia. Cuando la filosofía formula preguntas está pensando en las respuestas y no en las preguntas mismas; los filósofos han procurado, por lo general, responder a las preguntas con la verdad, y han tratado de formular sus respuestas para enseñarlas; concibieron entonces a la filosofía como ciencia, esto es, como saber verdadero y comunicable.

La poesía no podía aliarse con la filosofía porque, al contrario del saber filosófico, vive del asombro, del pasmo permanente por su misterio, por lo que ellas son con su presencia en el mundo de los hombres, y no por su verdad objetiva y verificable. La poesía menos podía permanecer al lado de la filosofía después de la desvalorización gnoseológica, ontológica y moral a donde la condujo Platón, cuando la consideró enemiga del orden racional de la República y corruptora del buen juicio, y a los poetas una amenaza para su estabilidad y armonía. En cambio, el nuevo saber, la filosofía, no es obra del delirio, de la locura y entusiasmo divinos; a los filósofos los dirige la razón, mientras que los poetas hablan como locos, como iluminados y poseídos, insiste Platón en recordárnoslo (*Ión*; 533e-534a). Antes del triunfo de la filosofía como saber verdadero, como *episteme*, el entusiasmo poético era la guía de la vida, era la única fuente de saber y autoridad de los hombres y de los pueblos, pero ahora *no*, que el entusiasmo, despojado de su carácter divino, terminó degradado en pasión humana, en puro “arrebato dionisiaco” que cuanto más se hunde en los irrefrenables impulsos de la naturaleza, más lejos está de alcanzar el auténtico conocimiento de la verdad de los objetos, y cada vez más se aleja de la cura racional y lógica que promete dar la filosofía. El alma de los hombres, o la del mundo, ya no es de fuego, como dijo Heráclito que era, sino que ella ahora está impulsada por el imperturbable y frío aliento de la razón que ofrece llevarnos a la contemplación de la verdad.

Los filósofos griegos introdujeron la distinción entre entusiasmo y conocimiento y, por consiguiente, entre poesía y saber, en consecuencia, en el lenguaje poético ya no habla ninguna divinidad y así, en el siglo VaC, la palabra *poietes* (poetas) sustituye a la antigua *aoidos* (cantores), con la que se conocía

la actividad de los aedos anónimos que, inspirados por la naturaleza y los dioses, iban de sendero en sendero dando a conocer, mediante la palabra poética, los sucesos de los hombres, de los héroes y los dioses, que constituían el alma misma del pueblo griego. Las nuevas palabras *poiesis* y *poietes* vienen del verbo *poiēn* (hacer) y se refieren, más bien, al hacer *poiético*, productivo del hombre; de ahí que la poesía ya no es resultado de ninguna “inspiración” o “revelación” divina como fue el poema de Parménides, sino del hacer del hombre. Siendo obra humana, es sometida a juicio crítico, pues ahora lo que hacen los hombres que lo juzguen los hombres. Desdivinizada y humanizada la poesía se vuelve objeto de la crítica, puede ser confrontada con la verdad y convertida en objeto de saber profano; así, además, el entusiasmo ya deja de ser inspiración de los dioses, al revés, los dioses aparecen como producto de los delirios de los poetas. Con la palabra *poiesis*, sin embargo, se gana en que ella evoca todavía la vocación constitutiva del poeta, que consiste en producir, traer a la presencia lo que aún no está, sacarlo de la oscuridad del mundo cuyo lenguaje es silencioso, a la palabra hablada.

Por ello, si se ven empujados al nuevo ámbito, el de la razón y el de la verdad proposicional y lógica, los poetas sienten la opresiva presencia de sus antiguas palabras, dichas por boca de Homero -y Solón y Aristóteles repiten- que “ellos mienten demasiado”. Efectivamente, los poetas seducen, despiertan pasiones con versos, cuya forma expresiva no es la de la proposición o del enunciado lógico que puede ser confrontado con un contenido, o referido a un significado; en el decir poético la metáfora vence al concepto; ella no expresa el argumento filosófico o el enunciado científico, sino que es un bello decir que conmueve a los hombres y les muestra o les presenta, como quien dice, “en persona” a las cosas. La poesía no se angustia por conocer hasta el detalle las cosas, no explica ni pretende enseñar nada sobre ellas, no afirma su verdad o falsedad, y los poetas se muestran reacios a conocer “la verdad” filosófica, porque ésta surge a costa de liquidar el ser de las cosas en su devenir, como ya tuvimos ocasión de mostrar en otra parte. Mucho mienten los poetas, es verdad, pero “nosotros –contestan- sabemos también demasiado poco y aprendemos mal: por ello tenemos que mentir” (Nietzsche. *Así habló Zaratustra*, 1978:189).

El saber de los poetas no vive de la iluminación racional, de lo puesto bajo el foco de la claridad argumental y lógica; su saber sigue alimentándose de la otra cara de la realidad, del misterio, del asombro y del prodigio que representa el que las cosas sean como son. Que los dioses, el mar, el ciervo, el monte, el árbol y el hombre sean lo que son, eso es lo que cantan los poetas sin pre-

tender ir más allá a donde llega la filosofía, a querer resolver la pregunta ¿por qué son lo que son?, ¿por qué son como son? La poesía es melancolía por el origen, se queda en la fuente del saber y del pensamiento, pero no persigue sus frutos; no le interesa aprender nada que disuelva las cosas en conceptos y en verdades permanentes; por esto, el poeta, visto desde el saber racional “mente demasiado”, pero él sabe de su apego a otra verdad, nada menos que al vibrar de las cosas y su presencia concreta en el mundo, a su llamarnos la atención o a su atemorizarnos; él goza con su desbordante belleza. También sabe que las cosas se muestran en imágenes que él acoge en su canto. Esta es la mejor manera como los hombres podemos saciar nuestras incontenibles pasiones y enfrentar los extremos oscilantes de la vida, que nos hacen pender de la cuerda tendida “entre” el logro y el deseo, “entre” la alegría y el dolor, “entre” la pena y la fortuna, “entre” lo bello y lo espantoso. Aristóteles sabía muy bien que todo ser es movimiento, es oscilación entre extremos, pero le puso como tarea suprema a la filosofía detener dicho movimiento en la pura contemplación teórica de la verdad. Sin embargo, el poeta sabe, a su vez, que además de la verdad entendida como la correspondencia entre lo que se piensa y lo que se percibe, existe otra dimensión en la cual ella es mostración, franqueza, falta de encubrimiento (Gadamer) y desocultación (*aletheia*).

Lo que seguramente condenó a la bruja de Blancanieves fue haberse asomado al espejo de la verdad propositiva, en lugar del espejo de la verdad poética; por eso ante su insistente pregunta: espejito, espejito ¿quién es la más bella de las mujeres?, siempre obtuvo por contundente y nada asombrosa respuesta el único modelo de belleza posible con el que era comparada: la de Blancanieves. Si ella se hubiese asomado al espejo de la verdad poética, éste, en verdad ahora sí convertido en mágico, seguro le contestaría: no hay un modelo de belleza universal, no hay, entonces, mujeres más bellas que otras, todas, tú entre ellas, lo son si así lo desean y si ese deseo lo presentan al mundo con humana autenticidad. Cuando la bruja, sorda de la ira, volvió añicos el espejo no oyó lo que al final dijeron cada uno de sus trozos: no hay una única manifestación de lo bello, sino múltiples y diferentes bellezas.

Pensamiento y ocultación

Con la Época Moderna el pensamiento filosófico apareció asociado a la voluntad de dominio y de poder del hombre sobre la naturaleza y las cosas,

por lo que derivó en ciencia y en técnica. Es la época en la que la falta de pensamiento se hizo más visible y mucho más penosa para el hombre la ausencia de los dioses. Pero es una verdadera afrenta para nuestra época decir que no piensa, cuando precisamente lo que más la caracteriza es el despliegue incontenible de la inventiva técnica, de la abrumadora dedicación a la actividad investigativa y de la agobiante presencia de nueva información. El conocimiento científico muestra un desarrollo que parece ilimitado, cuyo máximo despliegue son los avances tecnológicos que cada día nos maravillan más. ¿Cómo, entonces, atrevemos a decir que la época actual, la de la ciencia y la técnica, está falta de pensamiento? ¿No es mayor el atrevimiento afirmar que también la filosofía, ahora transformada en ciencia o en su auxiliar, en técnica del pensar, ya no piensa? ¿Si los filósofos, que tienen por oficio profesional vérselas con pensadores y pensamientos, no piensan, entonces quién? ¿No es acaso la capacidad de pensar la que precisamente establece la diferencia entre el hombre y las bestias? Es preciso, entonces, aclarar todo esto para continuar.

La época actual se niega a aceptar que no piensa y lo prueba mostrando su capacidad para planear las cosas, para preverlas, para calcularlas y ponerlas en una cadena de acciones y razonamientos que finalmente llevan a una meta predeterminada. La época actual, entonces, entiende pensar con *calcular* las cosas, con ponerlas al servicio de los planes y proyectos del hombre, en sacar de ellas el máximo provecho y en poner el conocimiento al servicio de lograr éxito en las empresas que se propone. Pensar también es, para ella, explicar la verdad de las cosas, “hacerlas comparecer ante el tribunal de la razón” como dice Kant, para mirar objetivamente lo que significan, sin dejarnos arrastrar por las pasiones, por las impresiones subjetivas y caprichosas que todo lo falsean. Pensar, en cambio, para el sentido que aquí se le otorga es disfrutar, gozar la cercanía de las cosas; gustarlas, saborearlas (*sapere*) y acogerlas como lo otro con quien entramos en diálogo, tal como un niño entra en relación con el oso de peluche, que acaricia, abraza y le da cariño, o sus juguetes que les dispensan compañía y lo protegen de la soledad y el miedo.

Por contraste, el pensamiento metódico y calculador, dependiente del conocimiento de causas y de leyes invariables, caracteriza la época moderna. No busca gozar las cosas, sino aprovecharlas y llegar a su verdad objetiva, y si ello no se puede conseguir, al menos se ofrece como la vía segura para buscarla. El proceso metódico, en últimas, persigue enseñorearse sobre las cosas, conquistar el mundo, alcanzar el dominio, y el control “global” se dice hoy, y para ello es preciso no permitirles a las cosas ser lo que son. El bosque no es

bosque, es un enorme reserva de madera; una gran veta de carbón ya no es el campo que antes era, mucho menos puede ser algo que “tiemble de pasión”: “Y hay días en que somos tan fértiles, tan fértiles/como en abril el campo, que tiembla de pasión;/bajo el influjo pródigo de espirituales lluvias,/ el alma está brotando florestas de pasión”. La luna, el sol, las estrellas son puntos matemáticos en el espacio y no nuestros compañeros del día o de la noche, amparo de nuestras penas o alegrías; menos aún las estrellas pueden ser las del poema: “Y hay días en que somos tan sórdidos, tan sórdidos/como la entraña oscura de obscuro pedernal; /la noche nos sorprende, con sus profusas/lámparas,/en rútilas monedas tasando el Bien y el Mal” (Barba Jacob).

Para el pensamiento calculador éstas son meras fantasías de los poetas que alegran y decoran la vida, pero la verdad de lo que son los astros la tiene él; la utilidad del campo, del bosque y el río las descubre él. Los artistas y los poetas son personajes poco prácticos, aunque tolerados porque le dan brillo a la cultura de una sociedad, que enseñan o hacen obras bellas, pero no pueden ellos explicar las cosas; ni lo que hacen es muy útil para ganarse la vida o para acceder al poder tan necesitado de expertos. “De sueños turbios y versos claros estaba loco:/¡Dios lo perdone!/Tanto vagar.../Tanto soñar.../Tanto anhelar.../El pobre hombre se fue arruinando poquito/a poco/ y al fin ha muerto...” (Barba Jacob), es lo único que se atrevería decir el pensamiento calculador en la muerte del poeta, y además lo dice a través del poeta mismo porque ese pensamiento no lo podría expresar en verso como mejor suena, él apenas se inclina por los enunciados lógicos y argumentativos. El pensamiento calculador, la ciencia y la filosofía científica “no piensan” las cosas, “hacen investigación”, las convierten en objetos de conocimiento y las transforman en entes disponibles para sus planes técnico dominadores. Aún más, para la ciencia todo lo desconocido y misterioso lo es no porque de suyo lo sea, sino por ilusiones y engaños del hombre o porque aún no se ha descubierto el camino para explicarlo. Lo misterioso o desconocido pierde su carácter secreto y es transformado en un reto investigativo y en un desafío a la inventiva técnica del hombre.

El pensamiento calculador debe andar, por su dependencia de la voluntad de verdad y de dominio, muy despierto y atento a toda oportunidad de incremento de conocimiento y de expansión de su señorío sobre la tierra. “El filósofo concibe la vida como un continuo alerta, como un perpetuo vigilar y cuidarse. El filósofo jamás duerme, desecha de sí todo canto halagador que pudiera adormilarle, toda seducción, para mantenerse lúcido y despierto. El

filósofo vive en su conciencia y la conciencia no es sino cuidado y preocupación” (Zambrano, 1996: 35). La poesía, en cambio, es ensoñación; es abandono en medio de las cosas, es cierta dejadez de lo que preocupa al investigador, es estar libre de realidades superiores, situadas por encima de la sencillez de las cosas: libre de tener que ir tras los conceptos, de ir en pos de objetos de conocimiento, del éxito o de la meta calculada.

El poeta, antes de la emergencia del saber racional, sabía muy bien el peligro que correría la supervivencia del hechizo de su canto si alguien lograba dominarlo y someterlo, y ese alguien sería quien tuviese la plena lucidez como la ofrecida por la filosofía. Platón tuvo razón cuando dijo que la disputa entre poesía y filosofía era muy antigua, ocurrió antes del triunfo de la filosofía. Ulises, salido del propio reino de la poesía, era ya la encarnación anticipada de las artimañas que el pensamiento calculador iría a utilizar para dominar el canto poético. Él, después de tapar con cera los oídos de sus compañeros de viaje, se hizo atar fuertemente al mástil de su nave para oír seguro la voz de las sirenas, “que encantan a cuantos hombres van a su encuentro”. Ulises pudo, entonces, oír el canto, pero sin que lo hechizara y se perdiera en él; lo mismo hace la ciencia poética cuando estudia la poesía, se queda con su música, pero es incapaz de penetrar su esencia; la lingüística cuando estudia el lenguaje; la antropología cuando estudia el hombre; la biología la flor, y la filosofía el pensamiento. Nada de lo que era permanece como lo que es, las cosas son representadas ahora como objetos de conocimiento para hacerlas entrar en los planes calculadores del hombre, en temas de disciplinas especializadas y en motivo de orgullo y ostentación de las autoridades en el asunto.

Nietzsche vio que mientras la voluntad de dominio acompañara al hombre en su trato con el mundo, difícilmente descubriría lo que es pensar y poetizar, convencidos los modernos de que pensar es no dejar ser las cosas, es avasallarlas, acabarlas para convertirlas en mercancías, en representaciones matemáticas, en conceptos, en objetos de conocimiento, en aparatos técnicos o en baratijas que se gastan y se cambian. Ulises con seguridad resultará experto en el canto poético de las sirenas, pero jamás conocerá la poesía misma; la filosofía podrá ser experta en lógica y pensamiento, hará filosofía, pero mientras pretenda conseguir la precisión, no podrá acceder al pensar; y la ciencia explicará todo cada vez con más detalle, hará investigación, pero lejos estará de comprender qué son, en verdad, los asuntos y cosas humanas. Entonces ¿si lo que hacemos echando mano de la razón, lo que mejor nos define, no es pensar?, ¿qué es pensar?

¿Qué significa pensar?

Pensar es un oficio más simple, menos publicitado y útil que el de la ciencia y la filosofía. Pensar es actuar con serenidad ante las cosas, de suerte que, conteniendo nuestros ímpetus avasalladores, les permitamos a ellas ser lo que son. Él no está al servicio del conocer, sino de la libertad del pensamiento, de la voluntad para proteger y ofrecer abrigo a los asuntos humanos y, con ello, también abrigar a la humanidad del hombre mismo. “Porque el pensar, ciertamente, es algo muy especial. La palabra de los pensadores no tiene autoridad, ni conoce autores en el sentido de los escritores. La palabra del pensar es pobre en imágenes y no tiene atractivo. La palabra del pensar descansa en una actitud que le quita embriaguez y brillo a lo que dice. Sin embargo, el pensar cambia el mundo” (Heidegger, 1994: 199)

Pensar no aniquila las cosas; no es ir disponiendo de ellas como se nos antoje, no es hacer investigación o filosofía como el trajinar con datos escolares o académicos. Suena extraño, entonces, oír decir ahora que el pensar “cambia el mundo”, cuando siempre se ha emparentado con la teoría, por lo que, además, tiene un aparente carácter inactivo. La tesis 11 de Fierbach decía que “los filósofos no han hecho más que interpretar el mundo, cuando de lo que se trata es de transformarlo”; tesis que animó las grandes revoluciones sociales de los siglos XIX y XX dado que, en realidad, era una invitación a la práctica en momentos en los que los pueblos, necesitados de soluciones a grandes problemas sociales, se sentían saturados de especulación y teoría. Y decir ahora que pensar es dejar que las cosas sean lo que ellas son, ¿no es volver a viejos tiempos ya superados en los que imperaba la pura especulación?, ¿cómo puede un pensar, así entendido, cambiar el mundo?

Este pensar es más sencillo; no tiene demasiado prestigio, ni impresiona tanto como el pensamiento calculador; no sirve para salir adelante en los negocios, no aporta nada útil y, sin embargo, transforma el mundo. ¿En qué lo transforma? “Lo cambia llevándolo a la profundidad de pozo, cada vez más oscura, de un enigma, una profundidad que cuanto más oscura es, más claridad promete” (Heidegger). Pensar transforma las cosas cotidianas y familiares en un enigma, descubre la hondura y oscuridad de las cosas cuando son en verdad las cosas del hombre; es retornar a la fuente de todo pensamiento, al asombro mismo de cuyo fondo brotan las cosas que tienen sentido para lo que cada uno de nosotros hace. Este pensar no produce nada técnico y, sin embar-

go, es acción porque es el modo de ser más fundamental en el mundo; es amar las cosas y las otras personas merced a las cuales uno vive, por eso uno piensa tanto en aquello que ama. Cuando las cosas de consumo se malogran o se extravían, dado que pueden ser reemplazadas sin problema uno no piensa tanto en ellas, en su propia condición de cosas, sino en su mera utilidad o en el dinero que perdió. En cambio, las cosas y los seres queridos, que lo acompañan a uno en la existencia, cuando faltan jamás dejamos de extrañarlos. Pensar es habitar el mundo y el mundo se habita descubriéndolo como el lugar de todas las posibilidades de ser; descubrimiento que también es obra del pensar, pues éste muestra lo que tienen de entrañable las cosas para el hombre y muestra el ser de cada cosa.

Pero en estos tiempos de dominio de la tecnología de las comunicaciones, la gente no quiere quedarse con las cosas, y ellas ejercen cada vez menos influencia en la formación de nuestra identidad. La identidad pertenece ahora a la información. Además, el vínculo con los lugares, las cosas y las personas depende del acceso temporal a redes y plataformas (Byung-Chul Han); las cosas ya no son cosas, sino información, datos y algoritmos (el metaverso). El libro electrónico, para tomar un ejemplo, no es una cosa con una textura, una forma, una presencia física, que registre belleza y huellas del paso del tiempo; que conserve una historia de relación personal con un lector o con distintos lectores. El libro electrónico es la información que transmite, pero no la vida que en la cosa libro palpita. Pensar en ello nos impulsa a cuidar de que el olvido no cubra del todo esta experiencia que se va perdiendo, y también atender al hecho grave de que las personas reales y las cosas del mundo fáctico se están disolviendo en mera información.

Aunque el pensar no prescinde de la ciencia, de la técnica y de la filosofía, hay que asumirlas como otros modos de ser del hombre en el mundo a los que es preciso decir no, cuando intentan invadir el humano habitar sobre la tierra. En todo caso, siendo imprescindibles, no son los más fundamentales, ni los únicos modos de ser pensante que tiene el hombre; ni el camino del conocimiento racional que siguen es el único de acceso a la verdad de las cosas.

El pensar permite captar lo otro de las cosas no perceptible ni por los sentidos ni por la razón, lo conduce al lenguaje y le otorga nombre, en vista de que las cosas solo existen cuando son llevadas a la palabra. Lo propio del pensador es la palabra, es el decir, así como lo propio del escultor es el obrar con la piedra y el metal, o el pintor con el color. El arte, además, no coge la materia

como materia prima de trabajo que se gasta con el uso, sino para que luzca en la obra; que el color sea color, que el mármol brille como el mármol que es y como tal permanezcan en la obra. El arte no trabaja con la verdad científica del color o del mármol, que seguro se expresará en fórmulas químicas o físicas, pero con ella no podrá hacerse arte plástico, es decir, una pintura o una escultura. El pensar, en el mismo sentido del arte, echa mano del lenguaje como el lugar en donde mejor brilla el ser de las cosas y desde donde ellas tocan la intimidad del hombre, y no como instrumento de comunicación, ni como objeto de estudio de la lógica o la gramática.

La vecindad entre pensar y poetizar

La vieja disputa entre filosofía y poesía; entre pensamiento y poesía o, en términos modernos, entre ciencia y poesía, es la disputa por quien tiene la primera y última palabra sobre las cosas. Si la filosofía que tomó, recordémoslo, lo sagrado, *el logos* o *la physis* y lo designó siempre por un único término: idea, substancia, yo pienso, saber absoluto, conciencia pura, hecho, etc., es decir, la verdad; o la poesía, que a eso sagrado lo invocó con múltiples imágenes nombradas como dioses, o con nombres sencillos de río, cielo, montaña, bosque o mar, es decir, los nombres de los que el hombre se vale para poder existir en medio de las cosas.

Como ocurre con el pensamiento, el elemento esencial de la poesía también es el lenguaje y mediante él, los poetas desde Homero les han dado presencia a muchas cosas, al ponerlas a la luz de las palabras. Sin pensamiento no hay lenguaje, sin poesía tampoco. Las palabras de los hombres han sido reclamadas al poeta por los dioses, en virtud de que éstos no pueden ser directos al hablar, porque las palabras de los dioses son como terribles rayos que aniquilan a los mortales, por eso solo se pueden expresar por señales silenciosas. El único ser que tiene el don de la palabra sonora es el hombre y a él acuden los dioses, en procura de que su mensaje se oiga y llegue a todos; y entre los hombres, únicamente los poetas pueden ser sus intérpretes y, por ello, también sus mensajeros. “-¿Qué es poesía? –inquire nuestro poeta Barba Jacob- /El pensamiento divino/ hecho melodía humana...”, responde.

Y ¿en nuestra época a quién importan las palabras del poeta cuando los dioses, quienes las reclamaban, han huido? ¿Por qué son ellos, con sus palabras y cantos, los intérpretes de los mensajes divinos? ¿Qué cosa especial dicen

sus palabras? Distinto a los dioses griegos y al Dios de las grandes religiones monoteístas del mundo, cuya presencia real y efectiva sentían o sienten los creyentes de las correspondientes épocas, nosotros no hablamos de dioses en sentido religioso. Dioses para el poeta Hölderlin, son las distintas figuras latentes y ocultas en las que se nos manifiesta la naturaleza, entendida no como el concepto matemático o el objeto calculable de la ciencia, sino como la *Physis* de los griegos que ilumina todas las cosas que aparecen; las ilumina como apariencias detrás de las que ella misma se oculta. Dioses son todos los rasgos no visibles de las cosas naturales. Ellos, por lo tanto, brotan de la naturaleza con todas las cosas, por eso el poeta Hölderlin la llama lo *Sagrado*, porque “es más antigua que los tiempos y está por encima de los dioses”. La Naturaleza es lo Sagrado y no los dioses quienes, más bien, encuentran en ella su origen y su morada, lo que evidentemente nada tiene que ver con la consideración metafísico-teológica que sitúa a un Dios único, como principio supremo de todo lo creado. La divinidad la obtienen los dioses, dice el poeta, por habitar el éter, el alto cielo que todo lo ilumina, por lo que la luz es su medio natural y no una simple cualidad suya. Dado, entonces, que los dioses son los iluminados, ellos traen las cosas a la luz, las hacen claras y las traen a la presencia. Pero, como ya vimos, ellos solo hablan por señas silenciosas “y señales –lo recuerda el poeta- son desde antiguo el lenguaje de los dioses”; entonces es preciso que esas señas suenen en las palabras del canto de los poetas para que él, mediante el poema, anuncie la llegada de nuevas cosas a la presencia, a la luz de lo visible en el mundo de los hombres.

En esta época el pensamiento calculador de la ciencia y la técnica no permite que las cosas hagan presencia como cosas, las convierte en entes, en átomos, corpúsculos o radiaciones; en objetos de conocimiento y cálculo, en objetos de consumo, en aparatos o en materia disponible para la conquista de la tierra. Vale decir, no se les permite mostrarse en ninguna figura, se les mantiene ocultas en lo que son y en este sentido preciso decimos que los dioses huyen del mundo. Pero como ellos no pueden disimular el extraordinario acontecimiento de su huida, siempre dejan sus rastros, sus señas impresas en las cosas; es labor del poeta atenderlas y darles la palabra apropiada para que surja el ser de esas cosas, para que ellas se instalen en el mundo y conjuren el peligro en el que hoy se mantienen, de que no se les permita ser lo que son.

¿Para qué, entonces, poetas en tiempos de penuria?, se pregunta el poeta; para que los mortales no nos quedemos sin las cosas que los dioses iluminan en provecho de nuestro humano habitar el mundo. Y, preguntamos nosotros,

¿para qué pensadores en tiempos de máximo despliegue del saber científico y de perfección técnica?, para que también se ocupen de proteger el ser de las cosas, pensando en lo que la ciencia, ocupada de la investigación, no piensa; permitiéndoles ser las cosas que son y que la técnica convierte en entes dispuestos para el dominio. Y el pensador descubre lo digno de ser pensado en las palabras del poeta, más que en los enunciados lógicos de la ciencia o en el cálculo de los planos de la técnica. De ahí que Heidegger, al comienzo de su *Carta sobre el humanismo*, dijera que “el lenguaje es la morada del ser, y en ella habita el hombre; poetas y pensadores son sus guardianes”. Así, cada vez que las cosas del mundo corren el peligro de ser encubiertas por los lenguajes corrientes o técnicos, en el ambiente se siente que algo sucede, que algo falta y es necesario; se experimenta la pesada sensación de que algo grave ocurre y “da que pensar”. Cuando las cosas llegan a ese extremo también “es bueno pensar en el vecino, en aquel que habita en la misma cercanía” para que, de alguna manera, acuda en nuestra ayuda. De esta manera los poetas piensan en los pensadores y éstos en aquellos, porque poetas y pensadores se mueven en el elemento del decir, habitan la misma comarca del lenguaje y por ello son vecinos cercanos en el mundo.

Poetas y pensadores, aunque vecinos, habitan cumbres distantes (Hölderlin), y para ser vecinos cada uno debe conservar su condición, su diferencia, ya que no se trata de que la poesía se convierta en un tratado teórico, o de que sólo valga por enseñar, moralizar o por dar conocimiento, ni que las palabras del pensador se vuelvan poesía. El poeta requiere del decir profundo del pensador y éste de la cercanía a lo sagrado a donde lo conduce la poesía. Cuando se usa la poesía como medio de propaganda o consejería, o como medio de información se vuelve mala y superficial poesía, es decir, literatura en la que todo poetizar se esfuma. Mientras que la poesía es, como dice Paul Valery, “el paraíso del lenguaje”, el pensar piensa el ser de las cosas que el lenguaje poético acoge.

Los amigos de la casa

Ser poeta en tiempos de indigencia, es decir, en tiempos como el nuestro en el que los dioses han huido y en el que “la noche del mundo extiende sus tinieblas”, es ser amigo de la casa que habita el hombre, y el amigo de la casa sabe que la vida de los mortales está esencialmente determinada y sostenida

por la palabra (Heidegger). El poeta, el amigo de la casa, cuida que el hombre no deje de atender las cosas sencillas que le dan profundidad a su existencia; que no se pierda en el vértigo del consumo, ni termine esclavo de la técnica o creyendo que la lacerante luz del saber objetivo es la que ilumina el sentido de vivir.

Por eso “el reflejo del sol, que la luna suaviza y remite a la tierra, constituye, en su calidad de reflejo, la imagen del decir poético confiado al Amigo de la Casa, y lo mismo que la luna, general en jefe de los serenos, el Amigo de la Casa permanece en vela durante la noche. Vela el buen reposo de los habitantes, atento a lo que puede amenazarlos y perturbarlos” y “gracias al lenguaje permanece abierto el campo en que el hombre habita la casa del mundo, sobre la tierra, bajo los cielos” (Heidegger).

El mundo que habita el hombre no mienta aquí los entes materiales que hay en la tierra, ni siquiera las edificaciones, porque habitar no es ocupar un espacio; el hombre habita “poéticamente sobre esta tierra” con sus amores, sus sueños, esperanzas y temores, por eso el habitar humano tiene el sentido de peregrinar, caminar por la vida y permanecer “*entre* el cielo y la tierra, *entre* el nacimiento y la muerte, *entre* la alegría y el dolor, *entre* la obra y la palabra” y si llamamos *mundo* a este cuádruple “entre”, resulta que el mundo es la casa que habitan los mortales. Y cada vez que algo hacemos o algo nos ocurre, siempre queremos ser como otro, nunca sentimos plenamente realizado nuestro obrar: pensamos que lo hecho pudo ser mejor; si decimos algo, creemos que pudimos haber dicho algo más; si enfermamos, deseáramos no estarlo; si algo deseamos, qué bueno sería poder tenerlo, o quizás no desear nada para no lamentar ninguna carencia. Esto es así porque siempre nos medimos con algo *superior* a nosotros (deseamos ser *más* o hacer *más* que lo que somos y hacemos), con los dioses, los únicos que no enferman, ni tienen deseos, y si los tuviesen, podrán satisfacerlos; de ahí que los mortales habitemos sobre la tierra y bajo el cielo, pero no solos, porque también los dioses nos acompañan, sin olvidar que *dioses son las cosas* vistas por la inocente mirada del poeta y la serena inquietud del pensador, transfigurando y haciendo aguda la mirada habitual, cotidiana, indiferente de todos los días; a cambio de la exclusiva mirada de la ciencia y la técnica que no las ven como las cosas que son. Ahora, cuando el orden terreno está siendo sustituido por el orden digital, conviene acudir a poetas y pensadores para cuidar de que a las cosas finalmente no se les imponga la creciente digitalización que las viene disolviendo, como no-cosas, en bits de información. Porque los dioses huyen cuando, a cambio

de habitar la tierra y el cielo, solo frecuentamos Google Earth y la nube y, entonces, “el mundo se torna cada vez más intangible, nublado y espectral. Nada es sólido y tangible” (Byung-Chul Han)

Dioses son las cosas en las que se asoma la naturaleza natural, no la naturaleza de la ciencia. El sol, la luna y las estrellas puede que sean los de todos los pesados días de trabajo y de la noche de descanso; puede que sean lo que Copérnico, Galileo y Newton han dicho que son. Pero, pregunta el poeta, serán necesarias sus representaciones matemático-científicas, “¿para oír el silencio de la noche?/ ¿Para sentir la fiebre de la tierra?” (Barba Jacob) o quizás sin tales representaciones, pregunto yo a dúo con el poeta, ¿no veremos, en abril el campo, que tiembla de pasión?, ni que ¿la noche nos sorprende, con sus profusas lámparas, en rútilas monedas tasando el Bien y el Mal? Las palabras del poeta aquí no explican nada, no aportan ningún conocimiento científico nuevo, sólo invitan a las cosas a venir al mundo de los hombres para que les presenten su dimensión mágica, lejana y misteriosa, la misma que el pensamiento conceptual y exacto aniquila al lograr su objetividad y exactitud; los pensadores, por su parte, atienden su llegada.

Poetas y pensadores, los amigos de la casa, con su decir disponen todo para que se junten la tierra -es decir, el canto, el sonido de las palabras- con el cielo -esto es, el sentido de esas palabras, lo no-sensible, lo espiritual. Así, con el decir poético y pensante, se juntan sonido y sentido, la tierra y el cielo, y cuando ese decir nombra a los dioses, también los invita a venir, o, dicho de otra manera, convoca la presencia mágica de las cosas para que estén cerca a los hombres quienes, a su vez, llaman a los amigos a entrar en su mundo. La tierra, el cielo, dioses y mortales conforman el mundo que el hombre habita y que ha sido dispuesto por la palabra. Recordemos de nuevo: “el lenguaje es la morada del ser y en ella habita el hombre; poetas y pensadores son sus guardianes”.

Poetas y pensadores saben que la medida, la dimensión, de ese habitar nos la da el espacio intermedio entre la tierra y el cielo**, entre el sonido y el sentido, de suerte que el valor de las cosas y de las palabras no se mide por el

** Zaratustra, recordando a Hamlet, decía: “Y todos los poetas creen esto: que quien, tendido en la hierba o en repechos solitarios, aguza los oídos, ése llega a saber algo de las cosas que se encuentran entre el cielo y la tierra.

¡Ay, existen demasiadas cosas entre el cielo y la tierra con las cuales sólo los poetas se han permitido soñar! Hamlet decía a Horacio acto 1, escena 1: “Hay algo más en el cielo y en la tierra, Horacio, de lo que ha soñado tu filosofía”.

cálculo matemático, ni por el ruido que hagan, ni por el lenguaje de la publicidad, ni por la autoridad derivada del mayor conocimiento o desmedido dominio tecno-científico sobre ellas, sino por algo más simple que todo eso, por el valor existencial que tengan para nosotros. El pensador es quien se encarga de mantener vivo ese sentido y de proteger su cercanía cotidiana y familiar en el existir humano, donde encuentra refugio la profundidad de las cosas que son para el mundo humano, y no las mercancías, que van y vienen, que aparecen y desaparecen, en que terminan convirtiéndose en el mundo productivo donde de ellas dispone el sujeto dominador, el sujeto consumidor en lo que también acaba siendo el hombre.

El otro amigo de la casa, el poeta, hace ver que la poesía es una forma develante de la verdad, cuyo decir poético nos guía a nosotros los mortales para que, en medio de la noche del mundo a la que asistimos, encontremos refugio en nuestro peregrinar por los senderos que despejan los cuatro entres señalados; el amigo de la casa es “el poeta que reúne el mundo en un decir cuya palabra es un reflejo dulcemente atenuado y bajo su resplandor el mundo aparece como si fuera visto por vez primera” (Heidegger). El mundo, visto de esta manera, es donde, como en la modesta estancia de Heráclito, “también se presentan los dioses”.



*Participantes en el homenaje a Carlos-Alberto Ospina H. Escuela de Filosofía,
Universidad de Caldas, 10 de junio de 2022*

¿Es posible la filosofía del arte sin estética?

Carlos-Alberto Ospina H.

Cuando las palabras mágicas “ábrete sésamo” fueron pronunciadas, los hombres desde tiempos remotos ya pintaban figuras en las superficies de las rocas y cavernas, practicaban ritos que, por medio de cantos y danzas, convocaban y hacían presentes fuerzas y seres naturales; pero también poderes, energías y espíritus superiores que poseían la misma consistencia ontológica de las cosas naturales, todo lo cual era determinante para sus vidas.

Las imágenes pintadas, o evocadas por los rituales y el lenguaje, se confundían con el mundo real, dado que ellas mismas eran reales y afectaban al hombre, tanto como éste, mediante tales imágenes, se comunicaba e incidía de manera efectiva en el mundo real. Pronunciar las palabras y crear imágenes, era estar metidos en la propia realidad; decir “ábrete sésamo”, era asegurar ya que la gran mole natural permitiera el acceso a sus entrañas, donde ocultaba incalculables tesoros. No existía ninguna diferencia entre un mundo mágico y uno real, entre ilusión y realidad.

Siguiendo una ilustrativa sugerencia de Gombrich en su famosa obra *La historia del arte* (2008, 40), imaginemos por un momento tener entre nuestras manos el retrato de un ser querido o en el periódico reconocemos el de alguien conocido, ¿disfrutaríamos pinchándoles los ojos con un alfiler?, ¿sería indiferente ha-



cerlo en cualquier otro sitio neutro del papel?, por supuesto que no. Sentimos reparos en herir la imagen. De alguna manera sigue existiendo en nosotros el absurdo sentimiento de que al hacerlo estamos perjudicando a la persona representada, pese a ser plenamente conscientes de que no es así. ¿Si esto nos sucede a nosotros en pleno siglo XXI, qué no habría de pasarles a nuestros remotos antepasados? Para ellos lo real y lo representado eran lo mismo, de manera similar como se cree que, mediante ciertas prácticas de brujería, al punzar un muñeco que representa a una persona odiada le causamos daño a esa persona o en manifestaciones de protesta se golpea, se destruye o quema la imagen de quien es objeto de rechazo.

Nadie discutía la verdad de las palabras de los poetas y los hombres aprendían de ellos lo que debían saber y hacer en la vida. La asistencia del griego al templo para implorar ante los dioses representaba mucho más que una ceremonia, era ir a estar frente a ellos mismos, porque la escultura en piedra ponía a los dioses entre los hombres; y la narración trágica hacía presente, ante los ojos de todos, las vicisitudes propias que experimentamos por estar actuando en la vida. La comunidad participaba de los ritos, de sus fantásticos juegos de ilusión y no existía ese otro mundo que les arrebatará la ilusión, como ocurre cuando los adultos dicen a los niños, que juegan disfrazados a ser león o princesa, “ya no más ruido”, “es hora de acostarse” (Gombrich, 2008, 35). En ambos casos las máscaras y el disfraz hacen presente otro mundo o, más bien, entre los salvajes *actualizan* la dimensión mágica de su propia realidad y a nuestros niños los llevan a vivir otra realidad.

Hasta los griegos, la organización del mundo fáctico en figuras mediante el ritual, la danza, el canto, el mito, la poesía, la pintura o la escultura, constituía el punto de vista que cada comunidad tenía de su propio mundo y ofrecía a los demás como el horizonte visible desde donde ese mundo se podía percibir y comprender. Pero desde cuando se cuestionó la verdad y la realidad de esas figuras e imágenes plásticas se les antepuso otra mirada sobre la realidad, la filosófica, que surgió de tomar de esas imágenes su carácter invisible para la percepción sensorial y sólo captable con el intelecto, mientras que la dimensión empírica y fenoménica fue calificada de apariencia, engaño e ilusión. El suelo común del arte y la filosofía es que son miradas sobre el mundo, pero distintas; y entre las dos, la mirada filosófica se asume como la verdadera o, al menos, la única que se ocupa de su búsqueda y de tratar con la realidad y no con su apariencia.

Ahora con la filosofía, la escultura de Apolo ya no es la presencia del dios mismo, sino su representación, una copia tallada en piedra de la verdadera divinidad; Edipo mismo no aparece en escena, es un actor que lo representa y de quien se juzga si su actuación logró o no crear la ilusión adecuada de representarlo ante espectadores que disfrutaban del espectáculo*. La apariencia no es más el aparecer de la realidad, sino lo que aparenta ser real. Por lo tanto, no había aún un concepto de arte para referir esas configuraciones, la palabra existente era Τένη (tecné), como oficio, como el resultado de una actividad consciente y práctica del hombre; por ello, en lugar de hablar de arte como lo entendemos nosotros, los griegos tenían que dar un gran rodeo para definir esas actividades como clases de técnicas de producción humana de imágenes de las cosas. Dado que las técnicas artísticas eran técnicas imitativas, a partir de los griegos también se comenzó a dudar de la verdad de esas imágenes, porque si no son reales como hasta entonces se consideraban, sino imitación de la naturaleza o de la esencia de las cosas, ésta resulta más verdadera que ellas por ser su fuente original.

La verdad, en consecuencia, no es algo captable sensorialmente, razón por la cual su conocimiento hay que buscarlo mediante una actividad que corresponda a su condición espiritual. La nueva disciplina es la filosofía que debe disputar con el arte un lugar entre los hombres. Si el arte en todas sus manifestaciones venía siendo la única fuente de verdad y lugar de aparición de lo real, la filosofía tenía que mostrarse ahora como la genuina clave para buscar la verdad del mundo. En otros términos, el momento en el que se estableció el *contraste entre la realidad y la apariencia* y se rompió el vínculo espontáneo entre las imágenes mágico-poéticas y la verdad, marca el comienzo común del arte y la filosofía. La realidad o la verdad surgieron como el ámbito propio de la filosofía, mientras que el arte fue confinado al reino de las apariencias, de los juegos ilusorios, las fantasías y el engaño.

Dado que el arte, con sus configuraciones mágico-poéticas, estaba tan enraizado en la existencia y era indiscutible su carácter de fuente legítima de

* La descripción nietzscheana de las fiestas dionisiacas como “festividades de la redención del mundo”, de “días de transfiguración” y “acontecimiento de reconciliación” (Cfr. Nietzsche, *Nacimiento de la tragedia*, 1977, pp. 48-49) responde al hecho de que mediante la *mimesis* se consigue restaurar una unidad perdida a cuenta de una radical transformación de la personalidad de quienes participan del rito y la danza ritual, hasta el punto de convertirse -mediante la acción representativa- en lo que cotidianamente no son, ni pueden ser: dioses o seres extra-ordinarios. Cuando esta representación se convirtió en “actuación”, los hombres no se encarnan en dioses, ellos los imitan, actúan “como si” fuesen dioses.

saber, la lucha de la filosofía para disputarle esa posición tuvo que ser tenaz. Se debía comenzar por deslegitimar las condiciones de su autonomía y prestigio. Platón fue el primero en utilizar una calculada y frontal estrategia de “deslegitimación filosófica del arte” (expresión de Danto) que presenta en dos momentos: 1° El arte es puro juego con apariencias que copian otras apariencias más útiles y necesarias para vivir. Por ejemplo, la pintura de una cama imita la cama hecha por un carpintero, quien a su vez no hizo más que traer a la presencia en un útil sensible la idea de cama, la única verdadera de las tres camas. El artista, por tanto, crea apariencias a partir de apariencias, es decir, ilusiones y sombras que conforman un reino flotante entre la realidad y las apariencias prácticas y útiles. Las obras de arte entonces, por ser ficciones, no sirven ni para el conocimiento, ni para incidir en lo real; con el arte nada cambia en el mundo, es un juego intrascendente e inofensivo y nada más.

2° Paradójicamente, el segundo momento es considerar peligroso al arte porque, cuando “se toma como un juego serio”, seduce y encanta con sus juegos fantásticos, llevando a que los hombres, aún los más virtuosos, se dejen dominar sin reparos por los sentimientos y las pasiones. De esta suerte el arte representa un gran riesgo para el orden racional de la polis.

Con el fin de conjurar tal peligro, la filosofía acude a la racionalización de los sentimientos, ejemplo de lo cual es el propio diálogo socrático, donde asistimos a la representación dramática de la manera como la razón va domando la realidad de la existencia que transcurre en medio de apariencias, pasiones y emociones, al absorberla en conceptos. Nietzsche identificó este momento como *el del socratismo estético* que dio muerte a la tragedia, sobre todo porque a partir de él, despojado el arte de su alcance veritativo, se le asignó la tarea consoladora de mostrar belleza en las apariencias sensibles, como recuerdo de la belleza racional, la de la idea del bien supremo, a la que aspira llegar el saber filosófico.

No es casual que haya sido Platón quien hubiese comenzado la disputa con el arte, ya que con él se inició la filosofía propiamente dicha, mientras que los pensadores presocráticos estuvieron más cerca de la poesía. Los primeros textos serios sobre arte son de Platón y desde ellos se le declara la guerra al arte, pero también se pone de presente la naturaleza guerrera de la filosofía, que a través de la historia se manifiesta cuando “la filosofía se levanta contra la filosofía con casi el mismo grado de antagonismo que encontramos expresado entre la filosofía y el arte, en las fatídicas páginas iniciales de la estética

platónica” (Danto, *The Philosophical Disenfranchisement of Art*. New York, Columbia University Press, 1986, 5). A pesar de la rivalidad entre los distintos sistemas y escuelas de pensamiento, hay un acuerdo unánime entre los filósofos para ver en las pretensiones de verdad del arte, donde se incluye toda actividad ficcional, a su peor enemigo. La historia de la filosofía es la historia de sus intentos por deslegitimar y acabar con las atrevidas pretensiones del arte de no renunciar al terreno de la verdad conquistado ahora con tanto esfuerzo por ella. La sospechosa unanimidad de los filósofos muestra que el enemigo común les parece realmente peligroso en el esfuerzo por apoderarse de las mentes de los hombres.

Mientras la filosofía se ocupa de lo real a través de ideas y conceptos, el arte está alejado de la realidad para entenderse con su representación mimética en apariencias bellas, cuyo acceso es la percepción sensible que es el terreno propio de la experiencia estética. En adelante la filosofía le dice al arte qué es lo real que él tendría que imitar y su historia se convierte en la historia de las teorías filosóficas del arte que prescriben la naturaleza de lo artístico, al que no permiten autodeterminarse. Desde Platón, la filosofía le asignó la función de imitar lo real y, desde entonces hasta el siglo XVIII, se la pasó el arte buscando y perfeccionando las técnicas de representación de lo real para imitar la naturaleza, los relatos míticos, los bíblicos, la vida cotidiana, el poder, los valores morales, etc. Todo un mundo externo a la obra le da sus temas, sin que el artista tenga mucha libertad para ponerlos, ni para establecer la naturaleza de su oficio, dado que la filosofía, la disciplina que sí se ocupa de la verdad de todo, le dictaminó el destino de convertirse en una práctica imitativa, siempre y cuando acepte su condición de ser sólo un medio pedagógico puesto al servicio de verdades más elevadas o una presentación ilusionista que produce placer “desinteresado” (Kant), sin ninguna pretensión de verdad.

La estética fue creada en el siglo XVIII como ciencia del conocimiento sensitivo, independiente del conocimiento lógico, y cuya mayor categoría es la belleza, hasta el punto de que la tarea del arte fue la de aportar belleza al mundo y darle placer a las personas de gusto refinado. Desde Kant el arte bello alcanzó de nuevo autonomía pero esta vez despojado de manera absoluta de sus originales alcances veritativos; mientras que la verdad pasó a ser atributo exclusivo del conocimiento científico. Fue precisamente con Kant y después con los románticos, que el arte y los artistas comienzan a liberarse de tener que imitar en la obra realidades o referentes externos (como los relatos míticos, bíblicos, históricos o morales). La persona del artista se vuelve

más autónoma y lo estético alcanza plenitud y dignidad, porque se refiere al sentimiento vital humano de placer o displacer, de suerte que si juzgamos un objeto como bello es porque sentimos placer al experimentarlo

Con la estética se acentuó el valor de la experiencia y el sentimiento subjetivo de placer frente al objeto bello por encima de la representación mimética, y de ello se derivó el valor alcanzado por la expresión como un nuevo rasgo estético de la obra de arte. El arte ahora es calificado desde la autenticidad y la fuerza expresiva lograda, en lugar del éxito en la imitación. La filosofía crea la estética como remate de la sucesiva deslegitimación cognitiva, práctica y moral a la que ha sometido al arte, desde sus inicios con Platón, para confinarlo al ámbito de las apariencias y los sentimientos. La filosofía parece haber conquistado, por fin, un reino exclusivo al crear a la vez un territorio propio a su influyente enemigo.

No obstante lo anterior, artistas modernos como Van Gogh, Manet y Cezanne se fueron contra los cánones estéticos establecidos y revolucionaron los criterios normativos de lo artístico. Con ellos se dio la destrucción moderna de la forma, ante la cual “ninguna figura idealizada de la naturaleza ni ninguna interioridad descargándose expresivamente presentan ya el contenido del cuadro, [entonces] la imitación y la expresión parecen... fracasar” (Gadamer, *Estética y hermenéutica*, Tecnos, 1996, 84).

Hegel, por lo tanto, pregonó el fin del arte, porque se mostraba incapaz ya de mostrar en imágenes, respuesta a los grandes interrogantes del hombre, o de ocupar el lugar central que tenía en la cultura. Su presencia cósica aporta goce y da placer, pero ya nada dice a la percepción sensible, porque está más destinada al pensamiento. De esta manera Hegel dio el salto de la estética a la filosofía del arte. Hacia comienzos del siglo XX la disolución de las formas y la pérdida de figuratividad, transforman las obras de arte en signos y símbolos en los que se asoma un mundo creado plásticamente, que pide ser interpretado antes que percibido. Se comenzó a hablar (Clement Greenberg) de la pureza de cada arte: que la pintura resalte su carácter plano (*flatness*), que sea en verdad pintura, y no acuda más a los trucos ilusionistas del teatro o la escultura; acabar, por ejemplo, con la perspectiva y preferir la disolución cubista del objeto. Cada propuesta vanguardista crea una teoría para su propia obra y el artista se vuelve cada vez más dependiente de los teóricos y concededores del arte, de los críticos, los historiadores y los filósofos. Por eso, a pesar de los atrevimientos del arte contemporáneo, la filosofía aún se considera su guía y

tutora, porque además todavía produce objetos que cabe situar dentro de una teoría estética dada. Como las obras vanguardistas seguían perteneciendo a la alta cultura, para la que se suponía estaba destinado el arte, se consideró que continuaban atadas a los cánones estéticos modernos de otra manera. Por ejemplo, si de entrada no captamos la belleza de una obra es como si fuese necesario esperar a acostumbrarnos o a aprender a verla, Quien no las entendiera era por ignorancia y falta de sensibilidad y gusto por el arte.

No obstante lo anterior y de que el núcleo de la estética es la percepción sensible de los rasgos artísticos presentes en una obra, Arthur Danto mostró que obras como los *ready mades* de Duchamp a comienzos del siglo 20 o las de Warhol en los años 60, consistentes en objetos perceptualmente indiscernibles de cosas ordinarias y corrientes (una pala de nieve, un orinal, un cepillo para perros, una caja de esponjas para brillar ollas, una lata de sopas, etc) planteaba problemas para los que la alta cultura no estaba preparada (Danto, 2005, *El abuso de la belleza*, Paidós, 58-59). Con esos ejemplos la propia filosofía vio que no era suficiente contar con un concepto de arte, ni tener la capacidad de los expertos, como antes, para percibir sensorialmente la diferencia entre una cosa que es obra de arte y otra que siendo un objeto idéntico no lo era. En otros términos, los cánones estéticos de nada sirven, ni siquiera la salida que dieron los wittgensteinianos para quienes no se requería contar con una definición de arte para percibir “el aire de familia” de las obras artísticas, sin el riesgo de confundirlas con objetos cotidianos o existentes en el mundo. La diferencia saltaba a la vista, pero ahora resultó filosóficamente apasionante descubrir que ningún aspecto externo distingue necesariamente una obra de arte del más común de los objetos o acontecimientos: ¿Cómo lograr no confundir obras de arte consistentes en un arrume de basura o una hilera de ladrillos a la entrada de un museo, con desechos para el basurero o material de reparaciones locativas? La filosofía creyó, y Danto con ella, que sin lugar a dudas el asunto es teórico; es cuestión de teoría, no de percepción o estética, captar la diferencia.

La historia del arte ha sido la de las teorías filosóficas sobre su esencia, teorías que determinaban las normas de creación de las obras en cada época, pero como ahora “cualquier cosa” puede ser arte, la naturaleza del arte ya no es problema para la filosofía y él mismo se libera del tutelaje de ésta. Los indiscernibles perceptuales evidencian que el arte se autodetermina y su mayor descubrimiento conceptual, alcanzado en el siglo XX, fue quizás que “no necesita estar constreñido por consideraciones estéticas”, en virtud de lo cual

los artistas se liberaron “del imperativo de dar solamente lo que fuera bello, y al mismo tiempo liberó la filosofía del arte de la obligación de ocuparse del análisis de la belleza, la cual había sido la preocupación central de la disciplina de la estética desde su establecimiento en el siglo XVIII” (Danto, 2005).

Los filósofos, entonces, según la posición de Danto muy afín a la de Hegel, deben abandonar la pregunta acerca de la naturaleza del arte estrechamente vinculada a criterios estéticos, para abordar otras cuestiones que favorezcan su comprensión teórica. Es como si el arte se hubiera evaporado en filosofía, y la larga historia de la lucha de ésta por deslegitimarlos, haya culminado con su liquidación como objeto artístico para encerrarlos en los terrenos conceptuales de la filosofía. Como dice Danto “la historia del arte es la historia de la supresión del arte”. Efectivamente para él, la historia del concepto definitorio de arte terminó, para usar su ejemplo paradigmático, con la exposición en 1964 en la *Galerie Stable* de Nueva York de las *Cajas brillo* de Warhol, que volvieron del todo inútil cualquier destreza perceptual de experto y la guía luminosa de una teoría filosófica que lo definiera, por tratarse de nuevos objetos expuestos frente a nosotros que no correspondían ni a una expectativa de percepción estética, ni a una teoría canónica que nos dijera que es ser arte. Éste quedó completamente liberado de las formas y cualquier cosa -bonita o fea, de consumo o especial- puede ser obra de arte; ahora lo que importa es sobre todo su significado. Preguntar ¿qué es arte?, se volvió ocioso, la nueva cuestión es determinar cuándo hay arte (Goodman) o cuál es la diferencia entre una cosa ordinaria y otra semejante, expuesta en el museo o exhibida para la venta en una galería de arte. La tesis filosófica de Danto del fin del arte, es la constatación del hecho de que se acabó una norma, un canon fijo y apareció el pluralismo de manifestaciones artísticas en medio del cual vivimos. Por una extraña paradoja, parece como si el arte hubiese logrado liberarse de la filosofía pagando el alto precio de dejar de ser cosa-arte, y ella hubiese conseguido triunfar en sus esfuerzos de sometimiento, disolviéndolo en teoría, o sea, en su propio ingrediente evaporador de lo real.

Al suprimir del arte lo que lo hacía sugestivo y seductor, es decir, peligroso según lo mostró Platón, la filosofía terminó mirando en él aquellas notas invisibles que sólo le interesan al pensamiento teórico y reflexivo. Por su parte, al espectador común, al ciudadano y al propio arte lo que la filosofía diga de él lo tiene sin cuidado. Mientras la filosofía mira con cierto orgullo el logro alcanzado de haber depurado el arte de la estética, éste, a la vez, le ofrece de nuevo a ella problemas sobre su propia identidad. Si la obra de arte que estu-

vo confinada al reino de las apariencias, ahora resulta ser lo mismo que una cosa real, ¿podrá seguir sosteniendo la filosofía, que apariencia y realidad se oponen?

Si la obra de arte no es representación de un tema, ni expresión de emociones y sentimientos, sino que ella se yergue como un mundo propio, como una cosa real por derecho propio y no como el medio de comunicación de asuntos y contenidos que no le pertenecen, ¿en algún momento, no tendrá la filosofía que pensar en qué tipo de realidad, diferente a lo que acostumbra tener por real, es la que ofrece?, ¿qué verdad muestra?

Por más que la filosofía y el mundo institucional del arte nos quieran convencer de que una teoría, un concepto o una idea son obra de arte o de que una teoría es la que convierte una cosa en arte, ¿no es la presencia concreta y real de un objeto físico lo que el ser humano siempre espera encontrar, disfrutar y conservar como obra de arte?

Las respuestas a cada una de esas preguntas, que no vamos a dar ahora, conducen todas a mostrar la imposibilidad de una filosofía del arte sin estética, quiere decir, de una filosofía del arte entregada sólo a emitir juicios o clarificaciones conceptuales sobre el arte y que tome el objeto fenoménico, la obra de arte, sólo como un ejemplo de sus aproximaciones teóricas. Pero también hay que señalar el error, puesto en evidencia sobre todo con el arte contemporáneo, de creer que arte es la cosa bella ofrecida bajo una forma placentera dada a la percepción sensible, al goce sensorial, y no ver también en ella la apertura de un mundo y la instauración de espacios de sentido, vale decir, de realidades que despiertan variados y nuevos sentimientos, pero también significados que amplían la experiencia y el saber humano. La realidad que se asoma bajo apariencias sensibles fantásticas obliga a que la filosofía tenga que abrirse a ella, sobre todo cuando se da cuenta de que desde los tiempos de Platón, y a pesar de sus renovados intentos por reprimirlo, el encanto del arte no se acaba y su poder de seducción sigue vivo. Esto se debe a que el arte algo distinto le dice al hombre y no es mero entretenimiento, ni su contenido son pensamientos prosaicos traducidos a imágenes, como si lo imaginativo fuera mero adorno o decoración de las reflexiones abstractas.

Contra lo que la filosofía cree, el arte nunca ha renunciado a su pretensión de verdad, pues el engaño y la mentira vinculados a la imagen artística representada, son elementos esenciales para expresar una verdad que sólo a la obra le pertenece, la verdad del mundo artístico a partir del cual se transforma

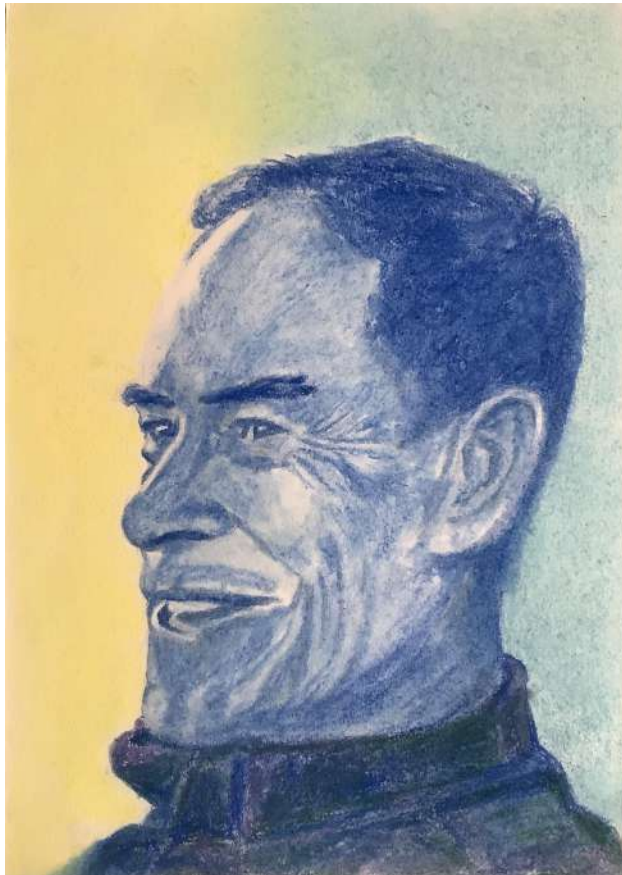
nuestra mirada sobre el mundo real. Con el arte se cumple aquello de que “el que miente quiere que se le crea” (Gadamer). El arte, entonces, le otorga al mundo real, mediante el mundo por él creado, una nueva presencia significativa, dado que su verdad es la verdad de su mundo. Desde ahí transfigura las cosas de las que se vale para mostrarse o las que desde ese mundo comenzamos a ver de manera distinta; una mirada incapaz de conseguir la lucidez de la ciencia e imposible de ser revelada por ninguna verdad enunciativa.

Es cierto que el arte contemporáneo está más vinculado al pensamiento, a la interpretación, al contenido y la verdad, mientras que sus propiedades estéticas, como la belleza, han pasado a un segundo plano, pero no hay duda de que éstas siguen siendo fundamentales. La belleza, en particular, puede que haya dejado de ser un rasgo definitorio del arte, como lo fue durante siglos, hasta comienzos del siglo XX, pero ella es un “valor” humano de primer orden para dar gusto y sabor a la vida. Ella, además, cumple una función retórica de primer orden para la comunicabilidad de la obra de arte, para hacerla atractiva, fuente de gusto y placer.

Dado lo anterior, *la construcción sensible* del símbolo artístico también apunta a otra verdad: la posesión de cualidades estéticas. Tanto por su esencial pertenencia al mundo de las apariencias sensibles como por la belleza. Creer que la belleza ya no tiene nada que ver con el arte surge del error de la filosofía que la mantuvo asociada a lo formal, pero sobre todo a un valor moral, y por ello el arte cargó, durante mucho tiempo, con el peso moral de la tarea de contribuir a formar mejores personas, bajo el supuesto falso de que quien fuera capaz de amar la belleza era moralmente bueno. Pero ante la hipocresía moral de una sociedad que se jacta de su racionalidad, su cultura y su amor al arte, y al mismo tiempo es capaz de matar, de propiciar guerras y de cometer los peores crímenes e injusticias, el arte contemporáneo reaccionó, desde las primeras vanguardias del siglo XX, privando a esa sociedad de la belleza, promoviendo más bien el escándalo, el “mal gusto” y mostrando la fealdad del mundo y de las acciones humanas. Resultaba ahora moral y políticamente reprochable patrocinar la belleza. Pero si la belleza ocupaba ese lugar en la filosofía del arte, era debido “a un error conceptual. En cuanto seamos capaces de percibir ese error, también deberíamos serlo de redimir la belleza nuevamente para su uso artístico” (Danto, 2005, 68).

Vale decir, no es posible hablar de filosofía del arte sin estética, porque el quehacer del arte está conectado con la vida, con el mundo, con nuestra

propia existencia y con la realidad que nos determina, y no puede terminar reducido a la reflexión sobre rasgos esenciales o universales. Mucho menos en el arte de nuestro tiempo que es plural y se asume más conectado con el mundo cambiante, que con valores eternos. Es cierto que la belleza ya no es el señalado atributo estético definitorio del arte, ni ella es hoy el único valor estético positivo, ni el negativo es lo feo, sino que una obra también puede ser sublime, profunda, sombría, dramática, repugnante, interesante, chocante, ridícula, etc. Sin embargo, entre todos ellos, la belleza, no una teoría filosófica sobre lo bello, es quizás el atributo estético que más directamente se conecta con un hecho inherente a la naturaleza humana, con su necesidad de estar bien en el mundo, porque un mundo donde solo impere lo que percibimos como cosas y acciones feas, sería invivible para cualquiera, incluso para quienes imponen la fealdad en este mundo.



Pilar González-Gómez

La Universidad: de la docta a la impune ignorancia

Carlos-Alberto Ospina H.



Ahora, cuando el país discute la reforma de la ley que regula la educación superior, es oportuno pensar de nuevo a qué tipo de educación nos referimos y cuál corresponde mejor a una sociedad democrática. Llama la atención que el gobierno haya puesto como motivaciones centrales para justificar la propuesta que “las condiciones socioeconómicas, tecnológicas, demográficas y culturales en el país y en el mundo han cambiado enormemente en estos 18 años” y que “es evidente el cambio en las estructuras del sistema que empiezan a ser insuficientes para responder a las demandas sociales de cupos, de conocimiento, de innovación y en general de soluciones a sus problemas”.

Al analizar los fundamentos de la reforma y los objetivos mencionados, también llama la atención que la propuesta se haya centrado casi exclusivamente en el aumento de la oferta universitaria y no se haya fundamentado en asuntos claves del país en estos años como, por ejemplo, la exacerbación de la violencia, el agravamiento de la corrupción, la cultura del enriquecimiento fácil y la manifiesta degradación en el ejercicio de la política. Al pensar que muchos de esos dirigentes corruptos se han formado en nuestras universidades y en las más prestigiosas del exterior, no merece preguntarse ¿cuál debe ser el objetivo de la educación superior? Ello debería apuntar sobre todo a una revisión de los

objetivos y de *la calidad en la formación* de la Educación Superior de Colombia, para preguntarnos: ¿Educar para qué?, ¿qué tipo de ciudadano estamos formando y para qué proyecto de país?, ¿qué papel cumplió la Universidad durante estos 18 años y cuál debe cumplir para construir un país justo, equitativo y democrático?

La reforma, además de centrarse en estrategias para favorecer la inversión privada y el aumento de la oferta de cupos universitarios, sólo atiende a consolidarse como factor de desarrollo científico y económico, dejando de responder al hecho de que también tiene que ser “factor de desarrollo... cultural... político y ético a nivel nacional y regional”. Lo más grave es que aunque estas palabras figuran en el texto desde la promulgación de la ley 30, no es un objetivo suficientemente atendido como elemento constitutivo del sentido de Universidad para la construcción de una nación.

Aumentar la cobertura y mejorar la calidad son propósitos que nadie duda en apoyar; sin embargo, el primero solo es demagogia cuando el Estado no está dispuesto a financiarla plenamente y no atiende a sus efectos dramáticos en la calidad, y el segundo, depende directamente de cómo entendemos la educación universitaria. El objetivo de la educación superior es ¿la rentabilidad, el crecimiento económico, “correr las fronteras del conocimiento”, conocer grandes teorías científicas, perfeccionar destrezas técnicas, la titulación de alto nivel para sus profesionales?, o también, ¿es el desarrollo de la persona, la formación del ciudadano y el bienestar de la gente? Para Martha Nussbaum, la rentabilidad claramente deja de lado la idea del desarrollo personal basado en la imaginación y el pensamiento crítico; además, producir crecimiento económico no equivale a producir democracia.

Es obvio que sin recursos materiales, sin la aplicación de los más avanzados resultados de investigación a la solución de los problemas, y sin docentes calificados, es difícil ofrecer una buena educación y bienestar a la sociedad. Los problemas comienzan apenas tales obviedades son formuladas, porque se confunden con los objetivos de la educación y se olvida que *son simples medios*, son el camino para llegar al logro de unos resultados: ¿alcanzar indicadores de evaluación altos y el progreso económico? o ¿buscar condiciones dignas de existencia y un saber para la vida? Si el objetivo es lo primero, las artes y las humanidades seguirán decorando los currículos universitarios; si es lo segundo, la ley 30 y la reforma propuesta no lo contemplan de ninguna manera.

Es una de las razones por las cuales en la universidad de hoy se presenta una especie de impunidad frente a la ignorancia, porque se busca ostentar y acumular títulos académicos sin importar si ellos corresponden o no a la calidad del saber y a la formación personal de quien los posee. Pocos se fijan en que muchas publicaciones académicas especializadas sean mal escritas, alardosas, de enorme pobreza de ideas y que simplemente cumplan con ciertos estándares formales para copiar o reproducir datos; en los docentes que no aman lo que enseñan, o que abusan y valorizan al extremo los recursos audiovisuales para transmitir información, que hasta pasa a ser entendida de manera natural como sinónimo de conocimiento. Nada de eso importa, porque la finalidad del conocimiento ya no consiste en el examen crítico de las opiniones, en el desarrollo de un pensamiento autónomo y libre; ya no se trata de conocer el mundo para saber movernos humanamente en él o para imaginar un mundo donde podamos vivir mejor. Ser profesional antes, además del desarrollo de unas habilidades y destrezas especiales orientadas a intervenir problemas que los individuos y la sociedad enfrentan, imprimía un carácter (un *ethos*), una forma de ser, un estilo de vida donde lo primero que descollaba era la honestidad en los actos y genuina vocación de servicio.

La Universidad hoy poco puede ofrecer de eso, vale decir, ya no constituye ninguna promesa de sabiduría, de dignificación de la persona, de protección y enriquecimiento de la cultura, ni de servicio a los individuos y a la sociedad. Ella ofrece, a cambio, el desarrollo de unas competencias propias de la vida productiva y del trabajo para buscar logros personales competitivos y exitosos. El conocimiento, “el desarrollo de la ciencia y la tecnología”, por sí mismos, se han convertido en conquistas de ese tipo. Quiere decir, nos quedamos a mitad de camino al centrar nuestra atención en un medio –de indudable valor: la ciencia, la tecnología, el conocimiento- para olvidarnos del objetivo de la educación: el desarrollo de la persona, la formación del ciudadano y el bienestar de la gente en condiciones de convivencia democrática.

Como así son las cosas, fácilmente la universidad ha terminado alimentando un experto funcional, que con hábil manejo de datos e información puede pasar por investigador, por autor, por sabedor y, para peor, premiado en su simulación. Si ello ya da réditos no necesita avanzar hacia el cumplimiento de los objetivos de la educación. Sobre todo porque buscar lo último es difícil, no tanto por la dificultad de sus procesos, sino por la decisión que se debe tomar: abandonar la autoimagen de superioridad y respetar al otro, en términos de aceptar que el conocimiento es tan infinito que nosotros apenas sabemos

menos que nada y que lo que más importa es el *cómo* se enseña en lugar de la cantidad de contenido enseñado. Así lo vio Nicolás de Cusa, un pensador que tenía un pie en el Renacimiento y otro en el mundo Moderno, para quien la docta ignorancia era la principal cualidad del sabio. Reviviendo la vieja sentencia socrática, solo sé que nada sé, el verdadero maestro para “la educación superior” entiende que él simplemente sabe y domina cosas distintas a los otros, quienes piensan, sienten y viven de un modo diferente.

Enseñar a nivel superior es, por ello, un acto de confianza y cooperación y no de intimidación del otro a quien yo (sabio) le enseño (por ignorante). Es formar en el libre pensamiento, en la autonomía, en el pensamiento crítico, vale decir, desarrollar en cada uno la capacidad de pensar por sí mismo y cultivar la imaginación para comprender -con la lectura, el arte, la propia fantasía - otras vidas, y con seguridad descubrir que la nuestra es apenas una entre miles formas de sentir el mundo, de gozarlo y sufrirlo, como también que compartimos anhelos, temores y sueños con otros seres o personas muy distintas a nosotros. Además, que tenemos derechos comunes por los que merece la pena luchar. Por supuesto ello es posible cuando contamos con maestros formados así y no en cierta petulancia pedagógica que convierte la repetición de datos e información en suprema sabiduría.

Democracia no es sólo el gobierno de la mayoría, sino, sobre todo, poder gozar de la libertad de pensar distinto a los demás y tener la garantía de que por ello no nos pasa nada. Cuando se consigue pensar por uno mismo, se está en condiciones de aprender de quien más sabiamente enfrente las circunstancias concretas y cambiantes de la vida, y no de seguir a mesías o pregoneros de las fórmulas salvadoras que siempre saben lo que se “debe hacer”. Esto se llama, en sentido pleno, “libre pensamiento”, libre de un partido, iglesia, idea -por científica que sea-, gremio o rebaño. Para quien nunca aprende a pensar por sí mismo resulta más cómodo que otros lo hagan por él y en ellos hipoteca sus decisiones. En su lugar, la libertad de pensar ha de permitirnos sopesar las alternativas y escoger con juicio reflexivo la que mejor aporte a la condición humana y la convivencia en sociedad. Y en un Estado es la Universidad el espacio privilegiado donde uno espera que estas condiciones humanas tan especiales y fundamentales para la convivencia democrática se cultiven. Pero si la universidad tiene como objetivo principal el crecimiento económico, seguro aportará mucho a los propósitos empresariales, pero casi nada a la democracia y al bienestar de la vida ciudadana de todos los días, que tampoco es solucionada mediante su intervención paternalista en las comunidades más excluidas.

Si defendemos que la autonomía debe ser una condición fundamental reconocida a la Universidad y no a todas las Instituciones de educación superior (IES) como pretende la reforma, es justamente porque el objetivo central de los institutos técnicos y tecnológicos es la capacitación para el trabajo, de suerte que la enseñanza se centra en saberes parciales y en procedimientos y destrezas aplicables a problemas muy prácticos y productivos. La universidad, en cambio, necesita autonomía plena (no absoluta) para cultivar el pensamiento crítico y libre; el uso de conceptos y argumentos (no simples imágenes); para combinar la imaginación humanística y la generación de nuevo conocimiento de los hechos, contando con independencia frente a las exigencias de las empresas productivas que la estén acosando con soluciones inmediatas, y de los intereses políticos que buscan resultados o privilegios particulares.

Una reforma de la educación superior en Colombia debería proponer como norma, en lugar de un extenso articulado, solo una ley fundamental que tuviese en cuenta, entre otras pocas cosas: Que es un derecho fundamental que el Estado debe financiar para garantizar el cultivo de la libertad de enseñanza e investigación; del pensamiento crítico, la formación autónoma de la persona y su capacidad de argumentar razonadamente; de ciudadanos libres y de profesionales con vocación de servicio a la sociedad. Para conseguir esos objetivos les reconoce autonomía plena a las universidades, cuya misión la deben cumplir usando como medios los resultados más avanzados de la ciencia y la tecnología y los logros más perdurables del conocimiento científico, de la cultura, de las artes y las humanidades.

La educación en todos sus niveles desde el preescolar mismo hasta la Universidad debe propender por formar hombres felices, vale decir, reconociéndose en lo que como seres humanos van siendo en la existencia compartida con los demás; formar ciudadanos autónomos, capaces de decidir por sí mismos, como consecuencia de haber elaborado por cuenta propia el conocimiento de las cosas y de haberlo incorporado a un estilo de vida, a una visión del mundo que pueda ser compartido como bueno para todos y no seducidos por la propaganda y las figuras luminosas que desde dentro de la Universidad de hoy, cual caballo de Troya, permiten que la incultura y la ignorancia se enseñoreen impunes.

Aproximaciones al bienestar universitario*

Carlos-Alberto Ospina H

Lo que necesito es que me cuenten historias.

He tardado mucho en saberlo. Beckett



La ley 30 (art 117), determina que “las instituciones de Educación Superior deben adelantar programas de bienestar entendidos como el conjunto de actividades que se orientan al desarrollo físico, psicoafectivo, espiritual y social de los estudiantes, docentes y personal administrativo”, no obstante lo cual tales servicios se centran en atender sobre todo las necesidades básicas del estamento estudiantil y dejan por fuera a los demás miembros de la comunidad universitaria. Hay quienes defienden que sea así, pero tal posición desconoce que todo proceso educativo es un proceso de cooperación, que la universidad nació como una comunidad de maestros y alumnos (*universitas magistrorum atque scholarium*) y no puede ser que la política pública de un país se proponga disolver tal comunidad, porque estaría dando forma a una institución diferente a la universitaria, cuyo carácter esencial debe seguir siendo el diálogo y la generación colectiva del conocimiento. Lo preocupante, quizás, sea el hecho

* Publicado en revista *Pensamiento universitario* de ASCUN. N° 26, bajo el título de *Bienestar y universidad*.

de que un sistema como el de la educación superior se ponga al servicio de uno de sus estamentos “como centro y fin último del sistema” y no, como debería ser, al servicio de todos los ciudadanos de la nación. El problema no es que se centre en el estamento de los estudiantes, sino en el que es apenas uno de “los actores protagónicos del presente y futuro de las instituciones”; por ello, igual de problemático resultaría si se dijera que el centro son los profesores o los administrativos, desconociendo que cada uno de ellos, como había sido más correcto identificarlos, son actores necesarios de un sistema cuyo fin último debe ser la búsqueda del bienestar ciudadano, de mejores condiciones de vida, de la convivencia pacífica y de la defensa de criterios democráticos.

Lo anterior debería servirnos para recuperar la tradición aristotélica que sabiamente piensa primero en las actividades humanas y, en segundo lugar, en las instituciones indispensables para mantener y sostener esas actividades. Cuando en una sociedad se es testigo de acciones justas, de pensamientos nobles, de formas de organización que promueven la convivencia más grata y segura para todos, esa sociedad se encarga de fundar instituciones con el fin de conservar tales logros: la institución de la justicia, las instituciones educativas, los estados democráticos, etc. Las instituciones, entonces, que crea la cultura humana son maneras de encarnar ideales de vida y de cuidar que esos ideales no se olviden, que permanezcan vivos entre los hombres pero, sobre todo, que todos los miembros de la sociedad reciban de ellas los beneficios de la realización de los valores, anhelos y esperanzas a cuyo cuidado fueron puestos. Además de tareas tradicionales enfocadas en la investigación, en el conocimiento especializado, en la formación y en el ejercicio de las profesiones, hay que pensar en que una tarea central de la universidad es formar ciudadanos libres, deliberantes y comprometidos con el logro de una mejor vida para sus semejantes. De esta suerte los actores del sistema universitario: profesores, estudiantes y administrativos, deberán asumir como propia la responsabilidad de cumplirle a la sociedad la promesa de dispensarle sabiduría, bienestar y felicidad. El Estado, a la vez, debe garantizar que el sistema cuente con las condiciones que mejor favorezcan el cumplimiento de esa, su misión central.

Habida cuenta de ello, la universidad debe imprimirle de nuevo a sus funciones misionales –la docencia, la investigación y la proyección– el sentido de “servicio a la sociedad” que, contra toda apariencia, se ha estado perdiendo. Dada la enorme valoración, social y económica, que ha tomado la actividad investigativa en la academia, a menudo corremos el riesgo de olvidar que la

sociedad también reclama profesionales competentes para atender sus necesidades reales, cotidianas y urgentes. En virtud de tal olvido el maestro ya no quiere enseñar, el médico no quiere curar y el abogado no quiere litigar; el ingeniero y el artista, etc., no quieren más que ostentar el título de investigador. Sin pretender desconocer en absoluto la importancia fundamental de la investigación básica y la reflexión teórica, se advierte el hecho de que un investigador, con las condiciones actuales, no necesita en su vida salir de la academia y la rutina universitaria, incluida la asistencia a congresos y conferencias, para tener reconocimiento, prebendas y mejores ingresos; podrá dedicarse a “correr las fronteras del conocimiento” sin que su saber solucione, a corto o largo plazo, algún problema de la comunidad, dado que las publicaciones especializadas parecieran darle el toque final a su trabajo. Por esta razón, se habla de recuperar para la educación superior su vocación de servicio.

El sistema de bienestar universitario está diseñado justamente para garantizar que esos actores asuman sus responsabilidades en las condiciones personales más apropiadas y dignas para ello. Pero lejos de quedar reducido al asistencialismo, tal sistema busca “asumir el cuidado de todos los aspectos de la vida que hacen que el paso por la educación superior sea una experiencia de humanidad, de civismo, de autonomía, de respeto, de creatividad, sensibilidad, maduración sexual y maduración de la conciencia” y su principio rector es “el desarrollo humano”, el cual debe ser entendido como el “proceso de realce de las capacidades humanas”. Es importante puntualizar que se trata de un “eje transversal a las funciones sustantivas y soporte fundamental para el logro de los propósitos del sistema educativo” superior, pero el bienestar no es otra función misional más de ese sistema. Y no puede serlo porque las IES y las Universidades no son entidades de beneficencia. Por eso mismo tampoco se entiende lo que alguna vez se propuso de asumir la “necesidad de re-pensarlo como Bienestar formativo, reflexivo y extensivo” porque no está en condiciones, ni le corresponde formar, investigar y hacer extensivos sus servicios a la sociedad, pretendiendo competir de manera impropia con la misma Universidad en lo que sí son sus funciones centrales. Está bien que el bienestar atraviese esas funciones, pero no que compita con ellas.

Es conveniente atribuirle al bienestar universitario una función formativa a través de sus tareas, la primera de las cuales consiste en buscar las estrategias para que cada uno de sus miembros se sienta a gusto con lo que hace para llegar a ser lo que sueña ser. Para ser más precisos, si por formación se entiende docencia ella no es tarea del bienestar, lo es si por formación se

entiende “humanización”, en términos de contribuir a que cada uno supere la particularidad de su mirada en beneficio de la generalidad de lo humano. “En este sentido la formación como ascenso a la generalidad es una tarea humana”¹, lo cual no significa dedicarse a teorizar, sino ser conscientes de que lo que uno hace finalmente afecta a otros, por ello es preciso aprender a aceptar la validez de otras posiciones distintas a las nuestras y procurar hacernos a puntos de vista generales, tanto para el comportamiento teórico como para el práctico. Por ejemplo, hacerse profesional es dominar y apropiarse de unas habilidades comunes a todos quienes son de la misma profesión, y que cuando no lo eran les resultaban extrañas; pero también es asumir un modo de ser que les permita apartar su atención sobre sí mismos y dirigirla hacia los intereses generales, los cuales obligan a tomar lo propio con mesura y consideración, e incorporarlo a lo común, o, en otros términos, darle alcance comunitario.

Siguiendo una propuesta formulada por Martha C. Nussbaum en *Crear capacidades* (Paidós, 2012), y aquí esbozada apenas, lo anterior significa que se requiere cambiar el enfoque del desarrollo humano que Nussbaum considera muy utilitarista, por el enfoque de “las capacidades”, más apropiado que aquél para evaluar la calidad de vida y para plantear una propuesta de justicia social básica. Las capacidades son las respuestas que podemos dar a una pregunta clave que es preciso formular al evaluar las condiciones de vida de los miembros de una comunidad, en nuestro caso de los integrantes de los estamentos universitarios, conforme a su dignidad o a su justicia básica: ¿qué es capaz de hacer y ser cada persona? (Nussbaum, 2012, p. 38). Aquí cada persona *se concibe como un fin en sí mismo* y no como un paciente de beneficencia o alguien a quien simplemente se le apoya con un servicio que requiera. Por lo tanto no se está preguntando por los servicios de bienestar que la institución pueda dispensar, sino por “las oportunidades disponibles” en ésta para cada uno de sus miembros.

Se podrían dar muchos ejemplos reales e hipotéticos para ilustrar el asunto. Por ejemplo, se dispone de una excelente biblioteca pero con horarios restringidos, o las novedades solo están disponibles para estudiantes de posgrado; los escenarios deportivos se destinan solo para los deportistas; o los cupos de residencias únicamente se reservan para cierto grupo racial o religioso,

1. Cfr. Gadamer, HG. *Verdad y Método*. Salamanca (España), 1975; p. 41 y, en general, pp. 38ss. “La esencia general de la formación humana es convertirse en un ser espiritual general. El que se abandona a la particularidad es ‘inculto’; por ejemplo el que cede a una ira ciega sin consideración ni medida” (p. 41)

etc. Esto significa que el sistema de bienestar debe promover un conjunto de oportunidades para que sus miembros puedan elegir, en iguales condiciones, si las aprovechan o no, respetando así “las facultades de autodefinición de las personas”. Como en las universidades el estamento docente es el que cuenta con más oportunidades institucionales de realización personal y profesional, después los administrativos y por último los estudiantes, es la razón por la que el sistema de bienestar universitario termina atendiendo, como si fuese lo natural, más a este último estamento que a los otros. Aún así, la discriminación positiva, que puede ser éste el caso, termina ofreciendo oportunidades a todos los estamentos cuando las bibliotecas, las estancias o lugares de encuentro, los escenarios deportivos, los auditorios, los viajes de estudio; la promoción de actividades sociales y culturales, etc., favorecen a todos quienes quieran aprovecharlos por igual. Lo cierto del caso es que con más oportunidades, se crean mayores condiciones para la libertad de elección y, por lo mismo, más condiciones para una mejor calidad de vida universitaria en la medida en que encuentra más chances para hacer manifiestas las capacidades de cada persona.

Si es correcto afirmar que el Sistema de bienestar universitario se compromete con “el desarrollo humano integral” de los miembros de la comunidad universitaria, es hora de situar tal desarrollo como “el despliegue de unas facultades que las personas traen consigo al mundo” de manera desigual (Nussbaum, 2012, p. 43). Quiere decir, no podemos partir de una idea abstracta de desarrollo humano, ni de igualdad para exigir a todos lo mismo. Por ejemplo, no podemos establecer un sistema de becas de bienestar al que solo accedan los expertos en un programa dado de computación, o que dominen el mandarín, etc, lo cual supone la posesión de unas habilidades y capacidades no presentes en todo mundo. En cambio, es más justo un sistema de becas para que quienes accedan a ellas puedan compensar a la institución, con el desempeño de labores que les agraden, en las que se consideren buenos o para las que no se les exija cumplir unas condiciones especiales. Si, para tomar otro ejemplo, los escenarios deportivos existen para obligar a los estudiantes a hacer deporte, más que un programa de bienestar estaríamos ofreciendo uno de malestar, dado que al eliminarla posibilidad de libre elección, anulamos la oferta de deporte como oportunidad y lo convertimos en una carga que impide la realización de la persona. Como la vida activa se hace desde la diversidad y la riqueza de las actividades personales y sociales, el sistema de bienestar debe procurar no homogenizarlas; por el contrario, hacer lo posible por multiplicar las oportunidades para su libre despliegue y desarrollo.

Pero el desarrollo humano además del cultivo de las capacidades previas que tenemos, también consiste en incorporar a nuestro carácter las actitudes que nos hemos ido formando por nuestra pertenencia a una comunidad específica y esto, para el caso de la Universidad, a una comunidad relacionada con el saber científico y la cultura, lo cual indica una formación en valores, en actitudes solidarias y de vocación democrática. El desarrollo humano, así, deberá estar asociado a la formación de hábitos sociales, del libre pensamiento y del interés por fomentar la libertad; vale decir, él se vincula a las capacidades, aunque inscritas en un marco valorativo, necesario para formular las políticas públicas.

Partiendo del hecho evidente de que el hombre es capaz de hacer lo bueno y lo malo, y de ser bueno y malo, es de esperar que una política de bienestar establezca estrategias para promover las mejores capacidades humanas que hagan amable la vida consigo mismo y con los demás. Es aquí cuando entran en juego las nociones de dignidad humana y de vida humana digna. En el antiguo Egipto estaba vivo el mito de Shou, el dios del aire. Era la personificación del Estado porque tenía la tarea de mantener levantado el cielo sobre la tierra, con el fin de que no se desplomara. Antes de su aparición hombres y dioses vivían juntos en la tierra y, como era de esperar, se despertó una violenta rivalidad entre ellos, sobre todo porque los hombres se rebelaron contra los dioses; éstos, entonces, decidieron levantar la cúpula celeste donde pudiesen habitar lejos de los hombres. Así los hombres fundan el Estado y sus instituciones para que lo sostengan en medio de la desmesura, por un lado que lo divino no caiga de nuevo y lo aplaste, como sucede a veces con quienes se creen superiores a todos los demás y amargan sus vidas; por otro, que él mismo no se hunda en la inhumanidad de las puras emociones y respuestas animales que hacen imposible la conformación de comunidades. El desarrollo humano es “el ascenso a la humanidad” (Herder), pero también poner límites a quienes solo encuentran sentido en las teorías, en la verdad suya, en reconocimientos y títulos, que no son aplicables en la búsqueda de mejores condiciones de vida para los demás hombres.

En otra ocasión ya había preguntado, “el objetivo de la educación superior ¿es la rentabilidad, el crecimiento económico, “correr las fronteras del conocimiento”, conocer grandes teorías científicas, perfeccionar destrezas técnicas, la titulación de alto nivel para sus profesionales?, o más bien, ¿es el desarrollo de la persona, la formación del ciudadano y el bienestar de la gente? Para Martha Nussbaum, la rentabilidad claramente deja de lado la idea del desa-

rollo personal basado en la imaginación y el pensamiento crítico, y producir crecimiento económico no equivale a producir democracia. Hoy la finalidad del conocimiento ya no consiste en el examen crítico de las opiniones, en el desarrollo de un pensamiento autónomo y libre, ni se trata ya de conocer el mundo para saber movernos humanamente en él o para imaginar un mundo donde podamos vivir mejor. Ser profesional antes, además del desarrollo de unas habilidades y destrezas especiales orientadas a intervenir problemas que los individuos y la sociedad enfrentan, imprimía un carácter (un ethos), una forma de ser, un estilo de vida donde lo que más descollaba era la vocación de servicio.

La Universidad hoy poco puede ofrecer de eso, vale decir, ya no constituye ninguna promesa de sabiduría, de dignificación de la persona, de protección y enriquecimiento de la cultura, ni de servicio a los individuos y a la sociedad. Ella ofrece, a cambio, el desarrollo de unas competencias propias de la vida productiva y el trabajo para buscar logros personales competitivos y exitosos. El conocimiento, “el desarrollo de la ciencia y la tecnología”, por sí mismos, se han convertido en conquistas de ese tipo. Quiere decir, nos quedamos a mitad de camino al centrar nuestra atención en un medio –de indudable valor sin lugar a dudas: la ciencia, la tecnología, el conocimiento- para olvidarnos del objetivo de la educación: el desarrollo de la persona, la formación del ciudadano y el bienestar de la gente en condiciones de convivencia democrática².

Quizás por ello parte de nuestros problemas educativos está en que nos dedicamos a conocer mucho, justamente porque, tal como hace rato fue pronosticado, el conocimiento se convirtió en un valor económico y en una mercancía muy apreciada para el siglo XXI y entonces en las universidades aprendimos a hacer numerosas cosas con él, sin que lamentáramos la pérdida de su valor social y de su verdadero impacto en el mundo humano y la vida ciudadana, mientras que el pensamiento y la imaginación se fueron quedando atrás. Entonces la universidad va abandonando responsabilidades centrales: formar a sus estudiantes en el libre pensamiento, en la autonomía y en el pensamiento crítico, lo que equivale a decir, desarrollar en cada uno la capacidad de pensar por sí mismo y de cultivar la imaginación para inventar historias de formas creativas y singulares de compartir mejor la vida con los otros, que no

2. Cfr. Ospina H., Carlos A. La Universidad: de la docta a la impune ignorancia. Disponible en <http://www.revistaaleph.com.co/desde-aleph/17-la-universidad-de-la-docta-a-la-impune-ignorancia.html>. También disponible en: <http://www.eltiempo.com/archivo/documento/CMS-11242081>

consistan solo en las respuestas emotivas a discursos dirigidos a masas y no a individuos pensantes y reflexivos.

Así que es preciso, de nuevo, deslindar el ámbito de intervención del sistema de bienestar en las universidades, como un apoyo fundamental al cumplimiento de sus funciones misionales, pero sin emularlas o intentar competir con éstas. Uno de los mayores retos del sistema de bienestar consiste en crear y mantener las condiciones adecuadas para que los miembros de la comunidad universitaria encuentren en su institución un ambiente de gusto personal que los impulse a mostrar las capacidades que poseen y desean hacer presentes ante los demás, con sus ejecutorias y realizaciones.

La universidad, además, debe constituirse en uno de los espacios más gratificantes de encuentro con los demás, sin el que es imposible que la humanidad de lo humano se manifieste. La propia humanidad es, como dijimos antes, una posición intermedia entre dioses y fieras, donde tiene cabida el juicio práctico, razonable, al que se acude siempre que nos encontramos con los otros. Mientras los dioses y las fieras para ser lo que son, actúan en la inmediatez de la omnipotencia o del instinto y para ello pueden permanecer solos, los hombres necesitan de los demás hombres para desarrollar su humanidad. Cuántas veces uno cede sus propias razones, por científicamente fundamentadas que estén, en beneficio solo de conversar, o de compartir inquietudes y visiones del mundo y de las cosas con los otros; todo con el fin de asegurar unos intereses comunes, que resultan más valiosos para el goce de la vida que para sostener una verdad. La civilidad consiste precisamente en saber contener los impulsos irrazonables, propios de la soledad en que permanecen dioses y fieras, para garantizar una convivencia pacífica y alimentada por el placer de andar en compañía de los demás.

Deslindar ámbitos nos permite comprender que la investigación, la innovación, la competencia, el reporte de indicadores de gestión y cumplimiento, muestran sin duda una vigorosa capacidad institucional para el cumplimiento de sus tareas misionales, pero por sí solas funcionan de la misma manera que el indicador del PIB al que acuden los países para comparar su nivel de desarrollo económico, sin que indiquen, de ninguna manera, cuántos de sus ciudadanos, de carne y hueso, están excluidos del disfrute de servicios y oportunidades básicas.

Todo lo anterior es muy importante ya que las instituciones de educación superior, y las universidades, también tienen que mostrarse competitivas y

no se les puede exigir que se aislen de la realidad que viven. No obstante, el asunto es grave cuando su razón de ser queda fijado con exclusividad en ese enfoque utilitarista. Es preciso, entonces, incorporar algunos elementos morales como “clave del enfoque de las capacidades: la idea de la igualdad de dignidad humana de todas las personas, la idea de la importancia fundamental de la razón práctica como capacidad, la idea de que las personas no deben tener la prerrogativa de suprimir los derechos fundamentales de las otras” (Nussbaum, 2012, 105).³

De acuerdo con ello, a los servicios de bienestar que ofrecen las Universidades, ¿acceden realmente los más necesitados?; ¿tales servicios se reducen solo al asistencialismo o también son formulados para que todos los miembros en general cuenten con un ambiente que invite al disfrute de la vida en la universidad? Lo último tiene mucho que ver con la necesidad de que el Sistema de Bienestar participe más institucionalmente en la solución de conflictos, en procesos cotidianos de conciliación y en promover el sostenimiento de lugares de encuentro y descanso en los campus universitarios. Con todo lo problemático que resulte la noción de dignidad humana, no hay duda de que su núcleo es el respeto o el reconocimiento de la humanidad de cada persona, el cual se da cuando cada uno dispone de oportunidades efectivas de relacionarse con los demás sin sentir ansiedad, intimidación o temor.

Si la humanidad es la condición más íntegra del hombre, ella necesita un marco humano para manifestarse y ese espacio es el espacio público, donde aparecemos ante los otros y exponemos lo que somos; el humanismo, en realidad, es el elemento personal de cada uno de nosotros que, después de someterse a todas las situaciones de incertidumbre por las que pasan las relaciones entre las personas, finalmente se impone ante los demás por resultar grato y no ingrato para la vida en comunidad. Se convierte, según vemos, en un elemento común, que en realidad no requiere ser objetivo, pero mucho menos se trata de una imposición subjetiva. La humanidad es, más bien, un don político cuyo valor solo se muestra cuando la persona se arriesga salir a la vida o al espacio público, entendido no como el espacio físico concreto, sino como un

3. Promover capacidades es promover áreas de libertad, por ello también se las identifica con libertades básicas que deben servir de soporte de las políticas públicas. Por ese motivo Marta Nussbaum considera que un orden político aceptable está obligado a procurar, a todos los ciudadanos, el desarrollo de diez capacidades centrales: vida; salud física; integridad física; sentidos, imaginación y pensamiento; emociones; razón práctica; afiliación; otras especies (respetar el entorno natural); juego y, finalmente, control sobre el propio entorno (político y material). Cfr Nussbaum, 2012, pp. 37ss.

espacio espiritual libre en el que se debaten y comparten sueños, esperanzas, frustraciones y planes comunes. Es en virtud del encuentro personal que la información se convierte en conocimiento y el conocimiento en sabiduría o en espíritu deliberativo, por ello una educación de calidad jamás podrá suprimir o suplantar con medios virtuales el encuentro personal entre maestros y discípulos, como fue el sentido de la universidad desde sus orígenes.

Esto, además, da una idea de lo problemático y preocupante que resulta encontrar en la Universidad –el lugar que en la sociedad quizás más invita a compartir con otros- que uno de sus miembros permanezca aislado, y, peor aún, si es por sentirse discriminado, acosado o rechazado por lo que es o por lo que cree y piensa; o que grupos de toda índole intenten imponer a toda costa su propia visión del mundo.

Por lo anterior, el sistema de bienestar debe cuidar lo que menos atiende la institución universitaria cuando se ve acosada por el cumplimiento de sus funciones misionales que cada vez se vuelven más utilitarias, competitivas y preferidas por el estatus que producen tanto a la universidad como a los universitarios. Ésta es una de las razones por las que, como ya se ha señalado, no se duele, ni siente como pérdida el abandono de su responsabilidad con la sociedad y la búsqueda de formas de vida gratas para todos los ciudadanos de las regiones y país. Quiere decir, mientras que la Universidad se dedica a buscar la verdad, a capacitar profesionales para que sean exitosos con su ejercicio laboral, el sistema de bienestar debe ser como el vigía que mantenga vivo el ánimo humanístico de los universitarios en las actividades cotidianas que realizan en sus campus. Quiere decir, debe ingeniarse las maneras de ver qué hace con las verdades salidas de aulas y laboratorios, para que en realidad sirvan a su bienestar, y de contera, al bienestar de nuestras gentes.

Por ello, dado que nuestros universitarios cuentan con el privilegio de tener acceso a la educación superior, del que muchos no gozan, es preciso hacerlos conscientes de que los servicios de bienestar están diseñados para que su vida en las universidades transcurra de manera grata, una de cuyas tareas es darles apoyo en necesidades básicas muy personales, pero no puede ser la única, ni la más importante, porque el bienestar social no debe realizarse de manera que vulnere los derechos fundamentales de las personas; por tal razón, es necesario distribuir el siempre escaso presupuesto de bienestar en aquellas capacidades, o libertades básicas, que en cada universidad sea necesario reforzar. Por ejemplo, atender a la degradación de la convivencia y la amenaza

de la sensatez en el manejo de las relaciones personales y de las exigencias institucionales. Todo ello requiere mucha imaginación para inventar historias de cómo hacer para llevar bienestar a cada una de las personas, muchas de quienes más que un bono alimenticio, quizás estén necesitadas de razones y motivaciones para sentirse satisfechas con lo que hacen o han elegido hacer en la universidad y en la vida; por lo tanto, que la educación recibida y la existencia que viven en ella sean como ejercicios para la valoración de sí mismas. Si quienes van a ser los profesionales y líderes del mañana logran experimentar en la Universidad que es mejor la convivencia y la solidaridad que la agresión; que contar con la oportunidad de disfrutar de espacios de descanso, deportivos, de estudio y de encuentro dignos y que verse atendidos de manera oportuna, les hace sentirse más valiosos, estimados y orgullosos, esperaríamos uno que con ello también alienten el deseo de transferir tales experiencias en el momento que les corresponda intervenir profesionalmente en la sociedad.

El pensador inglés Henry Moore, en una de sus obras (*Principia Ethica*) nos invita a imaginar la existencia de dos mundos, uno, en el que todo sea digno de confiar, bello y agradable; y otro, esclavizante, donde solo haya mugre, desorden, traición y engaño y que solo ofrezca motivos para ser aborrecido. A nadie se le ocurriría preferir el segundo frente al primero, como también resultaría inimaginable un profesional que, gracias en mucha medida a los programas de bienestar, habiendo experimentado de estudiante lo justo, lo solidario, lo agradable y lo amistoso, no quisiera replicarlo con los suyos y con la sociedad.

La universidad, se dice, al formar profesionales debe cultivar la pasión por la verdad y eso hacemos todos los días⁴. En nuestras aulas, laboratorios, talleres y granjas, procuramos enseñar a nuestros estudiantes a conocer la verdad de las cosas, trabajamos con leyes, cálculos y métodos; también capacitamos en destrezas profesionales, todo lo cual es posible gracias al conocimiento. Pero las verdades son como las cosas y los objetos que encontramos en el mundo; nadie podrá negar que una vez descubiertas y sabidas están ahí, al frente, e incluso nos chocamos con ellas, por eso lo importante, después de todo, es qué hacemos con ellas. “Una cosa es la verdad, otra cómo es posible vivir con la verdad: para fines cognitivos tenemos conocimiento, para fines vitales poseemos historia. Mientras el conocimiento tiene que ver con la ver-

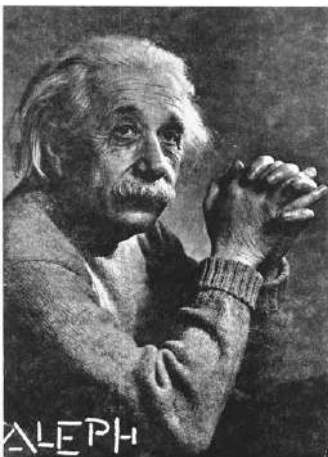
4. Véase Ospina, C. (2014). El sentido de los estudios universitarios. *Revista Aleph* 169 (48). 84-85.

dad y el error, las historias tienen que ver con la dicha y la desdicha: su logro no es la verdad, sino el *modus vivendi* con la verdad” (Marquard). En realidad a la Universidad la componen tres elementos fundamentales: el conocimiento, el pensamiento y la imaginación. Con el primero conocemos las verdades del mundo que se nos revelan en el trato directo con las cosas o con el saber de las ciencias; con el segundo, reflexionamos sobre las consecuencias de su seguimiento o aplicación, y con el tercero, debemos procurar imaginar qué hacer con las verdades que tenemos, librarnos un poco de sus cargas e imaginar mundos posibles y crear historias que hagan más dichosos nuestros días.

Imaginar un país justo y democrático o una Universidad distinta a la que tenemos, no acredita a ningún grupo, ni a nadie, como el genuino poseedor de la fórmula o del sistema de gobierno verdadero para ello; pero sí podemos fundar lo imaginado en la necesidad de una convivencia pacífica y una forma de gobierno donde se pueda hablar, decir y pensar lo que queramos, sin que por ello nos pase algo.

Otra buena manera de responderle a nuestro país, a nuestros seres queridos y a nuestra gente, es saber combinar el saber técnico profesional con la vocación de atender a las necesidades reales y cotidianas, las que hacen amarga y dura nuestra vida o nos la alegran. Albert Einstein afirmaba que “los molinos científicos son los que más demoran en moler el grano”, y es porque muchas veces la soberbia, el engreimiento y el convencimiento de que somos los portadores de la verdad del mundo nos convierte en fuente de amargura para los otros, en lugar de ser su apoyo solidario y afectivo. No demoremos, entonces, en moler pronto el grano cuando nuestra gente reclama algo para comer, en lugar de explicaciones sobre la vergonzosa inequidad de nuestro país y no dejemos de atender a quienes reclaman nuestra compañía real, por estar teorizando sobre la soledad del hombre moderno. En síntesis, no olvidemos que hacernos profesionales y aprender más cosas que otros, sólo tiene sentido si ello tiene efecto en nuestro modo de vivir, en nuestra propia vida y en la de los demás, y el efecto esperado es que la vida individual y social cambie para que, en medio de las dificultades propias que conlleva la existencia, se haga menos dura y más amable.

Y hacernos profesionales, científicos o técnicos con el genuino interés de mejorar el mundo natural y humano, no de degradarlo o de envilecer nuestras relaciones personales, o alterar nuestra convivencia pacífica, es una buena manera de poder mejorar nosotros mismos y de contribuir a crear mejores condiciones de vida a los ciudadanos de nuestro país.



Notas

Carta de agradecimiento al maestro Carlos-Alberto Ospina H. (por Yobany Serna-Castro). Creo que uno de los mejores profesores que ha tenido nuestro departamento de Filosofía, es el maestro Carlos Alberto Ospina. No solo sus conocimientos, sino su agudeza, exigencia, delicadeza y especial manera de transmitir las enseñanzas, hacen de él, a mi juicio, un excelente educador. Creo que, entre nosotros, hay quienes extrañaremos su presencia en estos espacios por los que, desde hace buen tiempo, solemos encontrárnoslo y conversar con él. En alguna ocasión lo hicimos como sus estudiantes, hoy día como sus compañeros de trabajo.

Quiero recordar al maestro Carlos como una persona tranquila y respetuosa. Como alguien dispuesto a ayudarlo a uno a entender un tema o un problema. Incluso, a no ver dificultad alguna en explicar, en una clase nuestra, con tanta claridad lo que para uno no es del todo claro. Quiero, asimismo, recordar al maestro Carlos como un filósofo apasionado de esa filosofía que, por fortuna, algunos de nosotros y muchos estudiantes hemos

empezado a ver con renovado interés. Quizá este interés está bien que se vaya convirtiendo en una exigencia para que no queden del todo ausentes esos saberes que él ha querido cultivar y transmitir semestre tras semestre.

Así como lo hiciera *Por caminos de la filosofía*, muchas de las reflexiones y charlas mantenidas por el maestro Carlos, estuvieron bajo el influjo de una preocupación por la dimensión humana. Me gusta pensar que se trata, de alguna manera, de reivindicar una condición vital que, por distintas razones, se haya amenazada; por la que parece que poco nos preocupamos.

Pensar en dejar de llevar a cabo una actividad a la que prácticamente se le ha dedicado toda la vida, quizá tiene que ver con pausas, con giros en la vida, con la necesidad de un descanso, de volver a anteriores vínculos y relaciones; pero también con la necesidad de aclarar la mente para vislumbrar otros horizontes. Si es así, yo quiero entonces desearle un buen andar, una vida tranquila y bellamente vivida.

¡Muchas gracias por todo, maestro! Lo vamos a recordar y a extrañar.

Mensaje a C.A. Ospina (por Daian-Tatiana Flórez Q.). Quiero aprovechar esta oportunidad para reconocer el papel del profesor Carlos Alberto como mentor de estas nuevas generaciones. Así que las siguientes palabras las pronuncio, como la estudiante que fui -de sus cursos sobre Aristóteles y Heidegger-. Admito que toda la admiración que, aún conservo por estos dos agudísimos pensadores se las debo a él. Recuerdo con especial afecto sus clases sobre *la Metafísica* de Aristóteles, *la Ética a Nicómaco*, y *La Política* en las que nos llevaba por intrincados conceptos, tales como el de sustancia o materia. Gracias a su generosidad en el conocimiento y paciencia muchos de esos términos -que resultaban como en una suerte de ciénaga para nuestras jóvenes mentes, aún no habituadas a la jerga filosófica- adquirían significado de golpe.

Pero lo que más admiro del profesor Carlos, es que sus clases no iban dirigidas a alabar edificios intelectuales, -ni mucho menos a abrazar certezas petulantés- sino que, por el contrario, estimulaban la conversación tranquila, a la vez que se cultivaba una feroz independencia de espíritu.

Puedo asegurar que, como filósofo y como persona, el profesor Carlos Alberto ha sido antorcha y brújula vital para muchas y muchos de nosotros. Por su siempre gentileza y tacto en el trato. Por su exquisita atención hacia las otras y los otros. Y su actitud alerta ante las emociones y las palabras de otros. En un mundo -como el de los filósofos- habita-

dos por seres que asombran por su presuntuosidad, el profe deslumbra con una sonrisa honesta: es un arquetipo -entre seres humanos tan imperfectos- de esa rara -y escasa- alineación entre pensamiento y acción. ¡Gracias profe, por la entrega generosa a la filosofía, por compartir durante todos estos años la experiencia estética del filosofar!

Otros mensajes en el homenaje al Prof. Carlos-Alberto Ospina. Desde las orillas del río Suaza que lo veo desembocar en el majestuoso río Magdalena y mientras la brisa agita los árboles me da alegría recibir este mensaje y saber del profe Carlos Alberto Ospina que creo debió haber sido profe mio entre los años 1984 y 1987 en donde estuve en esa Facultad hermosa de Filosofía de la UniCaldas, junto con los doctores Hernando Hincapie, el inolvidable Raul Aristizabal, el doctor Alejandro Patiño Arango, el doctor Javier y la profesora Beatriz; la doctora Leonor y la gramática generativa transformacional; el profe Amado y José con su Kant. Muchos de ellos ya se fueron... pero la jubilación es sinónimo de paz y de encuentro, no sé con quién, deberá ser con uno mismo... ahora luego de tantos años lo invito a ser usted y su mundo... a usted profe GRACIAS por todos esos conocimientos que me sirvieron para multiplicarlos en mis estudiantes universitarios durante tantos años y para estructurar mis pensamientos en torno a reflexiones y poder tomar decisiones como Fiscal y Juez de la República, ciencias jurídicas a las cuales me dediqué en mis últimos tiempos, pero que siempre esas enseñanzas de aquellos hombres que he mencionado me estructuraron como persona y como

miembro de esta sociedad la cual me correspondió vivir.

Desde siempre y para siempre un abrazo desde mi tierra natal.

Víctor-Hugo González T.

Cuando vi su foto en la convocatoria para escribir este mensaje sólo se me vino a la memoria “el ser y el tiempo”, esas clases tan sutiles y elegantes sobre temas tan complejos; recordé que por ese entonces había superado su batalla contra el cáncer y su diálogo con la vida era diferente y su discurso estaba lleno de vitalidad, de temporalidad. Mil felicitaciones por su jubilación, MIL GRACIAS por sus enseñanzas y su ejemplo. Lo recuerdo con mucha fuerza profe.

Jairo-Alonso Ortiz A.

Al profesor Carlos-Alberto, solo tengo palabras de gratitud, por su carisma, alegría y pasión que trasciende en el recuerdo: su vocación por la filosofía, los clásicos griegos, la ardua investigación, y su honorable labor de enseñanza. Los mejores deseos para su vida.

Angélica López

Un mensaje de agradecimiento y profundo cariño a nuestro docente. Sus seminarios tan claros y entregados de Nietzsche, de historia del arte o Heidegger; fueron un paso para la entrega total a la lectura de estos grandes pensadores.

Merecido descanso y muchos aplausos.

Lina-Paola Ortega R.

Profesor, Carlos-Alberto... Los tantos años que han servido de asombro, siguen dejando huella. Hace mucho tiempo me acompañaron reflexiones desde Aristóteles sustancial, hasta Danto enunciando significados a un arte que sigue siendo inconcluso, como Licenciado agradezco el candor y el asombro que me entregó, como artista en mi simulacro de actor teatral, me llevó a Duchamp y su L.H.O.O.Q que abrió mi campo de interpretación para infundir sentido a un camino lleno de incertidumbres, ¡GRACIAS!

Siempre y un gran abrazo de recuerdo y admiración.

Néstor Piedrahita

Querido profe: Te recordaré siempre con *El fin del arte*. Hiciste que el tiempo de la pandemia fuera más soportable y llevadero. Tu voz hizo que el arte cumpliera su función de catarsis.

Paula Restrepo

Profe Carlos-Alberto, le agradezco enormemente por sus lecciones de Aristóteles en mis inicios como estudiante y más aún, por sus encantadoras disertaciones de filosofía Estética durante mi Maestría que día a día dejaban ver su amplio conocimiento, dominio y talento en tan hermosa área logrando avivar más en mí la inquietud y el interés por seguir indagando justo por algunos de estos caminos. Gracias además, por su trato siempre cordial, amable y respetuoso digno de un profe íntegro como usted, me llena de orgullo haber sido su estudiante... gracias, gracias! Sólo deseo para usted que siga lleno de salud cum-

pliendo proyectos venideros y gozando de su descanso al lado de los suyos.

Le mando un abrazo inmenso desde Connecticut, U.S.A, con cariño,

Francia Jaramillo

Querido Doctor Carlos-Alberto: Inmensa ternura llena mi alma con su recuerdo. Lo conocí siendo Decano de la Facultad de Artes y Humanidades; fue gracias a su decisión, la de darme una oportunidad allí en la Facultad, que tengo este trabajo.

Siempre lo he visto como un ser humano intachable y con una dignidad de su cargo y de saber extraordinarias. Acercarme a su escritorio todos los días, se me asemejaba a estar ante la presencia de un gran científico del pensamiento y de la razón. Nunca dudé en preguntarle de cuanta cosa se me ocurriera y usted con gran ternura, amabilidad y buen humor siempre me contestaba. Que tiempos tan hermosos, esos años, esas vivencias, tener un poquito de su luz, de su sabio entender, de su nada egoísta visión del mundo. Cuánto agradezco sus diarias enseñanzas y su paciencia para el trabajo administrativo. Un hombre paciente con todos esos trámites de la oficina, no por ello menos exigente. Por el contrario, la disposición y compromiso con y en el trabajo, lo convertían en un líder. Sus órdenes no eran tales, eran indicaciones, las que se cumplían con prontitud y regocijo.

Detrás de su figura afanada por el cumplimiento del deber, se asoma tímidamente la calma de su maravilloso espíritu. Cuánta sabiduría y bondad hay en sus palabras, en sus pensamientos, en su

sonrisa, en su mirada a través del diario devenir. Sólo agradecimiento e inmenso cariño hay en mi corazón para su ser.

Mi Dios... lo bendiga grandemente, y en usted a su familia y a todas aquellas generaciones de estudiantes, que han tenido la fortuna de tenerlo como su profesor.

Con inmensa alegría por haberlo conocido,

Patricia Mejía A.

Profe: Eres una lección de vida y ejemplo de dedicación y entrega; hoy cierras un ciclo, parece un final, pero es el inicio de un nuevo comienzo... Que todo lo bueno te siga, te persiga, te encuentre y se quede contigo. Agradezco a la vida el haber disfrutado de tantas enseñanzas y sabiduría.

Un abrazo de todo corazón.

María-Alejandra Loaiza V.

Doctor Carlos-Alberto: Son pocas estas palabras para expresarle mi agradecimiento, por haber sido parte de mi vida laboral, mi experiencia al haberlo tenido como jefe fue de crecimiento, tanto a nivel laboral como personal, sin lugar a dudas muy enriquecedora. Gracias por haberme dado la oportunidad de mostrar mi trabajo, dándome su total confianza para realizar mis labores como su secretaria en su paso como Decano de la Facultad de Artes y humanidades, siendo un excelente jefe, un gran ser humano, respetuoso, comprometido, un ejemplo de lucha, sabiduría, resiliencia y paciencia. ¡Un ser muy especial!.

Doctor Carlos Alberto, hoy está cerrando un ciclo maravilloso de su vida, de entrega, compromiso, enseñanzas, responsabilidad, lealtad, apoyo y compañerismo, sin duda nos deja una huella imborrable en nuestra Universidad, Pero el nuevo ciclo que comienza es aún mejor, ya con la frente en alto y la certeza del deber cumplido, donde ya es hora de empezar a hacer lo que se ha aplazado, ya es tiempo de disfrutar la familia y que lo disfruten.

Muchos éxitos con mis buenos deseos.
Un abrazo desde mi corazón.

Adiela Rincón-Ocampo

Mi profe favorito de toda la carrera, esa pasión y la facilidad con la que explicaba, hacía ver todo tan fácil, era un deleite verlo.

Alexa Herco

Profesor Carlos-Alberto: Hoy es un día para reconocer el mérito del camino que usted ha recorrido en su formación académica y sus esfuerzos por extender sus aprendizajes, experiencias y conocimiento a quienes como yo han tenido la fortuna de tenerlo como profesor. Gracias por crear en sus clases ese puente entre la filosofía y aquellas diversas formas en las que ésta se puede advertir en la experiencia del transitar la vida.

Deseo que la continuación de sus contribuciones al departamento de filosofía se dé en cada uno de sus alumnos y colegas, y que usted pueda disfrutar significativamente de esta nueva etapa en su vida con mucha vitalidad.

Ana-María Montañez

Es un inmenso placer escribir un mensaje para expresar la admiración y profundo aprecio que siento por el Doctor Carlos Alberto Ospina Herrera, a él solo lo define una palabra: integridad. Durante su corto paso por la Decanatura de la Facultad de Artes y Humanidades se caracterizó por fomentar un ambiente de diálogo, respeto y tolerancia, procurando en cada actividad propuesta, la participación de todos los integrantes de la Facultad.

Su formación y gran capacidad intelectual que seguramente ha compartido con esmero con estudiantes y compañeros de trabajo, no puedo describirlos, pero si doy fe de su enorme compromiso para con la Facultad y el reconocimiento y participación que siempre propicio a sus colaboradores en todas las actividades administrativas propias de su responsabilidad. Su gesto sereno y firmeza en la toma de decisiones en aspectos académicos, políticos y éticos fueron acciones que marcaron el éxito durante su administración.

Son muchas las virtudes que acompañan a nuestro ilustre CAOS, pero sobre todo destaco su gran generosidad y posibilidad de diálogo abierto, en el que la opinión de los diversos estamentos universitarios: estudiantes, profesores, personal administrativo, y egresados aportaban experiencia a su proyecto de facultad.

Este es un momento más que oportuno para exaltar sus grandes cualidades y virtudes, sobran razones para reconocer todos los méritos que ha cosechado durante su permanencia en la Universidad y por lo que representa para el Programa de Filosofía que a buena hora le dedica este momento tan significativo en su vida universitaria.

Su amable sonrisa, elegante y pausado caminar, quedarán por siempre en mi memoria.

Un fuerte abrazo,

María Soledad

Querido Doctor Carlos Alberto: Inmensa ternura llena mi alma con su recuerdo. Lo conocí siendo decano de la facultad de Artes y Humanidades; fue gracias a su decisión, la de darme una oportunidad allí en la facultad, que tengo este trabajo.

Siempre lo vi como un ser humano intachable y con una dignidad de su cargo y de saber extraordinarias. Acercarme a su escritorio todos los días, se me asemejaba a estar ante la presencia de un gran científico del pensamiento y de la razón. Nunca dudé en preguntarle de cuanta cosa se me ocurriera y usted con gran ternura, amabilidad y buen humor siempre me contestaba. Que tiempos tan hermosos, esos años, esas vivencias, tener un poquito de su luz, de su sabio entender, de su nada egoísta visión del mundo. Cuanto agradezco sus diarias enseñanzas y su paciencia para el trabajo administrativo. Un hombre paciente con todos esos trámites de la oficina, no por ello menos exigente. Por el contrario, la disposición y compromiso con y en el trabajo, lo convertían en un líder. Sus órdenes, no eran tales, eran indicaciones, las que se cumplían con prontitud y regocijo.

Detrás de su figura afanada por el cumplimiento del deber, se asoma tímidamente la calma de su maravilloso espíritu. Cuanta sabiduría y bondad hay en sus palabras, en sus pensamientos, en su sonrisa, en su mirada a través del diario

devenir. Sólo agradecimiento e inmenso cariño hay en mi corazón para su ser.

Mi Dios... lo bendiga grandemente, y en usted a su familia y a todas aquellas generaciones de estudiantes, que han tenido la fortuna de tenerlo como su profesor.

Con inmensa alegría por haberlo conocido,

Patricia Mejía A.

Con los años y las experiencias de la vida, que incluyen la condición especial de mi hijo, estoy convencida que el sentimiento más poderoso del mundo no es el amor, es la gratitud. La neurociencia dice que cuando sentimos agradecimiento generamos neurotransmisores que nos dan paz y tranquilidad. Hoy entonces quiero agradecer por su presencia en mi vida, como decano de artes y humanidades, como rector, como siempre un maestro que con una frase sencilla puede ayudar a resolver un problema complejo.

Nunca tuve la oportunidad de estar en sus clases, pero, así como los hijos hablan por la mamá, los estudiantes hablan de sus profesores y conozco de primera mano el afecto y respeto que genera en cada uno de sus estudiantes.

Qué maravilloso es trabajar por la Universidad de Caldas y encontrarse en el pasillo con un profesor como CAOS, solo tengo gratitud en mi corazón.

Profesor, seguro se jubila, pero jamás dejará de ser un profesor para quienes lo admiramos; su ejemplo de vida es la mejor pedagogía.

Un abrazo virtual por ahora.

Patricia Salazar-Villegas

Nota en contracubierta. *La verdad de las apariencias – Contribuciones a la filosofía del arte.* Tesis PhD de C.A. Ospina; Ed. Universidad de Caldas, 2022. (por Javier Domínguez-Hernández). El presente libro de Carlos Alberto Ospina H., *La verdad de las apariencias. Contribuciones a la filosofía del arte*, un título que le hace honor a lo que se propone, aborda uno de los temas más candentes en la fecunda historia de las polémicas entre la filosofía del arte, defensora de la función de verdad del arte, y la estética, menos atenta a la verdad y más inclinada al aparecer y al logro de las formas en la ejecución de una obra

El libro de Ospina tiene el mérito de aportar argumentos para hacerle frente a estas dos polarizaciones. Contra la deslegitimación platónica, Ospina se coloca de principio a fin en la gran tradición de la filosofía del arte, defiende y explica la naturaleza de su verdad, al igual que de su necesidad de apariencia para destacarse como arte. No se compromete con la estética de la belleza, pero retiene

la belleza, amparándose en la tradición pragmática de lo bello en lo existencial y en lo ético, un horizonte filosófico con figuras como Aristóteles, Hegel, G. E. Moore y, más recientemente, A. C. Danto, filósofo y crítico de arte que apuntala las tesis de Ospina que le dan aliento al libro. La idea decisiva de esta posición es la concepción del arte como asunto del pensamiento, y de éste como algo afincado en la pragmática y la valoración de la existencia. Entendido así, el pensamiento rebasa la objetividad del conocimiento y abarca lo valioso y lo significativo, en particular para el arte, lo simbólico y la metáfora.

Uno de los méritos del libro, ya insinuado en lo anterior, es su aporte a la nueva educación del interesado en arte. A pesar de la erudita contribución filosófica y teórica de que hace gala su libro, el eco que se percibe de él va dirigido en primer lugar, no al conocedor, a quien seguramente ilustra e inquieta, sino al interesado en arte, al que lo ama y lo aprecia como espejo para su vida.



Maestros Junji Konishi y Carlos-Alberto Ospina H. (2007)

Patronato histórico de la Revista. Alfonso Carvajal-Escobar (✉), Marta Traba (✉), José-Félix Patiño R. (✉), Bernardo Trejos-Arcila (✉), Jorge Ramírez-Giraldo (✉), Luciano Mora-Osejo (✉), Valentina Marulanda (✉), José-Fernando Isaza D., Rubén Sierra-Mejía (✉), Jesús Mejía-Ossa (✉), Guillermo Botero-Gutiérrez (✉), Mirta Negreira-Lucas (✉), Bernardo Ramírez (✉), Livia González, Matilde Espinosa (✉), Maruja Vieira, Hugo Marulanda-López (✉), Antonio Gallego-Uribe (✉), Santiago Moreno G., Rafael Gutiérrez-Girardot (✉), Ángela-María Botero, Eduardo López-Villegas, Carmelita Millán de Benavides, León Duque-Orrego, Pilar González-Gómez, Graciela Maturo, Rodrigo Ramírez-Cardona (✉), Norma Velásquez-Garcés (✉), Luis Eduardo Mora-Osejo (✉), Carmenza Isaza D., Antanas Mockus S., Darío Valencia-Restrepo, Guillermo Páramo-Rocha, Moisés Wasserman L., Carlos Gaviria-Díaz (✉), Humberto Mora-Osejo (✉), Adela Londoño-Carvajal, Fernando Mejía-Fernández, Álvaro Gutiérrez A., Juan-Luis Mejía A., Marta-Elena Bravo de H., Ninfa Muñoz R., Amanda García M., Martha-Lucía Londoño de Maldonado, Jorge-Eduardo Salazar T., Jaime Pinzón A., Luz-Marina Amézquita, Guillermo Rendón G., Anielka Gelemur-Rendón (✉), Mario Spaggiari-Jaramillo (✉), Jorge-Eduardo Hurtado G., Heriberto Santacruz-Ibarra, Mónica Jaramillo, Fabio Rincón C., Gonzalo Duque-Escobar, Alberto Marulanda L., Daniel-Alberto Arias T., José-Oscar Jaramillo J., Omar-Darío Cardona A., Jorge Maldonado (✉), María-Leonor Villada S. (✉), María-Elena Villegas L., Constanza Montoya R., Elsie Duque de Ramírez, Rafael Zambrano, José-Gregorio Rodríguez, Martha-Helena Barco V., Jesús Gómez L., Pedro Zapata P., Ángela García M., David Puerta Z., Ignacio Ramírez (✉), Georges Lomné, Nelson Vallejo-Gómez, Antonio García-Lozada, María-Dolores Jaramillo, Farid Numa-Hernández, Albio Martínez-Simanca, Jorge Consuegra-Afanador (✉), Consuelo Triviño-Anzola, Alba-Inés Arias F., Alejandro Dávila A.



Colaboradores

Pilar González-Gómez. Artista visual colombo-española, residente en Madrid. Además Psicóloga Clínica, en ejercicio. Ilustradora de la Revista desde los años 80.

Carlos-Alberto Ospina H. Profesor titular de la Universidad de Caldas, con PhD en filosofía del arte. Ensayista, a quien se dedica esta entrega por su retiro al disfrute de la jubilación, pero en continuidad con sus labores intelectuales de estudio y escritura, además de conferencista ilustrado. La Revista se ha honrado con sus trabajos y su pertenencia al Consejo Editorial. Sus libros más recientes: “Por caminos de la Filosofía” (2015), “La verdad de las apariencias - Contribuciones a la filosofía del arte” (2022).

Marta-Cecilia Betancur G. Heriberto Santacruz-Ibarra, Orlando Londoño B., Carlos-Emilio García D. Profesores de la Escuela de Filosofía de la Universidad de Caldas, de alto nivel académico, con significativa producción escrita.

En la sección de NOTAS se recogen mensajes, cálidos y solidarios, de alumnos y ex alumnos del profesor Carlos-Alberto Ospina H., con motivo del efusivo homenaje que le tributó la Escuela de Filosofía, UdeC, por su retiro.



LIBROS DE INVESTIGACIÓN



Carlos-Alberto Ospina H. – Obra de Pilar González-Gómez

Edición dedicada a exaltar la vida y obra de Carlos-Alberto Ospina H.

Elegía del silencio. Manuscrito autógrafo / <i>Carlos-Alberto Ospina H./</i>	1
Mi voz. Manuscrito autógrafo / <i>Carlos-Alberto Ospina H./</i>	2
Carlos-Alberto Ospina y la pulcritud intelectual / <i>Carlos-Enrique Ruiz/</i>	3
Al maestro de la vida y la templanza / <i>Orlando Londoño B./</i>	7
Carlos-Alberto Ospina y el espíritu de la ecuanimidad / <i>Heriberto Santacruz I./</i>	12
Vivir, pensar y escribir / <i>Marta-Cecilia Betancur G./</i>	17
Un universitario genuino / <i>Carlos-Emilio García D./</i>	25
De sus hijos / <i>Juliana y Juan-Pablo Ospina D./</i>	28
Apenas un navegante de la vida / <i>Carlos-Alberto Ospina H./</i>	30
Educar para el regreso a casa. Vigencia de los ideales humanistas / <i>Carlos-Alberto Ospina H./</i>	40
Filosofía y Poesía / <i>Carlos-Alberto Ospina H./</i>	59
El pensamiento y la poesía, para cuidar las cosas / <i>Carlos-Alberto Ospina H./</i>	69
¿Es posible la filosofía del arte sin estética? / <i>Carlos-Alberto Ospina H./</i>	88
La Universidad: de la docta a la impune ignorancia / <i>Carlos-Alberto Ospina H./</i>	99
Aproximaciones al bienestar universitario / <i>Carlos-Alberto Ospina H./</i>	104
N O T A S	
Mensajes de homenaje al Prof. Carlos-Alberto Ospina H. Texto en contracubierta del libro “La verdad de las apariencias – Contribuciones a la filosofía del arte” (por Javier Domínguez-Hernández), tesis doctoral de C.A. Ospina; Ed. Universidad de Caldas, 2022.	116
Patronato histórico de la Revista	123
Colaboradores	124